

LA SAGA DE LOS AZNAR



LOS ULTIMOS DE ATOLON

POR **GEORGE
H. WHITE**



Al abandonar su patria, los “tapos” se dirigieron a la Tierra en demanda de ayuda, pero en el circumplaneta Atolón quedó un contingente de voluntarios dispuestos a luchar contra los invasores thorbod por todo el tiempo que tardara en llegar la esperada ayuda.

Un apasionante relato de la lucha que libraron los grupos de resistencia “tapo” contra un enemigo implacable, abrumadoramente superior en número y en medios.



George H. White

Los últimos de Atolón

La saga de los Aznar - 50

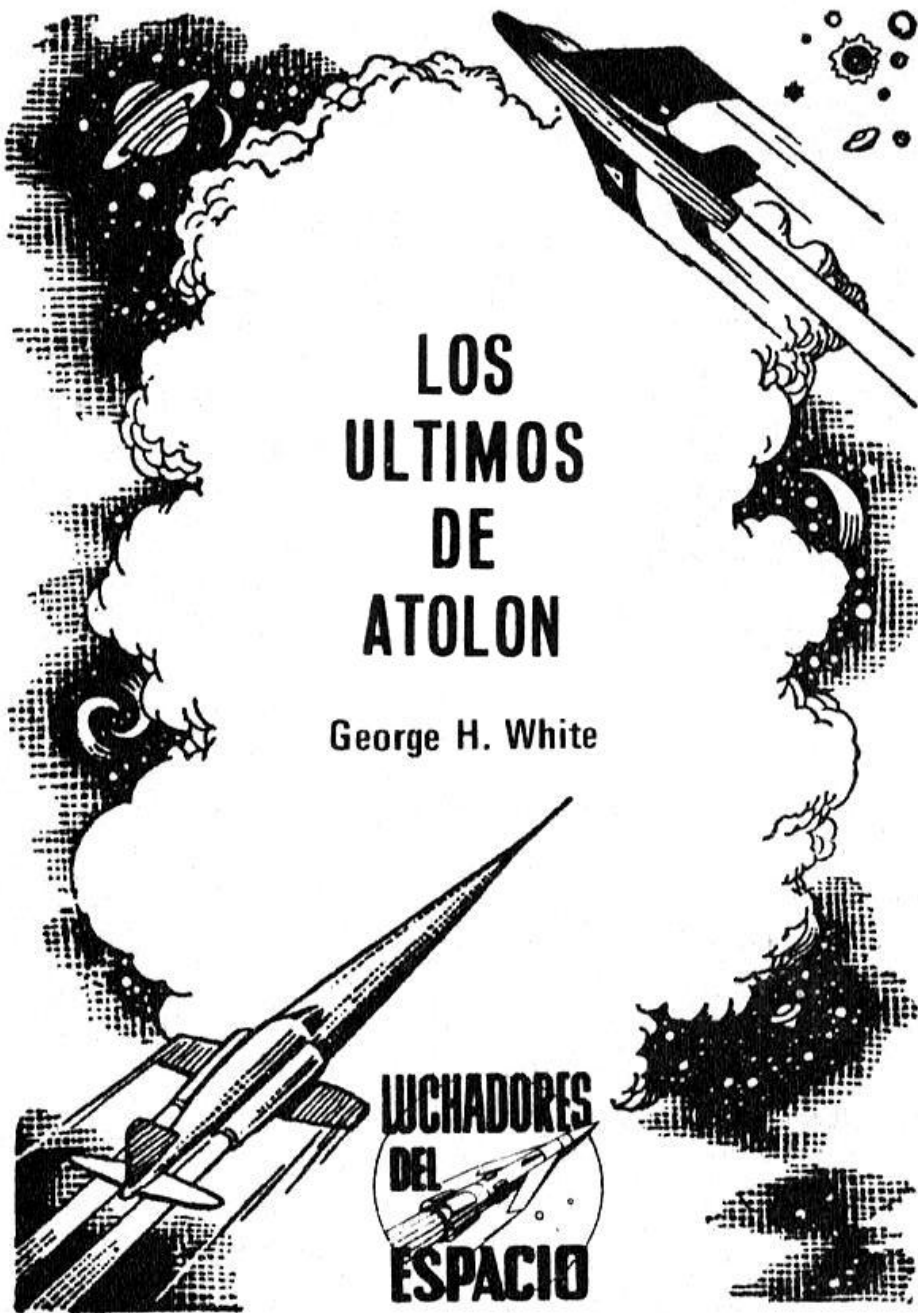
ePub r1.0

Titivillus 23.09.15

Título original: *Los últimos de Atolón*
George H. White, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





LOS ULTIMOS DE ATOLON

George H. White

**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO I

Terminó Marek sólo acordaba haberlo visto en una ocasión. De las veces anteriores no se acordaba, porque entonces era muy pequeño.

Hasta producirse este acontecimiento, la vida de Marek no fue distinta de la de los otros niños “tapo”. Marek nació y se crió en Trueva. Ésta era una ciudad excavada enteramente en la roca. Sobre Trueva había una montaña, que era prolongación de una cordillera que llegaba casi hasta el mar. Pero aunque el mar estaba cerca, Marek sólo fue en una ocasión hasta la costa. Era peligroso salir de la ciudad, y mucho más peligroso cruzar los veinte kilómetros de selva entre el pie de la montaña y la costa acantilada, pues aquella región estaba infestada de “mantis”, los feroces insectos gigantes.

Los niños se escapaban con frecuencia de las grutas y salían a jugar al sol entre los riscos, pero nunca se aventuraban más lejos de la vista de los centinelas, y corrían al refugio al primer toque de alarma.

La población crecía continuamente en Trueva, razón por la cual

siempre se estaba excavando, abriendo nuevos túneles y galerías, en los que se practicaban pequeñas cuevas como nidos de topos, destinados a viviendas de los “tapos”. Hasta que fue bastante mayorcito, Marek siempre creyó que la palabra “tapo” derivaba de topo, aunque luego supo que no era así.

Antes, el pueblo “tapo” había habitado en grandes y hermosas ciudades, en lindas casas llenas de luz, con muchas ventanas, aire acondicionado, electricidad y agua corriente ¡y hasta con televisión y teléfono! Las personas adultas siempre estaban hablando de aquellos lejanos tiempos, y de cómo entonces las máquinas “Karendón” trabajaban sin restricciones, fabricando tanta comida, tantos vestidos y zapatos como los niños “tapo” eran capaces de gastar. Pero todo se perdió cuando llegaron los “thorbod”.

Desde que echaban su primer diente, los niños “tapo” eran enseñados a odiar a los “thorbod”. Estas abyectas criaturas, a las que se conocían también por “hombres grises”, eran las causantes de todas las desventuras que afligían a los “tapos”. Marek también odiaba a los “thorbod”, sencillamente porque todo el mundo les odiaba. Sólo cuando mataron a su padre individualizó este odio, haciéndolo suyo como si le perteneciera en exclusiva.

El Padre de Marek fue Héctor Aznar. Estaba en su tercera reencarnación cuando lo mataron los “thorbod”. En cada una de sus reencarnaciones anteriores Héctor Aznar había tenido otras esposas y otros hijos, que fueron a su vez padres de una numerosa descendencia.

Patriarca de una dinastía de guerreros, Héctor descendía de una familia que se había distinguido especialmente por la cantidad de grandes soldados que dio a la nación terrícola. Todos los abuelos de Héctor fueron almirantes u ocuparon puestos preeminentes en el legendario autoplaneta “Valera”.

Pero a los ocho años Marek no sabía nada de esto.

Estaba durmiendo cuando su madre fue a despertarle. Le hizo levantarse, le lavó y le vistió con la mejor ropa que tenía y le dijo gravemente:

—Marek, tu padre ha muerto. Van a traerle a la ciudad.

De la mano de su madre, por las húmedas galerías y las empinadas rampas y escaleras de Trueva, las mujeres y los niños salían de sus cuevas para verles pasar. Algunas de las mujeres

lloraban y otras gritaban cosas ininteligibles.

Los trabajos de excavación habían quedado interrumpidos por aquella jornada. Todos los hombres de la ciudad se encontraban fuera, sobre los altos riscos y a lo largo de los ribazos por donde venía el tortuoso sendero que ascendía desde la lejana y malsana selva. Los tambores de los “tapos” sonaban continuamente, y su eco era devuelto por las pétreas paredes de los “cañones” y los rojizos farallones de la montaña. Repetido de una aldea a otra, el mensaje telegráfico de la muerte de Héctor se esparcía sobre millones de kilómetros cuadrados por todo el territorio, desde las montañas a la selva y las ciudades de la costa.

Excepcionalmente no lucía el sol. El cielo estaba totalmente encapotado y un viento frío mecía los pechos de los hierbajos. Al aparecer el cortejo fúnebre caía una ligera llovizna.

Tendido sobre un anda formada de ramas. Héctor Aznar iba envuelto en una bandera “tapo”; roja, blanca y azul, sosteniendo contra su pecho un machete. Los propios hijos de Héctor portaban el anda. Estos hermanastros, a quienes Marek no conocía, eran hombres recios que vestían uniformes de camuflaje y calzaban fuertes botas manchadas de barro, y llevaban cinturones de cuero que se derrumbaban bajo el peso de la pistola, la cantimplora, las granadas de mano y las cartucheras. Hombres de mirada penetrante, de gesto reposado y firme, que traían en las ropas el olor del sudor y la sangre junto con el aroma selvático de la jungla jamás domesticada. Inmediatamente detrás del anda venía un pequeño y apretado grupo de otros guerrilleros cargados con sus armas.

Las mujeres empezaron a sollozar en voz alta, mientras los hombres levantaban sus puños y gritaban: “¡Héctor, compañero, los tapos te vengarán!”

Al paso del cadáver los “tapos” se sumaban al cortejo. Éste llegó hasta la cornisa donde esperaban el burgomaestre y los principales de la ciudad. De todos los acontecimientos de la jornada Marek sólo conservaría el recuerdo de algunos fragmentos inconexos; la fría lluvia que iba empapando sus cabellos, el latido de los tambores y los párpados entreabiertos del cadáver, en una expresión intermedia que no era ni de sueño ni de muerte...

El burgomaestre pronunció un discurso bajo la lluvia. A

continuación, entonando la canción de los muertos, el cortejo penetró en la ciudad y avanzó bajo el fulgor de centenares de antorchas por las largas rampas, los túneles y las galerías, hasta el profundo subterráneo donde estaban instaladas las máquinas “Karendón”, el máspreciado tesoro de los truevanos, de las cuales dependía la ciudad.

Todavía envuelto en la bandera “tapo”, el cadáver de Héctor Aznar fue introducido en la cámara de una “Karendón” y desmaterializado en medio de un relámpago.

Huéspedes por unas horas de Trueva, los Aznar visitaron a Nora y Marek en el pequeño cuchitril que éstos tenían por vivienda. Marek, especialmente, mereció el interés de sus hermanos mayores, algunos de los cuales tenían nietos de la misma o parecida edad. Le sentaron sobre sus rodillas, le dejaron tocar sus armas, y le hablaron con emoción y respeto de su padre. Marek hubiera querido que sus grandullones hermanos se quedaran para siempre en Trueva, y se sintió triste cuando los vio marchar al frente del grupo de jóvenes que habían venido a reclutar.

Aunque psíquicamente grabó la impresionante imaginación del niño, la muerte del padre no supuso ningún cambio en los hábitos de Marek. A las pocas horas estaba jugando de nuevo con sus amigos, y con éstos continuó asistiendo diariamente a la escuela.

En la escuela, los niños “tapo” recibían una educación especial, encaminada a adiestrar y estimular aquellas dotes naturales con las cuales solían venir al mundo. Los “tapos” eran paragnósticos natos. Incluso antes de aprender a hablar, los niños “tapo” ya eran receptores de la actividad mental de sus progenitores. Esto representaba una enorme ventaja. Cuando las palabras eran todavía sonidos articulados sin ninguna significación, la intención de las palabras era percibida por el niño en forma de sensación. El niño “sabía” que era amado o reprendido de una forma que pudiera llamarse intuitiva. Gracias a esto aprendía muy rápidamente.

Además de la telepatía, los “tapo” poseían otras dotes paragnósticas, siendo las más notables de éstas la psicocinesia, el metafanismo, la desmaterialización y el autohipnotismo. Algunas de estas cualidades natas se desarrollaban posteriormente mediante un adiestramiento continuo. Tal era el caso del fenómeno llamado “autoaporte”, que era una consecuencia directa de la

desmaterialización.

En la escuela los niños “tapo” eran enseñados a desarrollar sus facultades, especialmente aquellas de las que podían obtener ventajas en la vida práctica. Los “tapo” eran un pueblo siempre perseguido, aunque jamás sometido. Había sido perseguido por las feroces “mantis”, y luego lo fue doblemente por las “mantis” y los “ghuros”. Disfrutó de un breve período de paz y prosperidad cuando las dispersas tribus se reunieron para construir la República de Maquetania bajo la égida del Almirante Aznar, y de nuevo lo perdieron todo cuando se presentaron los “thorbod”.

Cuando cumplió los diez años, Marek fue alistado con un grupo de casi un centenar de chicos y chicas, entre los diez y los doce años de edad, que debían ser trasladados a Electra para iniciarse en los principios de la llamada educación básica. A partir de este momento los escolares esperaban con impaciencia el aviso para trasladarse a la costa, donde embarcarían en la ictionave que debía venir a buscarles.

Alejarse de la ciudad era siempre peligroso, aunque sólo fuera para recorrer los veinte kilómetros que separaban a Trueva de la costa. Las aeronaves “thorbod” patrullaban constantemente desde el aire y solían disparar contra cualquier cosa que se moviera en tierra, no importaba si eran “mantis”, “ghuros” o “tapos”. Era así como halló la muerte Héctor Aznar, al trasladarse desde la costa a Trueva tripulando un aerobote.

Cuando finalmente llegó el aviso, transmitido por el telégrafo de percusión, se produjo a modo de una conmoción en toda la ciudad. Las madres se pusieron a preparar los petates de sus hijos, y la mayoría de los hombres se dispusieron a escoltar a la expedición. Después de mucho correr de un lado a otro y despedirse de sus parientes y amigos, Marek se encontró con su mochila en la espalda y un sombrero tejido de palma de la mano de su madre en las afueras de Trueva. Toda la ciudad salió a despedir a los muchachos.

La última vez que Marek vio a Nora ésta se encontraba sobre un ribazo, los bellos ojos arrasados de lágrimas, agitando un pañuelo azul por encima de sus cabellos rubios, brillantes al sol como hebras de oro. Siempre la recordaría así, porque no habría de volverla a ver jamás.

Pero aquel día el futuro era todavía ignorado por el pequeño

Marek, cuando se alejaba con sus amigos descendiendo por el empinado sendero en dirección a la oscura selva. Era la primera vez que se alejaba de su ciudad, y este hecho revestía un interés y una emoción inéditos.

La jungla atolonita tenía una característica especial. En ella los árboles se elevaban a enorme altura y crecían tan juntos que sus copas se unían en lo alto, sumiendo el suelo en una eterna noche verde. Muchas de las plantas espinosas eran ponzoñosas, de modo que cualquier arañazo se infectaba y podía llegar a producir la muerte. La temperatura solía elevarse por encima de los 50 grados, y la humedad brotaba del suelo formando nubes de vapor. No había insectos ni animales dañinos, a excepción de las “mantis”, pero la peligrosidad de éstas excedía a la de todos los animales, la vegetación y la climatología juntos.

Al contrario que los seres humanos, las “mantis” estaban perfectamente adaptadas a la selva. Se sentían a sus anchas en aquel ambiente, y era gracias a esto que habían logrado sobrevivir a todas las razas que sucesivamente pasaron por el circumplaneta.

La selva era de las “mantis”, y en ella imponía su ley. Los repetidos intentos que en distintas épocas hicieron los humanos para llegar a un entendimiento pacífico con las “mantis” resultaron inútiles. Las “mantis” ciertamente eran inteligentes. Habían desarrollado su agricultura a un apreciable nivel, fundían los metales y hasta llegaron a tener cierta rudimentaria tecnología. Sin embargo no eran investigadores ni creadores de nada. Todas sus realizaciones eran burdas copias de una tecnología superior; la de los bartpures, la de los “ghuros” y la de los terrícolas. En un lejano tiempo los bartpures, primeros pobladores del circumplaneta, intentaron cultivar el espíritu de las “mantis” y mejorar sus condiciones de vida. Pero los conocimientos que impartieron a las “mantis” se volverían contra ellos mismos, pues finalmente la nación bartpur pereció a manos de los insectos.

Los terrícolas, por el contrario, persiguieron y combatieron tenazmente a las “mantis”, y otro tanto hicieron los últimos pobladores de Atolón, los “ghuros”. Pero incluso utilizando contra ellas los más refinados instrumentos de destrucción en masa, ni los terrícolas ni los “ghuros” pudieron exterminar jamás a las “mantis”.

Había algo más que una decidida voluntad de sobrevivir en las

“mantis”. Vivían en grandes colonias o termiteros, organizados socialmente en un régimen jerárquico de tipo oligárquico, ordenado en herméticos compartimientos estancos.

La vida toda de los insectos giraba en torno a la reina, que era el único individuo fértil de la colonia y llegaba a poner cientos de miles de huevos en el transcurso de su vida. Las larvas nacidas de las sucesivas puestas de la reina eran sometidas a cuidados especiales. Según el tipo de alimentación que recibían se convertían en princesas, zánganos, soldados o simples obreras. De los cientos de miles de individuos que formaban la colonia, solamente las princesas y los zánganos, ambos en número limitado, estaban capacitados para la reproducción. Todos los demás eran estériles. Princesas y zánganos constituían la Corte, y a ellos les estaba reservada la facultad creadora, correspondiendo a la reina el poder de decisión. Además eran los únicos individuos que tenían alas.

Cuando una princesa alcanzaba la edad de abandonar la colonia citaba a sus pretendientes a unas justas. Este acontecimiento estaba revestido de gran solemnidad y se llevaba a cabo cumpliendo un severo ritual.

Arma en mano, los pretendientes se enfrentaban entre sí en feroz combate, hasta quedar un solo vencedor. La princesa y su campeón emprendían seguidamente el vuelo nupcial. Pero una vez consumado el acto sexual, la novia se revolvía furiosa contra el macho, lo mataba y lo devoraba.

La nueva reina, ya fecundada, buscaba entonces un lugar apropiado donde construir su nido. Limpiaba, cuidaba y alimentaba a las primeras larvas, hasta que éstas podían valerse por sí mismas y tomar a su cargo las múltiples tareas de la colonia. Así era como se fundaba un termitero. Esta facilidad para reproducirse y su perfecta adecuación al medio, eran la razón por la cual las “mantis” sobrevivieron a todas las civilizaciones que sucesivamente pasaron por el circumplaneta.

Actualmente no existía ninguna colonia de “mantis” en la zona próxima a la cordillera, lo cual no quería decir que no hubiera alguna partida de ellas dedicadas a la caza de animales y personas. Sin embargo pese a todos los temores, la expedición pudo llegar sin contratiempos a la costa donde esperaba la ictionave.

La vida para los “tapos” se desarrollaba actualmente en

condiciones dramáticas, y todavía se esperaba que las cosas empeoraran en el futuro. Hacía siglo y medio los “thorbod” llegaron al circumplaneta y desembarcaron en Veres casi sin oposición, viéndose los “tapos” obligados a evacuar su planeta para dirigirse a la Tierra en busca de ayuda. Cuatro millones de patriotas decidieron quedarse en Maquetania, asumiendo la difícil tarea de mantener a raya al invasor hasta que llegaran los esperados refuerzos.

En los primeros cien años los “tapos” pudieron vivir en relativa tranquilidad. Los “thorbod” se encontraban en el lado opuesto del circumplaneta, dedicados a consolidar su conquista y aniquilar sistemáticamente a las ciudades “ghuro”. En este tiempo construyeron los “tapos” sus refugios subterráneos, incluso disfrutaron de una relativa prosperidad. De vez en cuando, y a modo de diversión, los “thorbod” venían sobre Maquetania con una escuadra sideral y largaban algunas bombas indiscriminadamente sobre la ciudad “ghuro”, los termiteros de las “mantis” o los refugios de los “tapos”. Luego, y a medida que ensanchaban sus dominios, aumentó la frecuencia de las “razias” y creció la presión de los “thorbod” en el resto del circumplaneta.

Los “thorbod” todavía no habían puesto su planta en Maquetania, pero su vigilancia era constante y se acentuaba cada día obligando a los “tapos” a restringir sus actividades.

En otro tiempo la República de Maquetania había tenido una Armada Sideral potente y bien dotada, aunque inferior en número a las nutridas escuadras “thorbod”. Previamente a la evacuación del circumplaneta los “tapos” destruyeron sus ciudades, volaron los arsenales y desmantelaron su industria, llevando gran parte de esta última a los refugios secretos de las montañas, así como armas y pertrechos destinados a sostener las guerrillas por un largo tiempo. Luego, en un último gesto de arrogancia, la Armada “tapo” se arrojó sobre las fuerzas del invasor, sacrificándose y arrastrando consigo a la destrucción a la mitad de la Armada Imperial Thorbod.

No fue del todo vano este último y airado gesto de la Armada de la República, pues aunque no pudo evitar el desembarco de los “thorbod”, retrasó sus planes de expansión y retuvo en Atolón al autoplaneta Argos por casi un siglo, antes de partir a la conquista de la Tierra. Después de la partida del Argos los “thorbod” pudieron dedicarse de lleno a potenciar sus dominios, construyendo grandes

ciudades subterráneas y dedicando mayor atención al problema “ghuro”.

Los “ghuro” habían llegado al circumplaneta hacía alrededor de 150.000 años, llenando el vacío que acababa de dejar la extinguida civilización terrícola. Sumamente inteligentes, estas criaturas tenían un aspecto grotesco, caracterizado por una cabeza ridículamente pequeña, lateralmente aplastada, parecida a la de una tortuga, y por un corpachón de naturaleza gelatinosa, casi trasparente, que mostraba a flor de piel una red de venas tenuemente azuladas. Su esqueleto era una tosca armazón de naturaleza cartilaginosa y sus cuatro brazos, más cortos los dos inferiores, eran como ondulantes serpientes, pudiendo doblarse por cualquier parte. Sus piernas, robustas y cortas, tenían un faldellín que se movía al andar llegando casi hasta los pies. Se reproducían por fragmentación; es decir, cada cierto tiempo el “ghuro” se desprendía de sus dos brazos inferiores, y de cada uno de ellos se formaba un individuo completo. No tenían voz y se comunicaban entre sí telepáticamente.

Hasta que conocieron las máquinas “Karendón”, los “ghuro” dependían económicamente del mar, de donde extraían sus alimentos; plancton, pequeños crustáceos y delicadas algas que cultivaban en aguas claras y poco profundas.

Cuando los “ghuro” llegaron a Atolón, los trece mundos del cinturón de planetas estaban infestados de “mantis”. En las montañas habitaban algunas tribus dispersas de “tapos”, pero éstos nunca fueron problema para los recién llegados. Sí lo fueron la especie de insectos gigantes, las “mantis”, contra las cuales los “ghuro” se limitaron a tener a raya a los insectos, lejos de la costa donde solían tener sus ciudades.

Las ciudades “ghuro” vivían en régimen autonómico, constituyendo cada una de ellas una pequeña república independiente. Este acendrado amor a la libertad y la independencia perjudicó a la larga a los “ghuro”, pues debido a su falta de unidad se encontraron en inferioridad; primero ante el regreso de los valeranos, y posteriormente frente al invasor “thorbod”. Los esfuerzos que posteriormente hicieron los “ghuros” para formar una gran federación resultaron tardíos. Resistieron bien ante los valeranos, pero no pudieron impedir que los “thorbod” se establecieran en Veres.

Estableciendo un orden de prioridad, según la categoría de sus amigos, los “thorbod” se dedicaron especialmente a quebrar la unidad de los “ghuros”, estableciendo pactos locales con las repúblicas más cercanas y sometiendo a devastadores castigos a las que se resistieran a sus designios. Pero con tratados de amistad o sin ellos, el fin de los “ghuros” estaba sentenciado. Los “thorbod”, que no concedían ningún valor a la palabra comprometida, rompían lo pactado a su conveniencia y se extendían por el cinturón de planetas como una mancha de aceite.

Y no iban a disfrutar de mejor suerte los “tapos”, pese a la tregua que habían disfrutado.

En Electra, la ciudad donde fueron conducidos los niños de Trueva tras dos semanas de navegación, los “tapos” habían llevado a cabo una obra de titanes. Al contrario que Trueva, que no era otra cosa que una madriguera de galerías excavadas en la roca de la montaña, Electra era una verdadera ciudad.

Una auténtica ciudad, a los ojos de un niño de diez años, era aquella donde vivía mucha gente, donde las casas eran de ladrillo y hormigón, donde había amplias calles pavimentadas con aceras, luces, plazas e incluso semáforos para regular el tráfico.

Electra, orgullo de los “tapos”, era una obra faraónica. Un siglo se tardó en terminarla, estando como Trueva profundamente enterrada bajo la pétrea mole de una montaña. Cuando Marek llegó a la ciudad, ésta tenía una población superior al medio millón habitantes.

La Tierra, en un turbulento pasado, había conocido ciudades como Electra, profundamente enterradas en el subsuelo, con medios propios para resistir los más violentos bombardeos nucleares. La técnica consistía en excavar grandes pozos a partir de una determinada profundidad, construyendo en el hueco una planta tras otra de habitaciones. De este modo iban penetrando en el subsuelo los edificios, que podían considerarse como rascacielos, pero al revés. La ciudad entera iba creciendo de arriba abajo, cada vez a mayor profundidad, y finalmente se abrían túneles para comunicar unos edificios con otros. Estos túneles se pavimentaban y formaban una densa red de calles.

En las circunstancias actuales, el mayor problema de los “tapos” había consistido en dotar a su ciudad de una fuente de energía

permanente que sustituyera a los reactores nucleares clásicos. Los “tapos” no podían utilizar reactores nucleares, debido a que éstos liberaban neutrinos. Los neutrinos, partículas de masa muy pequeña, tenían tal poder de penetración que alcanzaba los confines del Universo y pasaban fácilmente a través de todo el espesor del planeta, denunciando su presencia en las pantallas de los detectores “thorbot”.

Por idéntica razón los “tapos” evitaban utilizar aeronaves de su pequeña fuerza sideral.

Mientras para sustituir los reactores nucleares de sus naves se recurría a soluciones más sofisticadas, los ingenieros “tapos” resolvieron el problema de la ciudad construyendo una gran planta hidroeléctrica.

La gran cordillera bajo la cual estaba enterrada Electra, contigua al mar y paralela a la costa, elevaba sus cumbres a doce mil metros de altura, y era una barrera natural interpuesta en la ruta de los vientos alisios, que llegaban del océano cargados de humedad. Las lluvias eran frecuentes en las montañas, dando lugar a gran cantidad de arroyos. Para captar las aguas de estos arroyos se horadaron más de 300 kilómetros de túneles que iban a desembocar al colector común que alimentaba las poderosas turbinas de la planta eléctrica.

Además se excavó otro túnel de 120 kilómetros de longitud y 200 metros de ancho que comunicaba directamente la ciudad con el mar, y permitía la entrada y salida de las ictionaves de la Flota oceánica “tapos”, además de servir de desagüe a las cloacas de la urbe.

Éste era probablemente el primer caso en que una ciudad subterránea, situada tierra adentro bajo una cordillera, servía de base naval a una numerosa flota de submarinos.

CAPÍTULO II

En distribuidos en dos viviendas que de Marek; César y Anibal. Al final de dos meses, Marek fue llevado a casa de su hermano César, quien aceptó hacerse cargo del muchacho.

César, que tenía 32 años y se encontraba en su segunda reencarnación, era un hombre extraordinario: alto, fuerte, inteligente y afable. Tenía dos hijos; un varón, Anibal, de doce años, y una hembra, Jara, de la misma edad que Marek. Su esposa se llamaba Tula y era una mujer encantadora. César, que era comandante de una ictionave de la Flota Tapo, se encontraba en Electra ocasionalmente, mientras su buque era reparado en la base.

La calidad de la vida de sus parientes sorprendió a Marek y le enseñó algo que hasta entonces ignoraba. Dentro de la desgracia nacional, que alcanzaba a todos los “tapos”, había unos que vivían mejor que otros.

Los pensamientos del pequeño Marek, captados telepáticamente por su hermano, motivaron por reacción una explicación de César.

—¿Quieres saber por qué los niños de Trueva apenas comen bastante, por qué tus ropas y tus zapatos deben durar hasta que se caen a pedazos, y por qué tienes que vivir en una húmeda cueva, mientras tus sobrinos, que son niños como tú, disfrutan de un apartamento de cinco habitaciones con agua caliente en el baño, mullidas camas, y hasta un receptor de televisión?

Marek no tuvo que decir que deseaba saberlo. Su hermano meditó unos instantes y luego dijo:

—Creo que es mejor esperar hasta que recibas tu educación para volver sobre el tema. Muchas de las cosas que yo te diría no alcanzarías a comprenderlas sin un conocimiento previo de nuestra historia contemporánea.

Marek ya estaba cansado de oír esta respuesta y deseaba como

ninguna otra cosa recibir su educación básica. Su sobrina Jara, que tenía la misma edad que él, ya había pasado por esta experiencia reciente, sorprendiendo a Marek por la cantidad de cosas que sabía.

Pocos días después Marek y sus compañeros de Trueva fueron llamados al Centro de Educación Básica. Cada uno de los muchachos pasó por el quirófano para recibir unos finísimos electrodos de platino, los cuales a través de la corteza craneal eran introducidos en el canal de recepción de la memoria. Diez días después todos regresaron al Centro de Educación donde por medio de radiografías se comprobó la correcta ubicación de los electrodos.

Sumido en un sueño hipnótico, Marek pasó a recibir la primera dosis de conocimientos y experiencias por inducción directa al cerebro. Todos los temas que le iban a ser enseñados estaban contenidos en una serie de bobinas de cinta magnética. A través de una compleja máquina, los conocimientos y experiencias grabados en la cinta eran transformados en impulsos eléctricos y enviados a través de hilos a los electrodos implantados en la cabeza del alumno. Las células cerebrales respondían a estos impulsos agrupándose en millones de formas distintas, obedeciendo a un código que era el usualmente empleado por la memoria para retener, almacenar y archivar los conocimientos adquiridos en el transcurso de toda una vida.

Cuando Marek despertó era un muchacho totalmente distinto.

Todo el pasado, el presente y el previsible futuro de su pueblo le habían sido revelados. Había recibido materias de Historia, de Sociología y Psicología, y también de Matemáticas, Lengua, Ciencias, Geografía y Cosmografía. Todos estos conocimientos habrían de ser ampliados en el futuro mediante otras sesiones espaciadas en el tiempo, pero ya desde ahora era un hombrecito con una cultura general suficiente amplia para permitirle comprender muchas cosas que antes le preocupaban e inquietaban.

Casi su hermano César no tuvo que explicarle las razones por la cuales unos “tapos” vivían mejor que otros. En el pasado toda la nación “tapos” había disfrutado del mismo alto nivel de vida. Las diferencias actuales eran sólo achacables a las dramáticas circunstancias por las que atravesaba el país. Hoy los “tapos” eran una nación perseguida. Los cuatro millones de “tapos” que optaron por permanecer en Maquetania eran 65 millones al cabo de ciento

cuarenta años. Mientras la población se multiplicaba por dieciséis, las disponibilidades de los “tapos” apenas habían crecido en este tiempo. Realmente las grandes urbes como Electra eran una excepción. Esparcidos por la inmensidad del territorio, una mayoría de los “tapos” habitaba en refugios mal acondicionados, mal protegidos contra la eventualidad de un ataque aéreo, a veces, sin una sola máquina “Karendón” para proveerles de los alimentos más indispensables.

—Si esto te consuela, estáis más seguros vosotros en Trueva que el medio millón de habitantes de esta gran ciudad —dijo César Aznar.

En efecto, los “tapos” sólo podían confiar para su supervivencia en una gran dispersión de sus núcleos de población. Las grandes ciudades como Electra no eran recomendables, porque resultaban difíciles de ocultar y serían las primeras en ser atacadas por los “thorbod”.

Los hechos, no obstante, vinieron a contradecir la opinión de César. En vísperas de partir para regresar a su aldea, Marek vio llegar a su hermano con el rostro sombrío.

—Marek, lo siento —dijo César—. Trueva ha sido atacada y destruida por un comando “thorbod”.

No fue necesario que Marek preguntara por su madre. Telepáticamente leyó la respuesta en la mente de su hermano. Todos los habitantes de Trueva habían sido asesinados. Marek quedó anonadado.

—Marek, nosotros somos tu familia —le dijo César—. Quiero que en adelante veas en mí a un padre, y que Anibal y Jara sean como hermanos para ti. Ve a deshacer tu equipaje, ya no tienes que regresar a Trueva.

La vida de Marek iba a cambiar a partir de ese día. En efecto, en adelante viviría con sus parientes, disfrutando de todas las ventajas del afortunado habitante de una gran ciudad.

Los niños de Electra disponían de mucho tiempo libre para jugar y ver la televisión. En sus frecuentes correrías por toda la ciudad Marek llegó a conocerla como la palma de la mano. Especialmente impresionante era la sala de turbinas, donde el agua canalizada de varios arroyos de superficie hacía girar las poderosas dinamos. Y no menos espectacular era la base de submarinos, con sus aguas

oscuras y quietas, lamiendo los férreos costados de las estilizadas ictionaves, y el gran eco que en las grutas despertaban las remachadoras y los martillos neumáticos.

Antes de partir para una nueva misión, César Aznar llevó a Marek a visitar su ictionave.

En su desesperada lucha contra los “thorbod” los ingenieros “tapo” se veían obligados a agudizar su ingenio, buscando soluciones que con frecuencia les remitía a superadas técnicas utilizadas en un remoto pasado.

Tal era el caso de las ictionaves de la flota oceánica.

Debido al elevado costo de energía que suponía la fabricación de “dedona” por transmutación atómica, los “tapos” habían tenido que regresar al acero de alta calidad para construir el casco de sus submarinos. El acero era tan bueno como la “dedona” y resultaba mucho más ligero, pero tenía el inconveniente de ser muy vulnerable a los rayos desintegradores “Z”.

Los reactores nucleares no podían ser utilizados en las ictionaves “tapo” porque las aeronaves “thorbod” estaban siempre al acecho y descubrían con facilidad donde funcionaba una pila atómica por los neutrinos que ésta liberaba. Las ictionaves “tapo” estaban en este sentido en idéntico caso que sus refugios subterráneos, donde la electricidad tenía que ser obtenida por otros medios distintos a la fisión nuclear.

En las ictionaves el equipo motriz estaba confiado al motor de hidrógeno. El agua del mar se descomponía por electrólisis en hidrógeno y oxígeno. Ambos gases volvían a encontrarse en la cámara de combustión de una doble turbina, donde el hidrógeno ardía en presencia del oxígeno. Las turbinas movían un juego de cuatro hélices capaces de impulsar el buque a una velocidad sostenida de cien kilómetros por hora.

Pese a todo lo dicho las ictionaves disponían en reserva de un reactor nuclear clásico. Éste sólo se utilizaba en situación de emergencia, por ejemplo cuando la ictionave era descubierta y tenía que buscar la salvación desarrollando una mayor velocidad. Estos submarinos podían abandonar el mar y volver al aire, y entonces eran tan rápidos como las aeronaves “thorbod”. Pero fuera de su elemento la ictionave era muy vulnerable a los rayos desintegradores “Zeta”.

El verdadero elemento donde las ictionaves se encontraban a gusto era en el seno del océano, mejor cuanto más profundidad, pues entonces ni la vista ni los aparatos de detección del enemigo podían descubrirlas.

Maquetania, también conocido por el Planeta Segundo, tenía una superficie superior a un billón de kilómetros cuadrados, de los que siete décimas partes estaban cubiertos por las aguas de los océanos. La Armada Imperial Thorbod dominaba ampliamente el espacio aéreo, de tal suerte que los “tapos” sólo podían establecer contacto con sus dispersas ciudades a través del mar.

Los “tapos” poseían una numerosa flota oceánica, aunque nadie conocía el monto real de sus efectivos. No se trataba solamente de una medida de precaución para el caso de los “thorbod” cogieran prisioneros. En la modalidad de lucha adoptada por los “tapos”, debido a la dificultad de las comunicaciones y a la gran dispersión de los núcleos de población en un territorio enorme, cada ciudad constituía por sí una célula independiente. No existía por entonces un Mando unificado, y cada ciudad era, al estilo de los “ghuros”, como una pequeña república independiente que sobrevivía y luchaba con sus propios medios. Pero de alguna forma, las grandes urbes como Electra ejercían cierta hegemonía sobre las ciudades de su entorno, a las que auxiliaban técnica y económicamente.

Tampoco tenían los “tapos” un auténtico ejército regular. Las fuerzas armadas procedían del voluntariado, y los cargos y jerarquías se otorgaban en razón de las presiones y las influencias políticas, o en simples razones de prestigio.

No quería esto decir que los mandos de las unidades “tapo” fueran menos competentes de lo que cabría esperar, antes al contrario. Gracias al método de enseñanza e instrucción por el sistema de inducción directa al cerebro, casi cualquiera podía llegar a ser un buen oficial. Aparte de los conocimientos técnicos y profesionales, las cualidades que distinguían a un jefe solían ser el valor, la capacidad de iniciativa y el ardor que cada uno ponía particularmente en la lucha.

Hasta este momento no se habían producido enfrentamientos de importancia entre “tapos” y “thorbod”. La mayor parte de los 65 millones de combatientes potenciales se encontraban instalados, más o menos confortablemente, en las grandes ciudades y los

dispersos campamentos de las montañas. Por entonces eran los voluntarios, hombres como los Aznar y las tripulaciones de la Flota oceánica, quienes cada día exponían su vida en misiones necesarias y arriesgadas. En una de estas misiones había hallado la muerte Héctor Aznar.

Los Aznar eran personajes influyentes, conocidos y estimados en las lejanas aldeas del área de influencia de Electra, que visitaban con frecuencia para mantener viva la unidad y la conciencia de una guerra que todavía no había alcanzado su punto culminante. Porque los “thorbod”, entonces lejos del Planeta Segundo, no habían tenido tiempo de ocuparse de los “tapos”, el más pequeño de sus enemigos. Pero la población “tapo” crecía rápidamente, se multiplicaba el número de sus ictionaves, y no estaba lejos el día que los “thorbod” tendrían que tomarles en cuenta.

—Cuando crezca seré comandante de una ictionave —se prometió el pequeño Marek después de visitar el submarino de César.

Posteriormente otras aficiones atraerían poderosamente a Marek. Sucesivamente iba a querer ser cirujano, ingeniero aeronaval, físico nuclear y astronauta. Como astronauta, su máxima ambición se cifraba en llegar a ser Almirante Mayor del autoplaneta Valera.

—¡Anda, pues no quiere éste nada! ¡Solamente Almirante Mayor de Valera! —exclamó su sobrino Anibal—. Eso lo querría cualquiera, ¿no te fastidia?

—Tú no has dicho que quisieras serlo —argumentó Marek.

—También me gustaría, ¿a quién no? Pero sólo un tonto es capaz de soñar eso. Todo el mundo quiere ser Comandante de Valera. Pero sólo existe un autoplaneta Valera, y todos no pueden ser su Comandante.

—Yo lo seré —afirmó Marek.

Todos los Aznar, desde el más grande al más pequeño, eran conscientes de la trascendencia histórica de su apellido. Desde el remoto pasado, los Aznar habían ejercido el mando supremo del fabuloso autoplaneta casi sin interrupción, como ejecutores de los designios de un misterioso destino. Valera, el incansable andarín del espacio, había estado viajando continuamente, llevando en su interior hueco verdaderas multitudes de un lado a otro. Descubrió y

colonizó nuevos mundos, luchó contra la injusticia, el egoísmo y la barbarie, aniquiló y creó civilizaciones, y sobrevivió como un dios inmortal a la misma Humanidad de la cual había surgido.

En los dos gruesos volúmenes del libro “Viajes de los Aznar” estaban escritas las hazañas del planetillo viajero. Protagonistas de esta historia, los Aznar. Este libro ocupaba lugar preferente en la biblioteca de César Aznar. Cuando Marek lo hubo leído se sintió distinto, casi un ser superior sobre todos los demás niños que no se llamaban como él. De ésta y sucesivas lecturas del libro le vino la loca ilusión de llegar algún día a Comandante de Valera y emular las hazañas de sus prodigiosos antepasados.

Sólo cuando fue crecido, después de leer una y otra vez el libro, aprendió que la ambición, si no estaba ausente en las acciones de los Aznar, no había sido nunca el motor que movió sus decisiones. César, su hermano, también lo entendía así.

—No se es mejor porque uno se apellide Aznar, es nuestro apellido quien nos obliga a ser mejores.

A los doce años Marek recibió una nueva dosis de cultura. A esta edad todos los niños “tapo”, sin distinción de sexo, empezaban a recibir instrucción física y paramilitar. Los instructores insistían en grabar en la mente de sus alumnos la idea de que la nación estaba en guerra y que los momentos difíciles todavía estaban por llegar y habrían de exigir grandes sacrificios y sufrimientos del pueblo “tapo”.

Resultaba difícil, en el tranquilo ambiente de Electra, hacerse a la idea de que existía un peligro real dentro ni fuera de la ciudad. En los profundos sótanos de las turbinas giraban con monótona regularidad, accionando las poderosas dinamos que proporcionaban la indispensable electricidad. Ésta a su vez llegaba normalmente a las habitaciones de los ciudadanos y a las máquinas “Karendón”. El moderno “cuerno de la abundancia” que eran las “Karendón” proveía a la ciudad de todo lo necesario: cantidad y variedad de alimentos, ropas, equipo y electrodomésticos.

La vida toda en la ciudad estaba regulada cronométricamente. Para los muchachos todo se reducía a asistir a los ejercicios paramilitares durante dos horas diarias. Semanalmente se impartían clases de parapsicología. El resto del tiempo se dedicaba a la práctica de los deportes favoritos, a jugar, ver la televisión, comer y

dormir. De tarde en tarde llegaba la noticia de algún poblado de la montaña destruido por la Armada “thorbod”. Pero eran como ecos de una guerra lejana, de una situación que no alcanzaba a los habitantes de la gran ciudad ni podía alcanzarles.

Más reales eran los relatos de César Aznar, cuando después de una prolongada ausencia regresaba a la base de Electra en su ictionave. La descripción de poblados enteros arrasados, de centenares y millares de víctimas, de ictionaves destruidas y perdidas, superaban la frialdad de los boletines de noticias trasladando a Marek y sus sobrinos a un escenario distinto, donde el pueblo “tapo” sufría privaciones inimaginables, persecución y muerte.

Tenía Marek catorce años, y era ya un muchacho crecido, cuando volvió al Centro de Educación Básica para recibir una sesión recordatoria de todo lo aprendido anteriormente. Además en esta ocasión recibió enseñanza y experiencia sexual. A partir de este momento empezó a encontrar más seductoras las incipientes formas de mujer que iban apareciendo en su sobrina Jara.

No obstante, el primer amor de Marek, amor platónico, por supuesto, fue el que le inspiró su instructora Emma Coloma.

Emma Coloma era una de las dos instructoras que vinieron a Electra acompañando a los muchachos de Trueva. Al ser destruido el poblado y perder a todos sus parientes, Emma permaneció en la ciudad igual que el resto de la expedición. Tenía entonces veintiocho años, aunque no los aparentaba, y era una mujer de estatura más bien alta, esbelta y de facciones agradables, destacando del conjunto sus cabellos rojizos y sus bellos y expresivos ojos azules. Marek la admiraba profundamente, pero poco después Emma emparejó con un oficial de la Flota, de quien tuvo un hijo, desapareciendo de la vida de su silencioso adorador.

Los días, las semanas y los meses transcurrían con rapidez en la superpoblada Electra. A los dieciocho años tuvo Marek su primera y auténtica experiencia sexual. Estaba en edad de ser alistado en el Servicio Obligatorio de Trabajo y decidir cuál habría de ser su especialidad. Su sobrino Anibal era ya primer teniente de la Flota, y siguiendo la tradición familiar Marek escogió la carrera de las armas. Un breve cursillo, con aplicación del sistema de enseñanza e instrucción por inducción directa al cerebro hizo de él un segundo

teniente. Le destinaron a una ictionave recién salida de la “Karendón” gigante de los astilleros de Electra.

Por esta época empezaba a hacerse sentir una mayor presión de los “thorbod” sobre el Planeta Segundo. Las operaciones de castigo de los “thorbod” resultaron ser preparatorias del desembarco que realizaron poco después.

En una época anterior Atolón era un anillo perfecto de una sola pieza, todos cuyos puntos equidistaban 190 millones de kilómetros del Sol. En tiempos relativamente recientes el anillo se rompió en varios pedazos, que a su vez se subdividieron en otros hasta quedar en trece planetas que seguían girando en un mismo plano, aunque separados unos de otros por distancias que iban de un millón a varios millones de kilómetros. El abismo que separaba a Maquetania de Bartpur era de cuatro millones de kilómetros de distancia media, aumentando o disminuyendo según las oscilaciones del movimiento de circunvolución del conjunto de anillo de planetas.

Estando Marek para hacerse a la mar en su nuevo buque, su cuñada Tula anunció el inminente regreso de César Aznar. Esta especie de telegrafía psíquica era propia de las facultades paranormales de los “tapos” y se daba con frecuencia entre miembros de una misma familia. Desde la mar, a miles de kilómetros de la base, los marinos enviaban un mensaje telepático a casa, y casi siempre el destinatario recibía el mensaje.

—Si no regresa mañana mismo no podré verle —dijo Marek.

—Le verás —aseguró su cuñada.

Efectivamente, pocas horas después César Aznar entraba en el apartamento y besaba y abrazaba ruidosamente a su esposa y a sus hijos. Al llegarle el turno a Marek se le quedó mirando de arriba abajo. Marek vestía entonces el uniforme blanco de la Armada.

—¿Ya tenemos un nuevo oficial en la familia, eh? Me siento orgulloso de ti, dame un abrazo.

Poco después, reunida la familia en torno a la mesa, César confiaba a los suyos:

—Debemos prepararnos para lo peor. Los “thorbod” aprietan de firme en todas sus partes. Atacan nuestros reductos en tierra y van a la caza de nuestros barcos.

—Esa ha sido su táctica de siempre —observó Anibal.

—No, ahora es distinto. Se mueven por todas partes haciendo un despliegue de medios y energías poco usual. Ya no se limitan a permanecer al acecho en el aire. Se sumergen y nos buscan en el fondo del mar. En esta última semana hemos perdido más submarinos que en todo un año.

—¿Cuántos barcos hemos perdido? —preguntó Marek.

Pero César no lo sabía. Sólo conocía de dos casos concretos en que su barco había recogido a los náufragos de dos ictionaves hundidas. Luego dijo a Marek:

—Muchacho, mal momento has escogido para salir a la mar.

Marek no era de la misma opinión. Pensaba que si el riesgo era mayor, también tendría más probabilidades de atacar y destruir algún crucero “thorbod”. Hasta aquí, los Hombres Grises se habían mostrado muy conservadores, evitando entrar en el terreno de las ictionaves “tapo”, donde sus cruceros eran más vulnerables. El hecho de que ahora descendieran a las profundidades del mar, aceptando la lucha en el medio donde los “tapos” mejor se defendían, denotaba cierto grado de irritabilidad, cosa infrecuente en los “thorbod”, cuya astucia y paciencia eran proverbiales.

Acababa Marek de cumplir dieciocho años y era un muchacho inexperto lleno de fantasías, a quien atraían el riesgo y la aventura.

Teniendo que salir a la mar en unas horas Marek se despidió temprano de su familia, tomó la bolsa de viaje y se dirigió andando a la dársena subterránea, donde el “Alfil” emergía el muelle cuando fue sobresaltado por el inesperado alarido de la sirena de alarma.

Las sirenas nunca habían sonado en Electra en una llamada de alerta real. De vez en cuando se llevaban a cabo simulacros de ataque, pero siempre se advertía con tiempo anticipado para evitar un pánico que podría haber ocasionado víctimas verdaderas.

Marek se detuvo junto a la pasarela del barco. Fue en este momento cuando sintió la sensación cierta de que algo estaba a punto de ocurrir.

En este momento había cuatro ictionaves atracadas en los muelles, cada una bajo la arcada de una imponente bóveda excavada en la roca. Uno de los barcos era el submarino de César Aznar, cuyo sucio casco, cubierto de adherencias marinas, denotaba una larga permanencia en el mar. Todas las dársenas desembocaban en una bóveda exterior donde se veía la embocadura del largo túnel

que comunicaba Electra con la costa. La mayor parte de este túnel era navegable en superficie, estando perfectamente iluminado y señalizado con hileras de balizas rojas. Solamente en los últimos doce kilómetros era obligado navegar en inmersión para desembocar en el mar al pie del acantilado.

El “Alfil” estaba tomando energía eléctrica e hidrógeno a través de gruesos cables y mangueras; es decir, electricidad para sus baterías, e hidrógeno para llenar sus grandes depósitos de reserva. Una ictionave siempre consumía más energía de la que era capaz de obtener a través del complicado proceso de descomposición del agua en hidrógeno y oxígeno. Ya que de lo contrario se realizaría el milagro del movimiento continuo, utópico sueño jamás realizado todavía. Por esta razón, antes de zarpar una ictionave almacenaba toda la energía posible.

En pleno océano, si las baterías se vaciaban, el submarino tenía que recurrir al reactor nuclear para recargar las baterías, operación siempre peligrosa por la constante presencia de las aeronaves “thorbot” en el aire.

El comandante del “Alfil” era el capitán de fragata Aigor Quero, que se encontraba en la torrecilla de la ictionave y se quedó mirando atentamente a los altavoces del circuito perifónico del muelle.

Sintiendo un leve estremecimiento de frío, Marek se sobrepuso a su impresión y cruzó la plancha pisando la cubierta del “Alfil”. La sirena seguía sonando por los altavoces, atronando en las bóvedas casi desiertas, en una hora en que la inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad estaban durmiendo y casi no había actividad en los muelles.

Marek se dirigió a la escotilla de popa y penetró en el interior de la ictionave. Avanzando por un largo corredor, dividido en numerosos compartimentos estancos, coincidió en la cámara de derrota con el comandante Aigor que bajaba directamente desde la torrecilla exterior. Había otros dos oficiales en la cámara, aparte de algunos sargentos que atendían a la operación de llenado de los tanques de combustible.

En este momento se encendía la pantalla de un audiovisor y sonaba un zumbador. Aigor acudió al aparato, en el que acababa de aparecer la imagen del almirante Shure, comandante militar de

Electra. Simultáneamente se dejaba sentir un leve estremecimiento en todo el buque, acompañado de un ruido subterráneo de difícil localización.

—“A los ciudadanos de Electra” —empezó diciendo el almirante Shure—. “Culminando la intensificación de sus ataques a nuestras aldeas de la última semana, el enemigo dirige en este momento un ataque masivo contra nuestra ciudad. La situación puede ser grave si, como parece ser, el enemigo ha localizado el emplazamiento exacto de Electra. Es posible, incluso, que nos veamos obligados a llevar a cabo la evacuación prevista en los planes de emergencia. De producirse ésta, según está establecido lo harán en primer lugar los niños acompañados de sus madres. Los niños mayores de catorce años esperarán a ser evacuados en segundo lugar. En tercer lugar lo harán todas aquellas personas que no desempeñan puestos de responsabilidad en los servicios, y el resto esperará a recibir órdenes concretas sobre la forma y el momento de hacerlo. A partir de este momento y en previsión a lo que pueda ocurrir, se ordena a las madres se dirijan ordenadamente a las Karendón Traslator. Recuerden que sólo se permitirá llevar una bolsa de viaje por persona. Mantengan la calma y procuren no amontonarse en las escaleras y ascensores. Una actitud cívica es lo que el Estado mayor espera de todos y cada uno de los habitantes de Electra”.

La imagen del almirante se desvaneció de la pantalla, siendo reemplazada por una guapa y sonriente locutora que iba a facilitar sabios consejos a los ciudadanos para que toda la operación se desarrollara dentro del más perfecto orden.

CAPÍTULO III

El mensaje de teléfono para nosotros —gruñó el comandante Aigor— originándose en realidad allí fuera.

Aigor llamó a la sede del Estado Mayor inquiriendo con energía noticias de cuanto estaba sucediendo. Mientras el comandante efectuaba la llamada se reproducían los estremecimientos del barco y aumentaban aquellos ruidos subterráneos parecidos a los de un terremoto. Algo golpeó con estruendo al “Alfil” sobre las cabezas de los que se encontraban en la cámara de derrota. Alguien informó a través de los altavoces:

—Una roca se ha desprendido de la bóveda y ha caído sobre el barco entre la proa y el puente.

—Que vaya alguien a comprobar los daños —ordenó Aigor con el teléfono pegado al oído.

Salíó el teniente Buck, y Marek fue con él.

Al salir por la escotilla Marek advirtió más intenso aquel ruido sordo que parecía brotar del subsuelo. Sobre su cabeza se balanceaban los grandes focos eléctricos que iluminaban la gruta. Tierra y grava se desprendían del techo y caían alrededor del barco levantando pequeños surtidores. De vez en cuando una roca mayor se zambullía en las aguas con gran ruido. La roca más grande estaba sobre el “Alfil” y había hundido la obra muerta de cubierta abollando ligeramente el casco, aunque sin causar daños a éste.

—Es peligroso permanecer aquí. Vamos abajo —dijo Buck.

Bajo una lluvia de polvo y de piedras regresaron al interior del buque. En la cámara de derrota se encontraban todos los oficiales del “Alfil” y el corredor que conducía hasta ella estaba lleno de tripulantes expectantes.

—Nos atacan simultáneamente por aire y por mar —dijo el comandante Aigor dejando el teléfono en el soporte.

Unos cinco mil cruceros “thorbod” habían descendido al océano a mil kilómetros de la costa y avanzaban formando un semicírculo que se iba estrechando en dirección al acantilado donde desembocaba el túnel submarino de Electra. Dentro de esta red los cruceros “thorbod” iban destruyendo a cuantos submarinos “tapo” se encontraban en el cerco. Por descontado era imposible salir a la mar en estas circunstancias.

El mayor temor del Estado Mayor en este momento, era que los “thorbod” localizaran el lugar exacto donde el túnel comunicaba con el mar. Un solo torpedo de cabeza nuclear, bien dirigido contra la boca del túnel, bastaría para provocar un hundimiento que lo dejaría bloqueado.

Mientras tanto, una escuadra sideral sometía a la montaña a un intenso bombardeo nuclear. La ciudad tenía sus propias defensas, especialmente rampas lanza-misiles, proyectores de luz sólida y de ondas gravitacionales; defensas muy bien ocultas y nunca utilizadas para no delatar la ubicación de Electra, pero que había llegado la hora de poner en juego, puesto que era superfluo seguir escondiendo lo que ya era conocido por el enemigo.

En efecto, los Hombres Grises sabían donde estaba la ciudad. El secreto, celosamente guardado por los “tapos” tal vez no había sido secreto nunca. Tal vez los “thorbod” lo conocían desde hacía un siglo, reservándose el placer de dejar que sus 600.000 habitantes se sintieran seguros, para luego asestar les un golpe mortal, definitivo. La ciudad estaba irremisiblemente perdida.

Contemplada hoy bajo la óptica de sus dieciocho años y los conocimientos tácticos últimamente adquiridos, Marek Aznar sabía que Electra era indefendible ante un ataque prolongado del enemigo. Lo sabía el pueblo, y por esta razón eran más de temer las actitudes de pánico que irremediabilmente se producían.

Desde centenares de kilómetros de distancia, mucho más allá de la atmósfera, la escuadra “thorbod” lanzaba sus misiles de carga nuclear sobre la montaña. La enorme mole roqueña temblaba como sacudida por un terremoto y esta continua vibración cuarteaba los pisos y los techos, descolgaba lámparas y provocaba desprendimientos en las bóvedas.

En la dársena, una roca cayó sobre los cables eléctricos provocando un cortocircuito con chispas y explosiones. Cerca de los

cables corría la tubería que suministraba hidrógeno al submarino. La tubería fue alcanzada por otra de las rocas que se desplomaban de la bóveda. El hidrógeno, gas altamente inflamable, escapó de la tubería y prendió en una ruidosa explosión para continuar en una enorme llama. El comandante del “Alfil” trató de comunicar telefónicamente con la casilla de la dársena desde la cual se manejaban las válvulas, pero nadie cogió el aparato.

—Hay que salir a cerrar esa válvula —dijo el comandante.

Un par de hombres se movieron en dirección a la escotilla, pero Aigor les detuvo.

—¿Están locos? No pueden salir sin protección, vayan en busca de sus armaduras.

Aunque la orden no iba dirigida a él en particular, Marek se consideró en la obligación de ir con los hombres, puesto que ningún oficial se había adelantado para acompañarles.

Marek se dirigió a su camarote, tiró la bolsa sobre la cama y abrió el armario donde guardaba su armadura. Estas armaduras eran de uso obligatorio a bordo al producirse la señal de alarma o el toque de zafarrancho de combate. Solían hacerse a la medida y constaban de distintas piezas para los brazos y las piernas, que luego se unían al tronco. Completaba el equipo una escafandra provista de radio individual, además de un amplificador para recoger el sonido del exterior o hacer sonar la propia voz fuera de la campana. Todas las piezas eran de “diamantina”, un cristal artificial tan duro como el diamante, capaz de soportar grandes presiones y elevadas temperaturas. Interiormente la armadura estaba acolchada con espuma de caucho. Entre las dobles paredes del tronco llevaba una provisión de oxígeno para ocho horas.

Quitándose la guerrera, la gorra y los zapatos. Marek se enfundó rápidamente en la armadura y regresó a la cámara de derrota. En el pecho, pintado sobre el fondo azul oscuro de la armadura, llevaba su nombre y graduación: Tet. M. Aznar.

El comandante Aigor le dio algunas instrucciones mientras llegaban los dos hombres que se ofrecieron voluntarios.

—He tratado de comunicar por teléfono con el encargado de las válvulas principales, pero no hay nadie allí o está cortada la línea —dijo Aigor.

Marek trepó por la escalerilla hasta la cubierta. En el tiempo que

había transcurrido desde su primera salida la cubierta se había llenado de rocas de todos los tamaños. Éstas seguían desprendiéndose de la bóveda, y con ellas algunos focos eléctricos que se balanceaban colgando de los cables. Advirtió que fuera del barco era más perceptible el continuo trueno de las explosiones que sacudían la montaña hasta sus más profundos cimientos.

Bajo una lluvia de polvo y piedras menudas avanzaron a lo largo de la cubierta y saltaron al muelle. Mientras a bordo del barco el ruido y las vibraciones quedaban muy amortiguadas, en el muelle sintió Marek el temblor del piso bajo sus pies. Era una sensación nueva, indescriptible y terrorífica.

Sobreponiéndose a esta emoción, Marek se dirigió a la casilla donde estaban las válvulas de distribución de las tuberías. La llama de hidrógeno ardía como un gigantesco soplete y los tres hombres la rodearon de forma instintiva. En este momento se produjo un gran derrumbamiento de la bóveda y una roca de varias toneladas de peso cayó sobre la casilla y la hundió en medio de una nube de polvo. Una lluvia de piedras cayó sobre la cabeza y los hombros de Marek sin causarle daño.

Marek se acercó a examinar el lugar y vio que no podrían alcanzar las válvulas cubiertas por roca. Comunicó por radio con el barco. Le contestó el comandante Aigor:

—Marek, vaya a los depósitos y trate de cerrar la tubería principal desde allí.

Por razones de seguridad los depósitos de hidrógeno se encontraban en una bóveda a medio kilómetro del muelle. Para llegar hasta ellos había que recorrer un largo túnel que tenía una puerta de seguridad a la entrada, y otra situada a medio camino. La primera puerta estaba abierta, indicio de que alguien había faltado gravemente a su deber. Marek ordenó cerrarla una vez que estuvieron dentro.

El túnel sólo tenía cuatro metros de ancho por seis de alto. Debido a las reducidas dimensiones la bóveda estaba resistiendo los temblores perfectamente. Los tres hombres invirtieron quince minutos en llegar hasta los depósitos; las armaduras de “diamantina” no eran muy adecuadas para las largas caminatas. El lugar estaba totalmente desierto. Ni Marek ni los hombres que le acompañaban habían estado nunca allí, por ser ésta un área de paso

restringido. Un laberinto de túneles comunicaba unas con otras las bóvedas donde estaban encajados los grandes depósitos de acero. Encontraron la oficina y Marek consiguió comunicar telefónicamente con el “Alfil”. Después de sonar un buen rato, el propio comandante Aigor tomó el aparato.

Marek le dijo que encontraba dificultades para dar con la válvula principal.

—Déjelo, ya no importa —dijo el comandante—. Estamos abandonando el barco. El enemigo ha conseguido introducir un torpedo de cabeza nuclear en el interior del túnel marino y lo ha hecho detonar. Salga de ahí lo más rápido que pueda. Cuando la trompa de agua desemboque en las dársenas lo inundará todo.

La sorpresa dejó momentáneamente sin habla a Marek.

—Buena suerte —dijo el comandante. Y cortó la comunicación.

Marek salió de la oficina, llamó a sus hombres y les preguntó si conocían alguna otra salida distinta del túnel que habían utilizado para llegar hasta este lugar. En este momento empezó a vacilar la luz eléctrica, y a continuación sobrevino un apagón. Esperaron por si volvía la luz, pero no regresó. Ignoraba Marek que las continuas vibraciones de la montaña habían hecho saltar los zunchos de las gigantescas tuberías que llevaban el agua hasta las turbinas de la planta eléctrica.

En este momento el gran caudal de agua se derramaba por el piso de la planta eléctrica sin llegar a las turbinas. Las dinamos se pararon y en toda la ciudad se apagaron las luces y dejaron de funcionar los ascensores.

—Vamos, tenemos que regresar al muelle —dijo Marek.

En las armaduras de vacío se había previsto todo. Cada escafandra llevaba una linterna eléctrica sobre la frente, alimentada por las mismas pilas que hacían funcionar la radio.

Sólo emplearon diez minutos en desandar el mismo camino que antes les había llevado un cuarto de hora. Al abrir la sólida puerta de seguridad fueron rechazados por un huracán que salía por el túnel marino produciendo un extraño sonido, como el de un cuerno gigantesco soplado por los pulmones de un titán. Esta violenta corriente de aire arrastraba consigo partículas de agua pulverizada y levantaba un violento oleaje que rompía contra el muelle haciendo cabecear los submarinos allí amarrados. Al producirse el

apagón los barcos habían encendido sus proyectores.

Los tres hombres echaron a correr. Uno de ellos resbaló sobre el piso mojado y fue arrastrado a gran distancia por la poderosa manguera de aire. El suelo seguía temblando y un ronco trueno parecía surgir de algún lugar remoto acercándose con rapidez. Marek adivinó que se trataba de la ola que venía por el túnel, impulsada por la tremenda fuerza de la deflagración nuclear.

Habían alcanzado la calle que desembocaba en el muelle y Marek se detuvo para mirar hacia atrás. Una tromba de agua irrumpió en las dársenas brotando del túnel. Los barcos se encabritaban y fueron a estrecharse contra el muelle. La enorme ola pasó sobre los barcos y avanzó arrolladoramente por todas partes.

Marek echó a correr por el túnel hacia la ciudad. La ola le alcanzó, le alzó, lo arrolló y lo arrastró. En plena oscuridad se sintió flotar como una pluma en un medio turbulento. La válvula de su escafandra funcionó evitando la entrada de agua. La armadura era totalmente hermética y muy sólida. En un par de ocasiones golpeó con la cabeza y la espalda contra algo sólido, posiblemente la bóveda o los muros del largo túnel.

La enorme ola se expandió por toda la parte baja de la ciudad arrastrando vehículos, arrancando farolas del alumbrado, barriendo los pequeños parques de las coquetonas plazuelas e inundando las plantas bajas de las viviendas.

Armadura y escafandra le hacían subir hacia arriba. No tardó en encontrarse pegado a la bóveda, sintiendo en las manos la continua vibración de la roca, señal de que el bombardeo continuaba en el exterior. El oxígeno llegaba con toda normalidad a sus pulmones. Se sintió tranquilo a este respecto, podía resistir muchas horas mientras el agua desplazada por la fuerza expansiva de la explosión regresaba al túnel submarino.

Encendió la esfera del reloj eléctrico, incrustado con un batímetro en el brazo de la armadura. Hacía más de una hora que abandonó el submarino.

“El agua no tardará en bajar” —se dijo.

Pasó lentamente otra hora. Notó una corriente que le arrastraba, haciendo rozar su armadura en las rugosidades de la roca. Aunque despacio, se estaba moviendo, lo cual siempre era mejor que estarse quieto. Transcurrió otra hora. Repentinamente sintió una poderosa

fuerza ascensional que le llevaba hacia arriba en la oscuridad. El corazón le latía jubiloso, pues pensaba encontrarse en el interior de uno de los pozos de ventilación. Un par de golpes contra algún objeto metálico le confirmó esta creencia.

Casi inesperadamente se encontró flotando en la superficie. Encendió de nuevo la linterna. En efecto, estaba en un pozo de ventilación. Había una escalera con barrotes de hierro hincados al muro. Al asirse a los barrotes éstos transmitieron a sus manos la trepidación de la roca. El bombardeo continuaba.

Trepó por la escalera. El paso estaba interrumpido por un gigantesco ventilador, pero había una puerta de registro sobre un pequeño rellano. Por esta puerta pasó a una sala de máquinas y forzando otra salió al corredor de un edificio de apartamentos. Todas las puertas estaban abiertas y los apartamentos vacíos y en desorden, como abandonados precipitadamente por sus inquilinos.

Halló en el corredor restos de papeles quemados, zapatillas, prendas diversas y bolsas de viaje. No había luz, y por supuesto, tampoco funcionaban los ascensores. Quedaban las escaleras y empezó a subir por éstas. Dos pisos más arriba la escalera se había hundido. Entre los escombros vio un par de cadáveres, que nadie al parecer había cuidado de rescatar. Se vio obligado a recorrer otro largo pasillo hasta dar con una escalera practicable.

El piso trepidaba continuamente. De los techos agrietados caían cascotes y chorros de polvo. Había mucho humo por todas partes. La persistencia del bombardero provocaba la irritación de Marek. ¡Malditos Hombres Grises!

Dos veces más tuvo que dar un rodeo por encontrar las escaleras hundidas. Pasó junto a los rescoldos humeantes de lo que habían sido fogatas alimentadas con papeles y objetos de caucho. Luego escuchó voces y vio alguna luz por el hueco de la escalera.

Poco después alcanzaba a un grupo de rezagados que llevaban consigo unos heridos. Agotadas por el cansancio, las personas parecían fantasmas moviéndose entre el acre humo de los papeles quemados. Se escuchaban toses. Algunas mujeres lloraban y hasta la psique de Marek llegó telepáticamente cierto sentimiento colectivo de angustia y terror. Mucha gente daba por descontado que no lograría salir con vida de la ciudad.

Una mujer joven lloraba patéticamente sentada en un escalón.

En su regazo tenía un niño, y junto a ella otro niño permanecía en aterrado silencio asido a los pantalones de la madre. Marek se detuvo junto a la mujer.

—¿Necesita ayuda?

Ella levantó el rostro, que quedó iluminado por la lamparilla eléctrica. Marek reconoció con asombro a su antigua instructora, Emma Coloma.

—¡Emma Coloma!

Deslumbrada por la linterna Emma entornaba los ojos.

—Soy Marek. ¡Marek Aznar, de Trueba! ¿No me recuerdas?

La mujer dejó escapar un sollozo. Pero hecha la conexión telepática, Marek supo que ella sí le recordaba.

—¿Ese niño es tuyo? ¿Qué le ocurre?

Telepáticamente Emma le transmitió en unos segundos todo el horror de una escena de pánico multitudinario. Al comenzar el bombardeo y ser comunicado a los ciudadanos que debían dirigirse a las máquinas Traslator se produjo una estampida ciega en busca de las salvadoras Karendón T. Emma Coloma salió con sus dos hijos, pero la gente no respetó el turno establecido y sólo respondía al más incivil y primitivo instinto. Habiendo dejado de funcionar los ascensores la multitud se amontonó en las escaleras. En la oscuridad y la confusión Emma perdió el niño que llevaba de la mano. Nadie le escuchó, por más que gritó y repartió puñetazos y puntapiés. Hasta pasado el tumulto no pudo encontrar a su niño. Pero entonces estaba muerto, pisoteado, hecho un guiñapo...

No era éste un caso único. Otros niños, incluso adultos, fueron víctimas de la insolidaridad de la muchedumbre y resultaron muertos o con fracturas bajo las pisadas de la masa ciega y torpe lanzada en precipitada huida.

—Emma, no puedes permanecer aquí —le dijo Marek.

—¿Por qué no? Ya nada me importa. Espero que todas las Karendón revienten... para que ninguno de esos bestiales asesinos pueda salvarse, pese a sus prisas por llegar antes. Mi hijo ha muerto, ellos lo han matado. ¡Ojalá no se salve ni uno!

—Tienes otro hijo. Emma. ¿Quieres que muera también?

La mujer levanto los hombros. En su opinión las Karendón no alcanzarían a evacuar a todos. Los fuertes, los egoístas, los que llegaron primero tal vez. Todos los demás sucumbirían. La ciudad

estaba condenada, no había salvación para Electra, ni por supuesto para los que quedaran en ella.

—La ciudad fue construida muy sólida. Si resiste veinticuatro horas evacuaremos todos —dijo Marek.

La dotación de Electra era de 50 máquinas Traslator colectivas. Cada máquina era capaz de desmaterializar 25 personas en cada operación, y el ritmo era de una operación cada tres minutos. Es decir, en 24 horas las Traslator podían evacuar a los 600.000 habitantes de Electra. ¿Dónde sería evacuada toda esta muchedumbre? A las ictionaves, por supuesto. La razón principal por la cual siempre había por lo menos un millar de ictionaves en el mar, era garantizar en todo momento la rápida evacuación de cualquier pueblo o ciudad donde hubiera máquinas Traslator dispuestas para una contingencia de este tipo.

Ya habían desfilado penosamente los últimos heridos, la mayoría ayudados por familiares, y todavía estaba Marek tratando de persuadir a su antigua instructora.

—Emma, hazlo por tu otro hijo.

En este momento volvía la luz en toda la ciudad, acontecimiento que fue acogido con un grito de júbilo general. Sin embargo no había motivo para sentir alegría, sino más bien todo lo contrario.

La avería de los conductores de agua no había podido repararse. La planta eléctrica estaba totalmente inundada, y el nivel del agua empezaba a subir con rapidez. El hecho era que mientras entraban continuamente trescientos metros cúbicos de agua por segundo, el túnel submarino había quedado cegado totalmente, sin posibilidad de evacuar este considerable caudal. Aunque las máquinas Traslator tenían su propio grupo eléctrico accionado por turbinas de hidrógeno, la energía eléctrica hacía falta para muchos otros servicios, entre ellos las propias defensas de la ciudad. En consecuencia el Estado Mayor había decidido poner en marcha los reactores nucleares de emergencia.

Pero con ello el Estado Mayor no hacía sino reconocer que la ciudad estaba perdida, no importando por lo tanto que el enemigo fijara su localización a través de la fuga de neutrinos que producían los reactores nucleares.

La disponibilidad de una abundante energía tuvo como efecto una reacción enérgica de las defensas antiaéreas de la ciudad. Los

“tapos” disponían de gran cantidad de proyectiles “tierra-aire”, conservados desde hacía más de un siglo por el procedimiento de reducción. Al entrar en acción simultánea las rampas lanza-misiles se nivelaron las fuerzas que intervenían en el combate. Los misiles “aire-tierra” del enemigo fueron detenidos en su camino y la montaña dejó de trepidar.

La vuelta de la luz y el cese del bombardeo fueron elementos psicológicos que contribuyeron a aliviar la tensión. Hasta Emma, de manera inconsciente, se vio influida por ellos. Todavía surgió otro inconveniente, al discutir sobre qué hacer del cadáver del niño.

—Tendremos que dejarle —dijo Marek.

La madre se resistía a la idea de dejar abandonado y solo al cadáver. La desesperación de la mujer era intensamente vivida también por Marek a través de su conexión telepática. Fue una experiencia terrible, inolvidable. El don de la telepatía no siempre era una ventaja. El otro niño, Daniel, se echó a llorar desconsoladamente. La angustia sentida por la madre alcanzaba telepáticamente al hijo.

Marek, que ya se había despojado de la escafandra, tomó resignadamente asiento en el escalón junto a Emma. Al restablecerse la corriente eléctrica volvieron a funcionar los altavoces. Las primeras instrucciones iban dirigidas al público en general, haciendo una llamada a la serenidad y el sentido cívico.

“Nadie va a quedar abandonado, todos serán evacuados a su debido tiempo” —repetían una y otra vez los altavoces.

También se llamó a los componentes de la Policía Militar, reagrupando a ésta para luego enviarla a los puntos más conflictivos, que en este momento eran los accesos a las salas de las Traslator. Las autoridades trataban de recuperar el control de la situación, perdido durante las horas de oscuridad y pánico.

Durante más de una hora trató Marek de convencer a Emma, dialogando con ella telepáticamente, de corazón a corazón. De pronto se produjo una estruendosa explosión. Las puertas de un ascensor próximo salieron despedidas de su marco y una negra humareda salió del pozo. El humo, denso y maloliente, se agarraba a la garganta e hizo toser al niño. Marek se puso en pie instintivamente.

Olía a petróleo. Se acercó al ascensor, pero el humo le hizo

retroceder. Tuvo que ponerse la escafandra y abrir de nuevo la válvula del oxígeno para poder llegar hasta el ascensor. Se asomó al pozo. A través del espeso humo alcanzó a distinguir a gran profundidad el rojo resplandor de un gran fuego.

Un incendio en las actuales circunstancias era lo peor que pudiera pasar. La ciudad había sido construida con materiales incombustibles, pero aún así existían en los apartamentos elementos combustibles suficientes para servir de pasto al fuego.

El olor a petróleo era tan fuerte, que Marek tuvo que pensar que sólo podía tratarse de petróleo. El petróleo no era un elemento natural en el circumplaneta, donde nunca se dieron las condiciones geológicas y geoquímicas oportunas para su formación. Los “tapos” lo obtenían por transmutación atómica, especialmente en forma de aceites lubricantes para las máquinas.

“Algún depósito de aceite ha debido agrietarse con las vibraciones del bombardeo” —se dijo Marek.

El humo llenaba todo el recinto y hacía toser a Emma y al niño.

—No podemos seguir aquí —dijo Marek. Y tomó el cadáver del niño de brazos de Emma.

Y salió cerrando la puerta. Emma, de pie, apretaba contra sí la rubia cabeza de Daniel. Dos miembros de la Policía Militar, armados y enfundados en armadura y escafandra de “diamantina”, llegaron procedentes del piso inferior. Marek les preguntó si conocían las causas del incendio.

—Es petróleo —dijo uno de los policías—. Hay una película de más de quince centímetros de espesor extendida sobre el agua en toda la parte inundada de la ciudad.

—¿De dónde ha salido ese petróleo?

—Los “thorbad” deben haberlo vertido en los arroyos y riachuelos que captamos para traer el agua a las turbinas de la planta eléctrica. El túnel submarino está obstruido, y el agua y el petróleo que entran por los conductos se quedan en la ciudad, sin posibilidad de ser evacuada.

—Es decir, si no se desploma la montaña moriremos ahogados como ratas —comentó amargamente el otro.

—¿No funcionan las Traslator? —preguntó Marek.

—Sí, aunque ya hay cuatro o cinco de ellas estropeadas. Creo que el agua nos va a mojar el trasero antes que podamos evacuar

todos.

—¡Y los policías estamos en el último turno! —exclamó el primero.

Los dos hombres continuaron escaleras arriba, dejando a Marek preocupado. A juicio de Marek, el humo constituía un peligro mayor y más inmediato que el agua. En una ciudad que estaba siendo bombardeada no podían abrirse las entradas de aire para renovar la atmósfera, pues el aire que se tomara del exterior estaría mortalmente contaminado de radioactividad. Los “thorbod”, que se habían tomado un enorme trabajo para llevar el petróleo hasta los arroyos de la montaña, debían haber calculado minuciosamente las consecuencias de un incendio de grandes proporciones en el interior de la ciudad sitiada.

Solamente una razón justificaba los esfuerzos de los Hombres Grises por introducir gran cantidad de petróleo; contaban con asfixiar a los habitantes de Electra antes que éstos pudieran ser evacuados por las Traslator.

Marek se quitó la escafandra, se la entregó a Emma y tomó al niño en brazos. Al echar a andar Marek no lo hizo subiendo escaleras, sino en dirección al piso inferior.

—Marek, las Traslator están arriba, no abajo —indicó Emma.

—El arsenal está abajo, y no tardará en quedar inundado.

—¿Te propones bajar al arsenal? ¿Por qué?

—Emma, el humo va a matar más gente que las bombas, la inundación y el mismo fuego. Nadie parece haberse dado cuenta, pero sólo los que posean armadura completa de vacío tendrán probabilidades de escapar de esta trampa —dijo Marek.

Emma Coloma le siguió en silencio por las escaleras.

CAPÍTULO IV

El fuego estaba todavía tan intenso que estuvo a punto de hacer desistir a Marek de su intento. Sólo la persuasión de que las armaduras eran ahora más necesarias que ninguna otra cosa le animó a perseverar en su propósito. No obstante, antes de llegar al arsenal, se vio obligado a entrar en uno de los apartamentos abandonados. Allí humedeció una manta y envolvió con ella al niño. Emma se cubrió con otra manta húmeda.

El arsenal estaba totalmente abandonado, las puertas abiertas y lleno de humo. El calor era sofocante. Había otros dos o tres arsenales en la ciudad, éste era el de la Policía Militar. Aunque había muchas armaduras completas colgando de los ganchos, Marek se dirigió sin vacilar al aparato llamado “palpador”. Éste era un ingenioso chisme conectado a una máquina Karendón de las llamadas “pañoleras”, por estar destinada a servir el equipo y piezas de repuesto propios de un pañol.

Las armaduras de vacío solían fabricarse a la medida de quien tenían que llevarla, pero la “diamantina” no podía cortarse, soldarse ni fundirse como la hojalata...

Si en tiempos remotos la confección de una armadura era un trabajo de artesanía, las Karendón habían venido a simplificar esta tarea. El “palpador” consistía en esencia en un “dedo” electrónico que recorría velozmente el entorno del cuerpo, la cabeza y las extremidades de la persona. Los datos obtenidos respecto a estatura, formas y volúmenes de la persona observada eran transmitidos a una computadora, quien dibujaba las coordenadas sobre las cuales la Karendón debía integrar la armadura, añadiendo por su cuenta el equipo complementario que era el mismo para todas las armaduras de un mismo tipo.

Quitando la manta al niño y poniéndolo de pie en la plataforma

del “palpador”, Marek fue a comprobar si llegaba energía a la máquina. En efecto, había voltaje suficiente para hacer funcionar la “pañolera”. Actuó sobre los mandos y gritó al muchacho:

—¡No te muevas, Daniel, no respires!

El niño obedeció, pese a que estaba tosiendo ahogadamente en aquel momento. La “pañolera” funcionó correctamente integrando una armadura completa de “diamantina”, incluso con oxígeno, radio y pilas eléctricas.

Mientras Marek iba a vestir al niño con las piezas de la armadura, Emma ocupaba el lugar del muchacho. La “pañolera” funcionó con el automático integrando una armadura a la medida de la mujer. A diferencia del niño, Emma no tuvo siquiera que despiezar la armadura. Sencillamente se desmaterializó y pasó a través del espesor de la “diamantina” integrándose en el interior.

El niño quedó completamente vestido al ponerle Marek la escafandra. Cuando Marek se ajustó la suya sintió notable alivio, aislado del humo y el calor. Salían del arsenal cuando vieron llegar un pequeño grupo de jóvenes corriendo. El humo estaba dejando notar sus efectos, y ya algunos estaban pensando lo mismo que pensara Marek.

Subiendo escaleras iban encontrándose con otros grupos de personas, cada vez más numerosos. Unos pisos más arriba estuvieron a punto de ser arrollados por un tropel de gente que bajaba hacia el arsenal. A éste siguió otro, obligándoles a refugiarse en un corredor. Era peligroso seguir por aquellas escaleras y se alejaron en busca de otro acceso. Pero en todas partes encontraban hombres y mujeres que corrían medio asfixiados en busca de una armadura de vacío. Pero los arsenales no tenían en existencias suficientes armaduras para todos, ni las Karendón eran capaces de fabricarlas con la urgencia deseada.

El asedio de Electra entraba en este momento en una fase altamente dramática. Mientras el túnel submarino seguía obstruido, trescientos metros cúbicos por segundo de agua estaban entrando incesantemente, inundando la parte baja de la ciudad. Sobre las aguas, una película de quince centímetros de espesor ardía quemando oxígeno y llenándolo todo de humo. En las plantas Karendón Traslator, la gente se empujaba sin miramientos, luchando a brazo partido, cada uno queriendo ser el primero en

alcanzar las máquinas salvadoras. Esta lucha se reproducía en los arsenales, donde unos hombres aterrados pugnaban por alcanzar una armadura, disputándose las que había a puñetazos.

También había armas en los arsenales, y fueron utilizadas en el combate por la posesión de las armaduras.

Después de deambular durante más de una hora por corredores y escaleras, Marek y sus amigos llegaron a una de las plantas de las Traslator. Allí se encontraron con un enorme gentío que luchaba a brazo partido en mitad de un ensordecedor griterío.

La lucha duraba ya cinco horas. El esfuerzo físico, el hambre y el humo estaban acabando rápidamente con las energías de esta multitud aterrorizada. En número cada vez mayor hombres y mujeres caían desvanecidos y eran pisoteados y aplastados sin miramiento por el gentío enloquecido. Nadie respetaba a nadie. De hecho, cada uno que caía era un competidor menos para llegar hasta las Traslator. Los que se encontraban en las últimas filas, los más débiles y los dotados de un mayor espíritu cívico, se apartaban del tumulto e iban tosiendo ahogadamente a ponerse contra una pared. Otros se dejaban caer sentados, vencidos, persuadidos de que iban a morir, deseando acabar de una vez.

En algunos estallaba un súbito sentimiento de rebeldía ante la muerte. Tosiendo, medio ahogados, se levantaban y volvían a la lucha con nuevas energías, agarrando por el cuello y los hombros a los que estaban delante para apartarlos. La lucha era tan feroz, que mirando por encima de las cabezas sólo se alcanzaba a ver un bosque de puños en movimiento.

Mientras allí se mataban por avanzar un metro, habían llegado los que fueron a los arsenales y consiguieron hacerse con una armadura. Bien oxigenados los pulmones, descansados y protegidos por sus sólidas armaduras de diamantina, estos hombres podían haber entrado en la liza con ventaja. Pero esperaban. Se estaban quietos, formando un grupo algo retirado, sombríos y silenciosos con sus negras armaduras, como una bandada de cuervos esperando la oportunidad de arrojarse sobre la carroña.

No tenían necesidad de luchar. Habían arrollado todo ante las Traslator, y muchos de ellos cometieron un homicidio para apoderarse de una armadura. Pero ahora podían permitirse el ser pacientes y demostrar un gran civismo. La mayoría de los

desgraciados que allí se empujaban y golpeaban no llegarían a la Traslator, el humo los mataría por asfixia. Cuando todos estuvieran muertos los hombres de las armaduras azul oscuro entrarían sin empujones a la habitación.

—¡Es horrible! ¡Horrible! —exclamó Emma Coloma inclinando la cabeza y llevándose las manos a la mirilla transparente de la escafandra.

De pronto empezaron a trepidar las paredes y a temblar el suelo. Se reanudaba el implacable bombardeo nuclear de los Hombres Grises. El feroz pulso entre las armas “tapo” y las armas “thorbod” se resolvía a favor de estos últimos. Los “thorbod” llevaron refuerzos siderales y los proyectiles nucleares estaban llegando de nuevo a la montaña. Los proyectores de “luz sólida”, las rampas lanza-misiles y las antenas de fuerzas “G” que defendían la ciudad iban siendo apagados y desmontados uno tras otro.

Dentro de la ciudad también empezaba a desfallecer el ardor combativo de todos aquellos que luchaban por alcanzar las Traslator. Lleno de horror veía Marek Aznar como iban cayendo hombres y mujeres asfixiados por el humo. La conciencia le acusaba por su pasividad. ¿Pero qué podía hacer?

Corrió una voz entre el tumulto:

“¡La Traslator se ha estropeado!”

Ya desde mucho antes sólo funcionaba una Traslator en esta planta. Las Traslator estaban repartidas por la ciudad a razón de dos por edificio para evitar aglomeraciones en un caso de emergencia, y aún así hubo aglomeraciones.

Se produjo de pronto un movimiento de retroceso de la muchedumbre amontonada ante la puerta, seguido de una estampida en dirección al corredor. Tosiendo, tambaleándose, cayendo y levantándose, la gente corría en busca de otras Traslator en los edificios contiguos.

En dos minutos no quedaba nadie allí. Todos se habían marchado, incluso los hombres de la armadura oscura, que llevaban la ventaja de encontrarse en buena posición para ser los primeros en aquella desenfrenada carrera.

Apoyada la espalda contra la pared, ni Marek ni Emma se movieron. Ante la puerta de entrada a la sala de las Traslator había un enorme montón de gente pisoteada y aplastada. Algunos todavía

se movían. Se escuchaban gemidos de dolor, sollozos y toses sofocadas. La despiadada lucha por la supervivencia que había tenido lugar allí iba a continuar en otra parte, donde quedara todavía una Traslator funcionando. Pero Marek no quena volver a presenciar una escena semejante. Se quedaría allí hasta que en toda la ciudad se hubiera hecho el silencio, hasta que la última Traslator hubiera evacuado el último superviviente, hasta que no quedara nadie con vida...

Marek tenía al pequeño Daniel en brazos y Emma se separó para acercarse a una mujer que hacía inútiles esfuerzos por incorporarse. Todo estaba lleno de espeso humo.

Sacándose su escafandra de la cabeza, Emma tiró del tubo de caucho del oxígeno y lo sacó por el ancho escote de la armadura. Metió el tubo entre los dientes de la mujer y le suministró oxígeno durante unos minutos. La mujer empezó a recuperarse, en tanto que Emma empezaba a toser. Era un socorro efímero de todos modos. Emma no podía permanecer por tiempo indefinido allí, dándole a chupar oxígeno a la víctima como una madre que amamanta a su niño.

Se preguntó Marek por qué habría dejado de funcionar la Karendón Traslator. Aunque de enorme complejidad, eran unas máquinas consideradas seguras. Se poseía una larga experiencia en ellas.

Dejando al niño de pie en el suelo, Marek se dirigió a la sala de las Traslator. Empezó apartando a los heridos, echando a un lado a los que le parecían muertos, pero pronto se dio cuenta de que esta tarea iba a llevarle mucho tiempo. Tiempo que estaría mejor empleado si conseguía reparar la Traslator y ésta volvía a funcionar evacuando gente. Como oficial de máquinas, que era su especialidad, Marek poseía también conocimientos muy amplios acerca de las Karendón.

Pasó sobre la pila humana, cuya altura rebasaba la mitad de la puerta, y entró en la habitación. Una terrible batalla debía haberse librado allí. Todos los muebles estaban destrozados, y vio montones de cadáveres en los rincones y a lo largo de los muros, donde habían sido apartados por la Policía Militar. La misma Policía debió verse obligada en más de una ocasión a repartir golpes, incluso a disparar sus armas. Las paredes aparecían salpicadas de sangre y

muchos de los cadáveres presentaban heridas en la cabeza y en el rostro. No era un espectáculo agradable y procuró no mirar con detalle.

Pisando los cadáveres, se acercó a las máquinas Traslator y miró detenidamente los aparatos del cuadro de control. La máquina había sufrido los embates del oleaje humano, a juzgar por las abolladuras del pupitre de control, pero no era ésta la causa de la avería. Marek calculó que en mitad de los empujones y las peleas el operador no pudo ni pensar siquiera en intentar reparar la máquina.

Miró a su alrededor y vio dos batas que fueron blancas y que ahora parecían sucias, pisoteadas y manchadas de sangre. Eran los operadores de la Traslator, pero ambos estaban muertos, aplastados. Parecía absurdo que la muchedumbre no hubiese respetado siquiera a los operadores, de quienes dependía su salvación, pero en las avalanchas que sucesivamente debieron producirse los operarios pudieron ser aplastados contra la pared y la misma máquina. Alguien se ocuparía después de apretar el botón del disparador, hasta que la Traslator dejó de funcionar y todos se dieron a la fuga.

Marek fue en busca de las herramientas de la máquina, desatornilló un panel y encontró fácilmente la avería. Una de las unidades de memoria se había quemado. Cada Traslator tenía sus propios repuestos de recambio más frecuentes, pero no unidades de memoria. Se dirigió entonces a la segunda máquina, sacó la unidad de memoria y la trasladó a la primera máquina. Ésta empezó a funcionar al primer intento, lo cual llenó de alegría a Marek.

Salió cuanto aprisa pudo, pasando de nuevo sobre el montón humano. Telepáticamente transmitió a Emma su mensaje.

“Emma, he reparado la Traslator. La máquina vuelve a funcionar, podremos salir de aquí”.

Miró a su alrededor y vio a muchas personas que todavía se movían. Rápidamente se puso a apartar los cadáveres y ayudar a los heridos. Emma vino a ayudarle mientras el pequeño Daniel permanecía como un pequeño monstruo dentro de su armadura y su enorme escafandra.

—Emma, formaremos una primera tanda con los heridos que quedan en la cámara, y tú y el niño seréis desmaterializados con ellos.

Emma leyó en el pensamiento de Marek el propósito de

quedarse para ayudar al resto de los heridos.

—Evacuaremos a Daniel y me quedaré a ayudarte —dijo.

—No. Si te separas ahora de tu hijo, sabe Dios cuándo volverás a reunirte con él. Desmaterializados en tiempo distinto podéis ir a parar a distinto barco y ser restituidos en lugar distinto. El niño te necesita. Cuenta además que se producirá de nuevo una estampida hacia aquí en cuanto anuncie que la máquina está funcionando. Habrá empujones, luchas y más víctimas.

—Sí, lo comprendo.

Entre los dos consiguieron apartar una docena de personas y llevarlas a la Traslator. Los heridos quedaron recostados contra las paredes de la cámara y Emma y el niño se situaron cerca de la entrada.

—Marek, eres un gran muchacho, me siento orgullosa de haber sido tu instructora y amiga —dijo Emma tendiéndole su mano enguantada de vidrio.

Marek le rozó apenas la punta de los dedos con su guante.

—No hay tiempo para cortesías, Emma. Espero que volvamos a vernos —dijo Marek. Y se retiró en dirección al pupitre de mando.

Todo cuanto se encontraba en el interior de la cámara fue desmaterializado en un relámpago.

Marek telefoneó al Centro Coordinador para notificar que la Traslator estaba reparada y en condiciones de volver a funcionar. Le contestó la voz fatigada de un oficial.

—¿Quién demonios es usted?

—Soy el segundo teniente Marek Aznar, oficial de máquinas del “Alfil”.

—¿Y qué hace ahí? ¿Por qué no se ha marchado todavía, si tiene la suerte de poder hacerlo?

—Tengo una armadura de vacío y puedo aguantar tres horas más. Permaneceré aquí ayudando a evacuar a la gente hasta que no quede nadie.

—¿Tres horas, eh? Pues no va a tener que esperar tanto, ese maldito humo está haciendo estragos entre la gente, ya no queda casi nadie en pie. Pero voy a anunciar por los altavoces de su sector que ahí hay una Traslator disponible. Buena suerte, Teniente.

Poco después los altavoces del sector anunciaban que la Traslator del edificio dieciocho estaba nuevamente en servicio y en

condiciones de acoger evacuados.

Mientras esperaba la avalancha que no iba a tardar en producirse, Marek arrastró otros seis o siete heridos hasta la cámara de la Traslator y los desmaterializó.

No tardaron en aparecer las avanzadillas del tropel que acudía a la llamada de los altavoces. La inmensa mayoría se envolvía las cabezas en mantas y trapos húmedos como solución de emergencia contra el humo. Pero éste era ya tan denso que no bastaba una medida tan rudimentaria para eliminarlo. Hombres y mujeres tosían ahogadamente.

Aunque hubo una primera avalancha de gente, ésta no resultó ni con mucho de la intensidad que Marek temía. Faltos de vigor, los habitantes de Electra iban cayendo por los corredores sin fuerzas para levantarse.

Marek esperaba hasta que la cámara estaba llena. No contaba el número, sencillamente avisaba para que no quedara un brazo o una pierna fuera, y disparaba volatilizándolo a todos los que estaban dentro. Inmediatamente volvía a llenarse la cámara. Al principio la sala estaba llena de gente y ésta se empujaba y peleaba. Pero pronto se dejó sentir una disminución en la afluencia de público. Los últimos llegaban tambaleándose y hubo quien cayó a sólo unos pasos de distancia de la máquina salvadora. Marek iba en su busca, los arrastraba como podía y los echaba dentro de la cámara sin miramientos. Corría hacia el cuadro de mandos, apretaba el botón y los despachaba.

Una hora después se encontró repentinamente solo en la habitación llena de humo y cadáveres. Salió al corredor a ver y llegaba algún rezagado. El humo formaba a modo de una espesa neblina, a través de la cual los puntos de luz eran apenas unas manchas borrosas de claridad. Sólo entonces se dio cuenta de que había cesado de nuevo el bombardeo. Un extraño silencio reinaba en toda la ciudad. Estaba solo con miles de cadáveres.

Lentamente regresó. Miró entre el montón de cuerpos por si alguno se movía, y finalmente entró solo en la habitación.

Puso la Traslator en régimen automático para que se disparara en dos minutos y se introdujo en la cámara. Generalmente la persona desmaterializada solía encadenar el relámpago de la partida con el de su regreso a la vida. Tal fue el caso de Marek.

Acababa de encenderse el cárdeno fulgor del relámpago y lo vio apagarse. Miró a su alrededor y creyó no haberse movido, la cámara era idéntica y estaba llena de humo. Pero era que el humo también había sido desmaterializado con él.

La rubia cabeza de una muchacha asomó por entre la pantalla y el borde de la cámara de restitución. Le miró, volvió la cabeza, como dirigiéndose a alguien que estaba detrás de ella, y anunció:

—Sólo ha regresado uno.

Volvió a mirar a Marek. Tosió e hizo una mueca.

—Salga, por favor.

El denso humo y Marek salieron juntos por la abertura. Estaba en la sala de Traslators de una ictionave. Las personas que le contemplaban vestían el blanco uniforme de la Flota de la República Tapo. Un hombre alto que llevaba galones de capitán de fragata se adelantó y le saludó militarmente.

—¿Teniente Aznar? —preguntó leyendo grado y nombre sobre la coraza de Marek—. Soy Guy Endon, comandante de este barco.

Marek respondió al saludo del comandante y a continuación se sacó la escafandra dejando escapar un leve suspiro de alivio.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Endon.

—Sí, seguro. Sólo muy cansado, y creo que hambriento también. Han sido unas horas terribles —dijo Marek.

—El último “vetatom” que recibimos fue el suyo. Ordené su restitución por ver si conseguía saber directamente de alguien lo que ocurrió en Electra.

—¿No lo saben?

—La radio de Electra estuvo transmitiendo hasta hace cosa de una hora, luego quedó en silencio sin haber dado la contraseña de fin de emisión. Nunca dijeron qué era lo que estaba pasando, y es lógico que no lo hicieran por no facilitar información gratuita al enemigo.

—Ya no queda nadie en la ciudad, aquello se acabó —dijo Marek con tristeza. Y a continuación relató de una manera rápida, pero completa, su propia odisea y la de la ciudad.

Los oficiales le escucharon en silencio, utilizando sus facultades telepáticas para leer directamente en la mente de Marek las imágenes que éste iba extrayendo de su memoria. El mejor relato literario quedaba siempre empobrecido por comparación con el

realismo de las escenas que el informador había vivido.

Al terminar Marek su relato siguió un largo silencio de asombro y consternación. La inmensa mayoría de la tripulación de la ictionave tenía sus familiares en Electra. Entre éstos se contaba el comandante Endon, quien murmuró:

—O sea, que según usted apenas alcanzaron a evacuar a la mitad de la población.

—En una situación de pánico las Traslator no pueden utilizarse al ritmo previsto. La gente empuja, se amontona y entorpece cada operación. Con todo, lo que vino a complicar las cosas fue el humo. El humo contribuyó a aumentar el pánico y mató a la mayoría por asfixia.

—Había seiscientas mil almas en Electra —dijo uno de los oficiales con voz rota por la desesperación—. Eso significa que hemos perdido alrededor de trescientas mil personas. ¡Oh, maldición!

El oficial se fue sollozando a un rincón y empezó a golpear el muro con los puños gritando: “¡Malditos Thorbod! ¡Malditos, malditos!”

Pálido, con los ojos húmedos de lágrimas, el comandante Endon hizo un gesto.

—Ha sido un mal día para todos, Teniente Aznar. Está cansado. La Teniente Honda le acompañará a su camarote. Gracias por todo.

Marek siguió a la teniente Honda, que era la misma muchacha rubia cuyo rostro vio por primera vez al llegar al barco. Era una chica esbelta, alta y bien proporcionada, que vino a recordarle a Emma Coloma. ¿Se encontrarían Emma y su niño este barco, o fueron a parar a otro lugar?

Por la leve trepidación del submarino adivinó que estaban navegando en inmersión impulsados por las turbinas de hidrógeno. Honda se detuvo ante una puerta, abrió y le invitó a entrar con un gesto.

—¿Estamos navegando, verdad? —preguntó Marek—. ¿Cuál es el nombre de este barco?

—El “Talión”. Desde hace una hora navegamos rumbo al sur. Nuestra posición actual se encuentra a unos siete mil kilómetros al este de Electra.

—¿Tenías parientes, familia en Electra?

—Afortunadamente a nadie. Procedo de una aldea tierra adentro, de Cola. Pero la mayoría de la tripulación tenía sus familias en vuestra ciudad. ¿Has perdido a tu familia?

—No lo sé —respondió Marek pensando en sus hermanos y sus sobrinos.

—Veo que lo has pasado mal, amigo. Toma una ducha caliente y métete en la cama. Te sentirás mejor cuando hayas dormido unas horas.

Marek no era del mismo parecer. El enorme cansancio físico que sentía ejercía un efecto sedante sobre sus nervios. Se movía como un sonámbulo. Sería peor cuando más tarde repasara todo lo ocurrido. Dio las gracias a la teniente por sus atenciones y entró en el camarote.

Una ducha de agua templada le hizo sentirse relajado y soñoliento.

Acababa de salir de la ducha envuelto en la toalla, cuando llamaron a la puerta y entró Honda con una bandeja de comida. Una muchacha “tapo” no solía sentir ningún rubor ante un hombre desnudo.

—He pensado que te meterías en la cama sin comer —dijo la linda teniente depositando la bandeja sobre la mesa escritorio.

—Gracias, eres muy atenta —dijo Marek tomando la silla que ella le señalaba.

Honda acercó un taburete y le estuvo contemplando mientras él comía. De pronto se levantó a buscar un vaso de agua. Telepáticamente había leído el deseo de Marek de beber. De nuevo se sentó apoyando los codos en el borde del escritorio.

—¿Eres de los Aznar de “Valera”, verdad? —preguntó.

—Todos los Aznar descendemos de la rama de “Valera” —respondió Marek. Y añadió—: Lo siento, pensarás que soy un vanidoso, pero es que realmente me siento orgulloso de mi apellido. Es una tontería, claro. Los méritos de los grandes almirantes de “Valera” les corresponden a ellos, no a mí.

—Debe ser bonito tener en la familia hombres tan famosos como los grandes almirantes de “Valera” —suspiró Honda entornando los ojos—. Vuestro apellido llena páginas y páginas de la Historia.

—¿Cómo te llamas tú?

—Honda Tuzzi. Creo que mi apellido es de ascendencia italiana,

de la Italia de la Tierra, cuando todavía existía como nación.

—Pues si es así, tu apellido debe ser tan antiguo como el mío. Algún antepasado tuyo debió embarcar en el autoplaneta “Rayo” cuando éste huía de la Tierra ante la primera invasión “thorbod”. Tus antepasados estarían con los míos en la conquista del planeta Redención, regresarían para expulsar a los Hombres Grises de la Tierra, y se encontrarían de nuevo en Redención cuando Fidel Aznar construyó el autoplaneta “Valera”.

—Me gustaría saber que fue como tú dices. De cualquier forma, el apellido Tuzzi no aparece por ninguna parte en la lista de nombres que se relaciona en el libro de viajes de los Aznar en el episodio del “Rayo”. Más seguro es que a algún bruto “tapo” se le ocurriera ponerse ese nombre, y ni haya tal origen italiano ni cosa que se le parezca.

—¿Conoces el libro “Viajes de los Aznar”?

—¡Uy! Lo he leído lo menos mil veces. —A un “tapo” no le estaba permitido mentir, pues su mentira se reflejaba involuntariamente en su mente y era conocida por todos. Honda se corrigió a sí misma—. Bueno, tres o cuatro veces. Soy una admiradora de los Aznar.

Marek se puso colorado bajo la mirada de la muchacha.

—¿Lo ves? —se excusó—. Ya me siento de nuevo envanecido. Y no debiera ser así. Los Aznares que tú admiras no tienen nada que ver conmigo. Yo no participé en ninguna de sus hazañas.

—Pero llevas su sangre, y sabido es que el carácter se hereda con las demás características genéticas. De alguna forma parte de aquellos grandes hombres siguen viviendo en ti, están en tu sangre. ¿No es emocionante?

—Pues como tú lo dices... Aunque lo emocionante para mí sería vivir el día que regrese el autoplaneta, ver al viejo “Valera” y tal vez al Almirante Aznar sentado como siempre en la silla del puente en la Sala de Control. —Marek dejó escapar un suspiro, apartó la comida y dijo—: Desgraciadamente no lo veré.

—¿Por qué no? Yo espero verlo y tengo los mismos años que tú —protestó Honda Tuzzi—. Los Thorbod nos vapulearan de lo lindo, podrán destruir nuestras grandes ciudades y nuestras pequeñas aldeas, pero alguno quedará para presenciar el gran acontecimiento del regreso de “Valera”.

—Sí, tal vez quede alguno. ¿Pero estaremos nosotros entre los últimos?

—Estás cansado y desanimado, Marek. Es lógico, después de lo mal que lo has pasado en Electra. Pero la guerra no ha terminado porque hayamos perdido Electra, ni somos todavía un pueblo vencido. Nos organizaremos en otro lugar o nos agregaremos a otros grupos de resistencia. Piensa en las “mantis”. Ni los terrícolas, ni los “ghuros”, ni los “thorbod” han podido acabar con ellas. ¿Y van a poder con los “tapos”, que somos mucho más inteligentes?

—Admiro tu confianza —murmuró Marek suspirando—. Pero no participo de ella.

—Marek, demonio, tú eres un Aznar. Recuerda las causas perdidas que ellos defendieron, y de las que finalmente salieron triunfantes. No te dejes avasallar por el desánimo. Vamos, acuéstate. ¿Quieres que me acueste contigo?

Una proposición de este tipo no era nada sorprendente en una chica “tapo”. Los terrícolas tenían a los “tapos” por unos desvergonzados, pero de hecho la sociedad “tapo” era más sincera y realista que la terrícola. Ni el disimulo ni la ficción cabían en la conducta de los “tapos”. Se comunicaban entre sí telepáticamente; la hipocresía era imposible entre ellos. Si un chico le gustaba una chica, ésta lo sabía en seguida. Y si a la chica también le gustaba el muchacho, ¿cómo ocultarlo?

—Bueno, ya veo —dijo Honda retirando el taburete y poniéndose en pie—. Te gusto pero estás muy cansado.

—Estoy destrozado —dijo Marek—. Pero me hará bien sentirte a mi lado. Quédate, te lo agradeceré mucho.

Poco después los dos estaban metidos en la cama. Marek estaba realmente tan cansado que no se ocupó como debía en conocer algo más, aparte del bello y cálido cuerpo de Honda. La virginidad de Honda le cogió de sorpresa.

—¿Por qué no me lo has dicho? —protestó.

La lasitud que se adueñó de él después del acto sexual le hizo dormirse sin escuchar la respuesta de su dulce compañera.

CAPÍTULO V

A bordo del siguiente **Máscara de Máquinas** incorporaba de lleno a la vida. En aquellos momentos la Armada Imperial Thorbod desplegaba una intensa actividad contra la flota oceánica “tapo”. Parecía como si, sabedora de que una gran parte de la ciudad había podido ponerse a salvo, buscaran ahora a las ictionaves para hundirlas junto con los rollos de “vetatom” que preservaban la vida de unos 400.000 evacuados.

En realidad se trataba de una operación de mayor envergadura. No sólo buscaban los “thorbod” rematar a los fugitivos de Electra, sino de impedir al mismo tiempo que las ictionaves prestaran auxilio a otras ciudades que estaban siendo atacadas. Los océanos de Maquetania eran inmensos, y buscar en ellos a unos pocos millares de ictionaves era como encontrar una aguja en un pajar, pero la operación estaba dando resultado, debido a que las ictionaves “tapo” navegaban preferentemente en las inmediaciones de la costa.

Aparte esta circunstancia, la Armada Imperial disponía de medios abundantes. Sus aeronaves, de características muy parecidas a los cruceros siderales de la Armada Sideral Valerana, podían operar indistintamente en el vacío espacial, dentro de la atmósfera o en inmersión submarina. Las ictionaves “tapo” también podían hacerlo. Estaban armadas como los cruceros siderales y eran tan veloces como éstos en el espacio, pero enfrentadas en combate con las cosmonaves “thorbod” partían de una considerable desventaja; el casco de acero de la ictionaves era sumamente vulnerable a los “Rayos Zeta” desintegradores de metales, a los torpedos de carga nuclear y, por supuesto, a los disparos de “luz sólida”.

Mientras los “thorbod”, con sus poderosos medios industriales y sus fuentes de energía ilimitadas, hacían los cascos de sus buques

con “dedona” de tres metros de espesor, los “tapos” tenían que hacer los suyos de acero inoxidable de un metro de grosor.

En cualquier medio que se enfrentaran una ictionave y un crucero sideral “thorbod”, la ventaja estaba siempre del lado de éste. Para tratar de igualar esta desventaja, las ictionaves “tapo” se mantenían la mayor parte del tiempo en el fondo del mar. Salir al espacio era una temeridad. Sobre todo si se encontraba cerca el enemigo. Pero en el mar, a tres mil metros de profundidad, un submarino era prácticamente imposible de detectar.

En la caza de ictionaves, los “thorbod” solían emplear medios muy sofisticados, tales como aparatos de medida de la variabilidad del campo magnético del fondo del mar, “sonares” hipersensibles y sondas submarinas para registrar el rumor de la máquina y las hélices de los barcos. Pero el océano era muy grande, y estos aparatos sólo eran eficaces si casualmente acertaba a pasar cerca de un submarino.

La mejor arma antisubmarina era otro submarino. Por esta razón, aunque detestaban descender al terreno donde los barcos “tapo” mejor se defendían, las poderosas aeronaves “thorbod”, de hasta trescientos metros de eslora, se sumergieron en el mar en busca del escurridizo enemigo.

La guerra en el fondo del mar era terrible y traicionera. La última arma “thorbod”, creada exclusivamente para cazar ictionaves, consistía en un torpedo eléctrico que las aeronaves soltaban en grandes cantidades, regando con ellos el fondo del océano por donde pasaban. Este torpedo era capaz de dormir durante semanas, esperando en completa inmovilidad hasta que escuchaba el rumor de hélices de una ictionave. En este momento se ponía en actividad, e impulsado por un chorro de “luz sólida” se dirigían velozmente contra el blanco.

Después de perder los primeros submarinos, los comandantes “tapo” se pusieron en guardia contra esta arma. Los torpedos eléctricos podían ser destruidos con los proyectores de “luz sólida”, pero resultó un arma molesta, porque obligaba a las tripulaciones de las ictionaves a una tensa vigilancia, y su explosión, incluso si no alcanzaba directamente el blanco, podía causar graves daños en éste, hasta forzar a su abandono.

La peor suerte que podía caberle al comandante de una

ictionave era encontrarse en el fondo del mar con una aeronave “thorbod”. La ventaja de la aeronave se manifestaba entonces con todo su peso. El barco “thorbod” era el doble de grande, montaba mayor número de proyectores de “luz sólida”, lanzaba más torpedos en el mismo tiempo, y su sólido casco de “dedona” resistía mucho mejor la “luz sólida” y el impacto directo de un torpedo nuclear. Sencillamente, una ictionave “tapo” no tenía salvación frente a un crucero sideral “thorbod”.

Llevaba el “Talión” navegando una semana en inmersión cuando el comandante Endon quiso saber lo que ocurría en el mundo exterior. Posado en el fondo del mar, a tres mil metros de profundidad, el “Talión” soltó una boya atada a un cable. La boya flotó hasta la superficie y desplegó automáticamente una antena parecida al varillaje de un paraguas. Un minuto después la radio recogía una llamada de socorro de Loger. La ciudad estaba siendo atacada desde el aire por la Armada Imperial Thorbod.

Marek se encontraba franco de servicio en la cámara de derrota cuando el comandante Endon decidió colaborar en la evacuación de Loger.

El segundo de a bordo, capital Olea, opuso sus reparos:

—Estamos a más de cuarenta mil kilómetros de Loger, sus señales llegarán muy débiles hasta nosotros. Ellos tienen su propia flota submarina. ¿Vamos a correr un riesgo inútil, recogiendo los “vetatom” que otros barcos ya habrán recogido también?

—Llevamos una semana desconectados del mundo exterior. No sabemos cuántos barcos estarán recogiendo estas señales en este momento —respondió Endon—. Puede que haya muchos, o tal vez ninguno.

Previamente al asalto contra Electra, los “thorbod” pusieron en práctica la táctica de desencadenar una ofensiva contra las ictionaves en alta mar. Con ello no sólo destruyeron gran número de barcos, sino que obligaron a la flota a permanecer agazapada en el fondo del océano mientras Electra era atacada.

Con toda seguridad, la mayoría de las ictionaves de Electra no tuvieron noticia de lo ocurrido hasta muchos días de haber terminado todo.

Repitiendo la estrategia que tan buenos resultados les había dado en Electra, los Hombres Grises desencadenaban en estos

momentos una violenta ofensiva contra las ictionaves de Loger. Endon así lo supuso con buen criterio, y acertó.

Todas las ictionaves de la flota oceánica “tapo” estaban equipadas con una máquina Karendón Traslator. Una sola Traslator asistía a dos cámaras de restitución, cada una de ellas con capacidad para 25 personas.

Largamente experimentadas, las Traslator habían salvado miles de vidas, tanto para evacuar lejanas aldeas situadas tierra adentro, como en los casos en que las tripulaciones tenían que abandonar un barco en apuros. Una Traslator colectiva desmaterializaba a veinticinco personas de una vez, obtenía la fórmula de sus componentes atómicos, con especificación del lugar exacto que ocupaba cada átomo, y enviaba los datos a miles de kilómetros de distancia a través de la radio. En otro lugar, una segunda Traslator recibía las señales de radio, las interpretaba y confeccionaba una cinta perforada que era en todo idéntica al modelo original obtenido por la primera máquina.

Para restituir a las personas desmaterializadas la cinta perforada pasaba por un lector fotoeléctrico. Una computadora interpretaba el código y proyectaba una descarga de partículas subatómicas, cada una de las cuales iba a ocupar el mismo lugar que tenían en el momento de la desmaterialización. Las personas eran restituidas a su estado natural. Ni un solo cabello se perdía en esta curiosa forma de viajar. Pero era que las personas en realidad no viajaban. Dejaban de existir en un lugar, se las restituía en otro lugar distinto con nueva materia.

Básicamente las Karendón eran sólo eso; máquinas transformadoras de energía en materia.

En la operación de rescate la Traslator del “Talión” no iba a restituir personas; no habrían cabido en un barco que sólo medía 150 metros de eslora, donde la mayor parte del espacio estaba ocupado por máquinas, los torpedos y el complicado equipo electrónico de detección y navegación. Los rollos de “vetatom”, montados sobre tambores de ruedas, eran simplemente almacenados en la bodega. Algún día, en alguna parte, estos rollos de “vetatom” volverían a pasar por una Traslator y de ellos surgirían cientos y miles de personas, cuyo último recuerdo sería el de una desmaterialización apresurada en Electra o Loger.

La Traslator del “Talión” ya estaba trabajando cuando el comandante Endon ordenó soltar la boya-radar para tranquilidad del capitán Olea. En efecto, tal como Endon supuso, no había aeronaves “thorbod” a menos de 30.000 kilómetros de distancia. Un poco más lejos el radar detectó una importante concentración aérea, que era la que en aquellos momentos atacaba Loger.

Como antes ocurrió en Electra, la radio de Loger no facilitaba detalles de lo que estaba ocurriendo en el interior de la ciudad, pues ello habría servido de valiosa información al enemigo. Cabía imaginar sin embargo que la suerte de Loger no iba a ser muy diferente de la que corrió Electra. Ambas ciudades tenían algo en común; las dos estaban enterradas bajo una montaña, nutridas por la corriente de un río que era utilizado para accionar las turbinas de una planta eléctrica. ¿Vertieron los “thorbod” petróleo en el río que penetraba hasta el mismo corazón de Loger, igual que hicieron en Electra?

Loger, situada tierra adentro, en el borde del altiplano, no tenía comunicación directa con el mar. La ciudad captaba las aguas de un gran río en la meseta, y aprovechaba el desnivel del altiplano para devolver las aguas al río unos kilómetros más abajo. Las compuertas de Loger funcionaron a tiempo y el intento de introducir petróleo fracasó. Pero la ciudad, sitiada y sometida a un atroz bombardeo, caería luego que sus defensas fueran reducidas al silencio.

La evacuación de Loger pudo hacerse de una manera ordenada y con tiempo. El “Talión” sólo participó en la última fase del salvamento. Dos horas después la Traslator se paraba al cesar las señales de radio de las Traslator que operaban en Loger. La última comunicación fue: “fin de emisión”.

La Armada Imperial Thorbod seguía bombardeando Loger.

—Estamos muy lejos de ello —dijo el comandante Endon—. Tenemos tiempo para poner en marcha el reactor nuclear y cargar las baterías antes de que vengan a buscarnos.

Poner en marcha el reactor nuclear siempre implicaba un riesgo de ser detectados. Los neutrinos que liberaba la fisión nuclear llegaban a todas partes. Pero a gran distancia era difícil de precisar el lugar exacto de donde procedían, pues los detectores solamente señalaban la dirección. La distancia se determinaba por la abertura del ángulo de incidencia en la pantalla, y sólo facilitaba datos

aproximados.

Marek ya había tomado su guardia en la sala de máquinas, junto al reactor nuclear, cuando sonó el claxon de alarma.

—¡Alerta rojo! —gritaron los altavoces—. Todos a sus puestos de combate, prepárense para rechazar ataque de torpedos... ¡Atención, sala de máquinas, Paren el reactor nuclear!

Marek corrió a cerrar los interruptores.

Los “thorbod” habían detectado el reactor nuclear del “Talión” y disparaban contra la ictionave sus temibles torpedos autómatas. Estos torpedos eran capaces de volar enormes distancias para zambullirse en el mar y buscar al submarino por sus propios medios.

El capitán Aser, oficial de máquinas, llegó corriendo y vio que todo estaba en orden.

—¡Ésta sí que es buena! —murmuró Aser—. ¿Qué hará ahora el comandante?

—En tal que los torpedos no nos descubran, la mejor táctica es esperar en completo silencio —dijo Marek recordando sus todavía frescas lecciones de estrategia naval.

Como un eco de las palabras de Marek gritaron los altavoces:

—¡Paren los ventiladores! Apaguen todas las fuentes de calor; hornillos, pantallas y luces que no sean indispensables. No dejen caer ningún objeto, desconecten los timbres y hablen en voz baja. ¡Quince minutos para contacto!

Paradas las máquinas, inmóvil y silencioso, el “Talión” entró en un largo compás de espera. Por fortuna el enemigo no había podido precisar la exacta situación del submarino. Hecha la detección a gran distancia, los “thorbod” tuvieron que conformarse con señalar una amplia área del mar y enviar allá sus torpedos.

Los maliciosos torpedos autómatas estuvieron rastreando el fondo del mar durante dos horas sin dar con la ictionave, pasando en alguna ocasión tan cerca que pudieron escuchar a través de los audífonos del “Talión”. Luego todo quedó en silencio. Por su extraña actitud el comandante Endon dedujo que eran una combinación de torpedos autómatas y eléctricos de un nuevo tipo.

—Apuesto a que siguen activados, durmiendo en el fondo del mar a la espera de que nos confiemos y movamos para caer sobre nosotros —dijo en voz baja a Olea.

Olea vino descalzo a la sala de máquinas y comunicó al capitán Aser lo que pensaba el comandante.

—¡Magnífico! —exclamó Aser—. Igual permanecen activados durante un mes. ¿Quién lo sabe? ¿Cuánto tendremos que esperar antes de decidarnos a movernos?

—Bueno, no tenemos prisa.

—Eso es verdad. Después de todo, pocos lugares quedan donde podamos ir.

Ésta era una sensación que se hizo más y más agobiante a medida que transcurría el tiempo. Uno pensaba que la vida había quedado interrumpida, que todo el mundo era aquel angosto espacio entre los muros de hierro de un metro de espesor. La comida de aquel día tuvo que tomarse fría. Los torpedos autómatas no sólo se guiaban por el ruido, también eran muy sensibles y descubrían la más pequeña fuente de calor. La tripulación pensaba que el comandante se pasaba de precavido. Durante la comida Endon explicó su pensamiento a los oficiales:

—Aún expuestos a que esos malditos torpedos espía estallen sobre nuestras cabezas, éste es el lugar más seguro para nosotros en este momento. Tal vez el único seguro. Electra y Loger han sido destruidas. Quedan otras ciudades más lejanas pero no hay razón para esperar que hayan corrido mejor suerte. Los “thorbod” despliegan su ofensiva sobre todo el planeta, lo cual sólo significa una cosa; han decidido acabar de una vez con los “tapos”.

—No podrán —dijo la impulsiva Honda.

—De eso se trata, de sobrevivir —dijo Endon—. Tenemos a bordo unas siete mil personas en rollos de vetatom, y habrá muchos cientos de miles más entre todos los barcos que participaron en la evacuación de Electra y de Loger. Todo lo que nos quede, después que hayamos perdido nuestras ciudades, serán esos hombres y esas mujeres. Debemos de proteger sus vidas por encima de todo, ellos son nuestra esperanza en el futuro. No caben ni impaciencias ni temeridades cuando de lo que nosotros hagamos dependen tantas vidas. Si es preciso permaneceremos un año aquí, hasta tener la seguridad de que podemos movernos.

—No podemos quedarnos aquí tanto tiempo —dijo Olea—. Ni un año ni siquiera un mes, a menos que pongamos en marcha las máquinas.

—Esperaremos hasta que la armada “thorbod” se aleje de Loger, y luego trataremos de hacer frente a los torpedos. Para atender al audífono no hace falta mucha gente. Reduiremos a un cuarto de tripulación. Los setenta y cinco restantes entrarán en estado cataléptico para ahorrar oxígeno y alimentos.

Tan sorprendente decisión era absolutamente normal a bordo del “Talión”. Los “tapo” poseían recursos que habían admirado a los terrícolas y aun a los mismos “thorbod”. No se sabía a ciencia cierta si las facultades paragnósticas de los “tapos” les habían sido inculcadas por los bartpures, antiguos habitantes del circumplaneta, o si se desarrolló en ellos en el curso de su civilización mil veces milenaria. Tal vez fuera una combinación de ambas cosas.

Lo bien seguro era que al regresar los valeranos de su prolongado viaje de un millón de años al universo remoto, encontraron que la civilización terrícola había desaparecido, y del género humano no quedaba en el circumplaneta más que unas tribus dispersas de unos hombres que vivían con medios y recursos primitivos, pero que no obstante poseían facultades psíquicas extraordinarias. Tales eran los “tapos”.

Se fijó un plazo de dos meses durante los cuales la ictionave permanecería completamente inmóvil en el fondo del océano, dando tiempo así para que los torpedos enemigos se desactivaran y la flota “thorbod” se alejara hacia otras latitudes. Se establecieron cuatro turnos de vigilancia, cada uno formado por una cuarta parte de la tripulación. Siendo Marek un agregado le relegaron al último turno.

Hecha la elección de los grupos, setenta y seis hombres y mujeres francos de servicio se retiraron a sus respectivos camarotes, se desnudaron totalmente y se acostaron en sus camas cubriéndose con una manta. En la oscuridad y el silencio de cada cabina, hombres y mujeres se autosugestionaron cayendo en un estado de catalepsia. Sumidos en este sueño parecido a la muerte, la temperatura corporal descendió a casi los cero grados, el corazón fue reduciendo el ritmo y la fuerza de sus latidos, hasta quedar en una pulsación por minuto, y la actividad de los pulmones adoptó una frecuencia de una inhalación cada tres minutos.

Mucho antes de alcanzar estos mínimos se perdía el sentido de consciencia. Pero la vida no se apagaba por completo. En algún

misterioso rincón del subconsciente quedaba encendida a modo de una lucecita vigilante, una especie de rescoldo, que pasado el tiempo se avivaba activando la reanimación de todas las funciones.

Cuarenta y cinco días más tarde, hora más, hora menos, Marek despertaba en la oscuridad de su camarote.

Cincuenta tripulantes, es decir, el turno saliente y el que iba a tomar el relevo, coincidieron en un momento dado. Es el equipo de Marek se encontraba Honda Tuzzi, un poco más delgada y pálida que de costumbre. El comandante Endon, que estaba en servicio permanente desde que comenzara la espera, llamó a consulta a sus oficiales.

—Han pasado cuarenta y cinco días —dijo—. Ha sido un largo suplicio permanecer tanto tiempo inactivos, ignorando que ocurre allá afuera. Los torpedos enemigos deben seguir al acecho, y nos llevan la ventaja de no impacientarse en la espera, puesto que carecen de conciencia humana. Pienso que podríamos detener esos torpedos, bien con nuestros proyectores de “luz sólida”, bien provocando su salida con nuestros “buscavidas”. El mayor inconveniente es que de encontrarse cerca algún barco “thorbod”, éste acuda atraído por las explosiones. Pero nunca sabremos si hay un buque al acecho si no soltamos una boya para explorar nuestro entorno. La pregunta es ésta, ¿aceptamos el riesgo de que haya cerca alguna aeronave thorbod, o seguimos esperando otros quince días?

Los oficiales, cuatro en aquel momento, se miraron unos a otros. Cada uno reveló mental y espontáneamente su pensamiento. Se manifestó un unánime deseo de terminar con la enervante espera.

—Más pronto o más tarde, hoy mismo o dentro de dos semanas nos veremos obligados a asomar la nariz y exponernos a recibir un torpedazo —dijo el teniente Buck—. A lo mejor no hay nadie ahora allá afuera, y lo hay quince días más tarde. Si al final ha de ser la muerte quien decida, yo voto porque lo intentemos desde ya.

La suerte estaba echada. Endon reunió el resto de los tripulantes en el comedor y les comunicó la decisión tomada. Unos porque llevaban quince días de vigilia, los otros porque detestaban esperar dos semanas inactivos, todos se manifestaron por intentar la fuga.

Endon envió a cada uno a su puesto y llamó a Marek para que se hiciera cargo del control de dirección de los torpedos. Se abrió una

escotilla. Una boya metálica de dos metros de diámetro ascendió rápidamente entre las frías aguas tirando de un cable. A medida que ascendía la boya perdía velocidad y al llegar a la superficie quedó balanceándose sobre las olas.

En la cámara de derrota del “Talión”, a cuatro mil metros de profundidad, el comandante Endon se inclinó sobre la pantalla de “radar”. La fuerza sideral más próxima se encontraba a cuarenta y ocho millones de kilómetros.

—Máquinas adelante. Preparados para lanzar torpedos.

Después de cuarenta y seis días de inactividad las turbinas volvieron a girar transmitiendo al casco una ligera vibración que fue acogida con júbilo y esperanza.

—Adelante, Aznar. Torpedos fuera —dijo Endon.

Dos grandes husos de acero salieron de la proa de la ictionave impulsados por una carga explosiva. Todavía a corta distancia del submarino reventaron silenciosamente como carcasas, proyectando millares de pequeños objetos brillantes que emitían su propia luz como lámparas.

Arrastrados por su propio peso los objetos luminosos cayeron hacia el fondo y se enterraron en la arena, pero todavía allí seguía emitiendo un halo resplandeciendo verde-azulado, tan intenso que hacía parecer de día las frías aguas en su entorno.

Eran torpedos miniaturizados, una técnica largamente conocida que consistía en fabricar los artefactos a su escala natural, como todo su equipo y su carga nuclear, reduciéndolos después a través de un proceso industrial que eliminaba de la materia los espacios vacíos. Mantenidos en estado de compresión por medio de ultrasonidos, se introducían en un cilindro y podían almacenarse por millones en un corto espacio. Al abandonar los tubos de lanzamiento y cesar la emisión ultrasónica, los torpedos miniaturizados tendían a recobrar su tamaño natural, volviendo cada átomo a la distancia que tenían respecto a los demás en su estado natural. Realmente sin esta condición las armas miniaturizadas no habrían servido de nada, ya que en estado de compresión no eran operativas.

En breves segundos cada uno de los pequeños cilindros se habían metamorfoseado en un torpedo de diez metros de longitud. En este momento dejaron de emitir luz y acabaron de recobrar el

uso de todas y cada una de sus funciones, quedando en condiciones de operar.

Desde la ictionave un transmisor de ultrasonidos empezó a emitir en código una serie de breves instrucciones. En cada uno de los torpedos funcionaba a su vez un emisor-receptor de ultrasonidos. Cada torpedo emitía en clave su identificación, y recibía la identificación de los restantes torpedos y del propio submarino que le había lanzado, situando la posición de cada uno. De no haber sido así los torpedos se habrían atacado unos a otros, chocando entre sí y contra el barco.

A bordo del “Talión” Marek Aznar pulsó un botón rojo en su tablero de mandos. Ante él, en una pantalla electrónica, apareció una sola palabra: “Acción”.

Allá afuera los torpedos se removieron en la oscuridad, abandonaron el lecho arenoso donde estaban enterrados y maniobraron para orientarse con respecto a la ictionave. La primera escuadrilla, integrada por un centenar de máquinas, se puso en marcha proyectando por su tobera de popa un chorro de “luz sólida”. Con breves intervalos, medidos cronométricamente, las restantes escuadrillas, hasta un total de veinte, echaron a andar detrás una de otra. Los dos mil torpedos dieron una vuelta completa al “Talión” y siguieron evolucionando, describiendo una espiral que les alejaba cada vez más de la ictionave, único medio seguro de rastrear todo el fondo submarino provocando la actividad de los torpedos enemigos.

No se había equivocado el comandante Endon al sospechar que quedaban torpedos “thorbod” apostados en el área. Apenas se habían alejado los torpedos cuando se produjo el primer estallido.

Atraído por la boya-radar, cuya presencia había sido detectada, un torpedo eléctrico “thorbod” fue interceptado por otro torpedo “tapo”. La doble deflagración nuclear levantó una montaña de agua y removi6 hasta las capas más profundas del océano a su alrededor.

Cogido en la onda expansiva el “Tali6n” fue levantado del lecho arenoso, tumbado hasta casi ponerlo del revés, obligado a girar sobre sí mismo, lanzando a los tripulantes fuera de sus asientos y sacando cantidad de objetos de su sitio. Todavía estaba danzando la ictionave en mitad de las aguas turbulentas, cuando unos kilómetros más lejos se produjo una segunda deflagración nuclear,

seguida con breve intervalo por una tercera en dirección opuesta.

Más tarde se producirían cinco detonaciones más, pero ya a gran distancia, sin causar apenas perturbación.

En medio de las aguas revueltas, el “Talión” se puso en marcha alejándose rápidamente de la zona antes de que llegara algún buque enemigo atraído por las setas radioactivas que se levantaban del mar oscureciendo el sol.

CAPÍTULO VI

TRES semanas más tarde el "Talión" "Delta" miniaturizado. El pequeño aparato (20 metros de longitud, 14 metros de envergadura) se metamorfoseó en el fondo del mar, emergió a la superficie y se elevó en el aire valiéndose por sus propios medios, volando dos mil trescientos kilómetros sobre el océano y cuatrocientos kilómetros sobre tierra firme hasta Loger.

Loger, como la misma Electra, había sido construida bajo una montaña. La montaña entera había sido volada, y en lugar de la cima existía un enorme cráter que formaba un lago, según los tripulantes del "Talión" pudieron ver a través de las cámaras de la televisión a bordo del caza-interceptor "Delta". Toda la zona estaba impregnada de mortal radioactividad. Desde la desaparecida Loger hasta la costa no crecía una brizna de hierba. El paisaje era de una espantosa desolación.

Igual que los torpedos, un caza "Delta", una vez lanzado, no podía recuperarse, pues la ictionave carecía de medios para miniaturizarlo, y resultaba demasiado grande para darle cabida a bordo.

—Puesto que está en el aire vamos a utilizarlo para explorar los alrededores, hasta que lo derriben —dijo Endon.

El caza-interruptor "Delta" era el aparato más rápido del mundo. Impulsado por un motor fotónico, alimentado por un pequeño reactor nuclear, desarrollaba aceleraciones fulgurantes, del orden de mil metros por segundo. Utilizado como arma de ataque por la Armada Sideral Valerana, solía ser manejado por control remoto. No obstante disponía de una estrecha carlinga para alojar un piloto. El Ejército los utilizaba como aparatos de observación y de apoyo a la Infantería, misiones éstas en las que solía ir tripulado.

Desde la vertical de Loger, por control remoto, el "Delta" fue

enviado más al sur sobre la ciudad “ghuro” de Moula. Pero Moula también había sido atacada y destruida por la Armada Imperial Thorbod. El propósito del comandante Endon de pedir ayuda a los “ghuro” de Moula para materializar a los evacuados de Electra y Loger no iba a poder realizarse por ahora.

Las relaciones de amistad entre “tapos” y “ghuros” nunca fueron mejores. Amigos en la desgracia, como nunca lo fueron en la época de prosperidad, se auxiliaban mutuamente en lo que podían. Las ictionaves de la flota “tapo” tocaban con frecuencia en los puertos “ghuro” para recargar sus baterías, realizándose un activo intercambio de información acerca de las actividades del enemigo.

Los “ghuro” eran los peor parados de esta conflictiva situación. Mientras la nación “tapo” escapó en masa a la Tierra, los “ghuro” permanecieron en Atolón, a expensas de lo que los abominables Hombres Grises quisieran hacer con ellos. Todas las ciudades “ghuro” de alguna importancia habían sido bombardeadas y destruidas. Actualmente los “ghuro” habitaban en incómodos refugios excavados en la roca, preferentemente en las costas acantiladas, y en cualquier caso nunca demasiado lejos del mar, de donde extraían sus alimentos.

Esta estrecha vinculación de los “ghuro” a los recursos del mar les hacía muy vulnerables a los ataques “thorbod”, que siempre sabían donde encontrarlos. No obstante, hasta hacía poco tiempo, los “ghuro” conservaban todavía, aunque pocas, algunas ciudades bien acondicionadas en la costa, con ingeniosos sistemas para obtener energía y hacer funcionar las máquinas Karendón.

Mientras volaba sobre Moula, el radar del “Delta” detectaba una importante concentración aérea distante cuarenta y ocho millones de kilómetros.

El comandante Endon quiso comparar estos datos con los registrados tres semanas atrás, a cuyo efecto hizo sacar del archivo los rollos de “vídeo”. Sobre los datos antiguos se inclinó sobre un mapa, trazó unas líneas con la regla y el compás y miró a los oficiales que le rodeaban.

—Es la misma fuerza que detectamos hace veintiún días. No se ha movido.

—¿Qué estarán haciendo allí? —preguntó Marek.

La misma pregunta estaba en todas las mentes, pero fue el

capitán Olea quien aventuró la respuesta:

—¡Un desembarco!

—Un desembarco —dijo el comandante Endon. Y clavó airadamente las afiladas puntas del compás sobre el punto de intersección de las dos líneas que había dibujado en el mapa—. Un desembarco en Entremares, donde estuvo Magápolis, justamente en el lugar que los tapos juramos no permitirles poner el pie jamás.

Una especie de temor infantil se apoderó de Marek Aznar.

—Tal vez no sea un desembarco —apuntó tímidamente.

—¿Y por qué no? —exclamó Endon furioso—. Desde hace un siglo estamos esperando ver llegar a esas bestias con sus grandes transportes de desembarco apoyados por su poderosa Armada Sideral. Nos engañábamos a nosotros mismos diciéndonos que los Thorbod no se atreverían a venir a Maquetania, porque aquí estábamos los Tapos dispuestos a crearles problemas. Pero han venido. No han desembarcado en Bartpur ni en Cirene, sino precisamente en nuestro planeta, aceptando todos los riesgos y dispuestos a acabar con los Tapos.

—Antes de ponernos a hacer conjeturas, ¿por qué no enviamos allá a nuestro caza a comprobar lo que hacen? —sugirió el capitán Olea.

Endon se volvió hacia Marek, en quien parecía confiar mucho.

—Marek, dirige tu Delta a ese punto del mapa. Llévelo a gran altura y la máxima velocidad posible para que les sea más difícil interceptarlo.

Al contrario que en la Tierra, donde el horizonte estaba limitado por la curvatura de la esfera, en Atolón todos los puntos interiores del gigantesco anillo podían verse desde cualquier lugar donde se situara el observador. De hecho la única limitación venía impuesta por el alcance de la vista, la distancia y el velo gaseoso que formaban la atmósfera y la intensa evaporación. Pero éstos no eran inconvenientes para el radar, cuyo alcance era prácticamente ilimitado.

Desde el “Talión”, sumergido a tres mil metros de profundidad, Marek Aznar dirigió el caza-interceptor dictándole el rumbo, la velocidad y la altura a las que debía volar. El “Delta” a su vez emitía continuamente señales de televisión que eran recibidas en la ictionave a través de la antena de superficie. Esta misma antena fue

utilizada para captar las comunicaciones que los “thorbod” intercambiaban a través de la radio. Aunque los “thorbod” nunca mencionaron la palabra “desembarco”, parecía deducirse de sus conversaciones que estaban ocupados en la descarga de material.

El “Delta” voló rápidamente a través del océano, se internó en el continente y después de dos horas y media tenía a la vista la Flota “thorbod”. Una importante fuerza de cruceros daba apoyo a los desembarcos de material que se realizaban simultáneamente desde tres transportes siderales de los llamados familiarmente “discos volantes”. Estos monstruos, de más de cinco kilómetros de diámetro, permanecían inmóviles sobre la estratosfera, de donde enviaban plataformas flotantes a tierra.

Los cruceros de escolta ya habían descubierto al veloz “Delta” y acudieron a interceptarlo. El aparato sucumbió bajo el intenso fuego cruzado de los proyectores de “luz sólida”. En la cámara de derrota del “Talión” la pantalla quedó en blanco.

—Perdido contacto —anunció Marek—. Le han derribado.

La certeza de que los Hombres grises habían puesto su planta sobre Maquetania fue un golpe desmoralizador para la gente del “Talión”. Les impresionó sobre todo el formidable despliegue de medios del enemigo.

—Han tenido siglo y medio para acumular armamento —dijo Olea en un ingenuo intento por minimizar el poderío de los Hombres Grises.

—El mismo tiempo que nosotros —dijo el comandante Endon.

—Los Tapos éramos cuatro millones cuando ellos ya eran dos mil millones. Ahora tal vez sean tres mil. Desde el principio tuvieron la ventaja del número, de su Flota y de los medios que desembarcaron en Veres. ¡Si al menos hubiésemos conservada nuestra Armada Sideral! Pero, claro, ellos no nos lo hubieran permitido. Antes de partir hacia la Tierra su autoplaneta Argos se habría ocupado de los Tapos.

—No creo que tengamos nada que reprocharnos —dijo Marek apagando la pantalla de televisión—. Hemos hecho lo que podíamos, y todavía les daremos mucha guerra.

—¿Qué guerra, muchacho? —se lamentó el capitán Aser—. ¿Te refieres a la que podemos hacerles con este viejo submarino?

—No somos los únicos. Pese a la batida de los Thorbod deben

quedar todavía cientos y miles de ictionaves desparramadas por todos los océanos de Maquetania. En muchos de esos barcos estarán los vetatom de millones de Tapos evacuados de Electra, de Loger y de otras ciudades grandes y pequeñas. Padecemos el mal de encontrarnos muy dispersos, pero por otro lado sólo la dispersión podía salvarnos. Los Hombres Grises, pese a todo, no han hecho un buen negocio desembarcando en este planeta. En Bartpur o Cirene nos habrían tenido al alcance de sus proyectiles, y en cambio nosotros no hubiéramos podido atacarles. Pero al venir a Maquetania han cometido un pecado de orgullo y un grave error táctico. Han hecho lo que nunca debieron hacer, o sea, traer la guerra a nuestro terreno.

—Eso es verdad —dijo Honda—. En Veres los Thorbod eran invulnerables. En Maquetania les tendremos al alcance de nuestras armas. No hablo de armas sofisticadas, sino de algo más elemental, como nuestros morteros y nuestros fusiles.

—No les haremos mucho daño —dijo Olea.

—Bueno, durante siglo y medio hemos suspirado por poder acercarnos a ellos y combatirles desencadenando la guerra de guerrillas. Estamos preparados para ese tipo de guerra. Yo creo que deberíamos alegrarnos de que hayan venido —dijo Honda.

—¡Vaya una alegría! —exclamó sarcástico Endon.

El desánimo cundía entre los oficiales y se contagiaba al resto de la tripulación. El propio Endon se daba cuenta de ello pero no podía evitarlo. Sencillamente no era capaz de infundir una fe de la que él mismo carecía.

Debido a las facultades telepáticas de su raza, un comandante “tapo” tenía que ser un hombre excepcional. No podía, al contrario que un terrícola, ocultar sus indecisiones ni su cobardía tras la máscara de una actitud más o menos convincente de eficacia y valentía. Entre Endon y su gente no cabían disimulos ni mentiras. Su pensamiento era diáfano como un cristal y su tripulación tenía la facultad de leer en él.

En el momento de continuar la navegación se planteó una seria duda. ¿A dónde dirigirse? El océano era inmenso; 40.000 kilómetros de ancho en su parte más angosta, y alrededor de 95.000 kilómetros de máxima longitud, es decir, 7 veces y media aproximadamente la superficie total del globo terráqueo.

Finalmente Endon decidió cruzar el océano hasta la costa oriental, para regresar más tarde al norte. De este modo esperaba establecer contacto con alguna de las ictionaves de las dispersas flotas oceánicas de Loger y Electra. El “Delta” fue destruido por control remoto y el “Talión” recogió la boya.

Después de quince días de navegación el “Talión” lanzaba al aire un segundo avión de reconocimiento. El “Delta” voló cinco mil kilómetros sobre la línea de la costa en dirección al norte, enviando continuamente imágenes de televisión a la ictionave. Este largo vuelo sirvió para afirmar algo que ya se sospechaba. Antes de efectuar su desembarco en Entremares, simultáneamente con los ataques contra Electra y Loger, la Armada Imperial Thorbod había bombardeado también las ciudades y aldeas “ghuro” del lado opuesto del océano. Los “tapo” no tenían ninguna ciudad importante en Entremares, aunque sí gran número de pueblos y aldeas en las montañas del interior, entre ellas Cola, la ciudad natal de Honda Tuzzi.

Habiendo sacado el “Delta” mucha ventaja a la ictionave, Marek hizo aterrizar el aparato en un lugar oculto de la costa y paró su reactor nuclear por control remoto. Dos días más tarde el “Talión” alcanzaba el punto donde estaba posado el “Delta”. Marek lo activó de nuevo mediante señales de radio y el valioso aparato volvió a volar sobre la costa, explorando al mismo tiempo la tierra y el mar en una faja de mil kilómetros a cada lado.

Después de sobrevolar algunas aldeas “ghuro” destruidas, el “Delta” detectó mar adentro algún objeto metálico que flotaba sobre las olas.

—Veamos de qué se trata —dijo el comandante Endon.

Marek dirigió el “Delta” hacia el lugar, haciéndolo volar a baja altura. El objeto detectado era una esfera metálica de dos metros de diámetro, de las que las ictionaves utilizaban como pantallas de radar.

—Una boya abandonada —dijo Endon pensativamente—. Puede llevar mucho tiempo flotando a la deriva, o tal vez el submarino la soltó apresuradamente al detectar la proximidad de nuestro avión. De cualquier modo está en nuestra ruta. Si hay una ictionave amiga por el área quizás logremos establecer contacto.

Después de tanto tiempo de navegar en solitario, la posibilidad

de encontrar un barco amigo suponía un acontecimiento del mayor interés. La misma tripulación, totalmente incorporada a sus puestos, participaba de este deseo de conocer algo de lo que estaba ocurriendo en el mundo exterior a través de gente amiga.

Cuarenta horas más tarde los instrumentos del “Talión” registraban los impulsos ultrasónicos de un barco que navegaba explorando el fondo marino. La contraseña indicaba que se trataba de una ictionave de la flota oceánica de Loger. El propio “Talión” se identificó a su vez y los comandantes de ambos barcos entablaron diálogo a través de los megáfonos de profundidad.

El “Conde”, tal era el nombre de la ictionave, había participado en la evacuación de Loger, hasta que atacado por una aeronave “thorbod” se vio obligado a abandonar y sumergirse para burlar la afanosa búsqueda del enemigo. Como el “Talión”, el “Conde” permaneció dos meses posado en el fondo del océano hasta que su comandante consideró la oportunidad de intentar salir de aquella zona. Los torpedos eléctricos le atacaron. No obstante el “Conde” pudo escapar, aunque ligeramente averiado.

A la pregunta de Endon de dónde se dirigía respondió el otro con cierta reticencia. De siempre había existido una acusada rivalidad entre Loger y Electra, dos grandes ciudades relativamente próximas que se disputaban la hegemonía sobre un número de pueblos y aldeas del interior situadas en su área de influencia. La actitud del comandante logerino cambió después que Endon anunció:

—Llevo a bordo unos rollos de “vetatom” de gente de Loger y me gustaría dejarlos en algún lugar seguro.

—Síguenos —dijo el comandante logerino.

Horas después los dos barcos reducían la marcha y se deslizaban a lo largo de una línea de balizas acústicas hasta la embocadura de un túnel. El túnel submarino tenía medio kilómetro de longitud y al final de él los dos barcos emergieron encontrándose en un lago bajo la inmensa bóveda de una gruta excavada en la roca. El lugar recordó a Marek el puerto de Electra, solamente que esto era más pequeño. No existían instalaciones portuarias, ni siquiera luz eléctrica.

Los comandantes del “Talión” y el “Conde” se encontraron en la cubierta de este último, a la luz de los propios barcos.

—Oiga, ¿y éste es su refugio secreto? —exclamó Endon.

Explicó el logerino que esto era parte de un complejo que comprendía más de quinientos refugios para submarinos, excavados a lo largo de unos mil kilómetros de costa acantilada. La idea era contar con un refugio para submarinos, así como un centro de recepción mediante máquinas Traslator, para prevenir un posible ataque contra Loger. A través de todo el Océano, que en este lugar tenía una anchura de 45.000 kilómetros, las señales de las Traslator que operaban en Loger, llegarían hasta las Karendón Traslator en esta orilla, y la ciudad podría ser evacuada rápidamente y sin riesgos, quedando los rollos de “vetatom” almacenados hasta que fuera posible la restitución final. Desgraciadamente la obra no había podido ser terminada antes que los “thorbod” atacaran Loger.

—¿Quiere decir que esto está totalmente deshabitado? —preguntó Endon.

—Hay un centro de operaciones, una pequeña ciudad subterránea, pero queda a doscientos kilómetros de este lugar.

—¿Y no hay forma de ir hasta allí?

—Estos refugios para submarinos deberían quedar unidos por una red de galerías por las que circularía un tren eléctrico; pero ni la red está terminada, ni por supuesto funciona el ferrocarril. Sí funciona el teléfono. Voy a telefonar al centro de operaciones y de paso les hablaré de usted.

Las tripulaciones de ambos barcos se habían apresurado a desembarcar. A poco habría un campamento en el muelle, con sillas, mesas, lámparas eléctricas y hasta altavoces para transmitir música desde los barcos.

Explorando los mil recovecos de la gruta en busca de una salida exterior, Marek y Honda descubrieron una larga escalera por la que llegaron a una gruta más pequeña situada a mayor altura en la maciza roca. Aquí les esperaba una sorpresa, pues la cueva estaba habitada por un grupo de “ghuros” que habían llegado a ella desde otra galería, procedentes del exterior del refugio.

Los “ghuros”, siete en total, quedaron tan sorprendidos como los jóvenes “tapos”, y con toda seguridad más asustados.

Estos seres extraordinarios tenían un aspecto grotesco. Su gran corpachón, de una sustancia gelatinosa, era casi transparente e incoloro, dejando ver una red de finas venas azulosas. Se movían

sobre un par de piernas cortas y robustas, cómicamente encogidas, como las de un viejo reumático, y tenían a partir de las rodillas unos faldellines que se agitaban al vaivén de sus torpes pasos. Por el contrario, tenían cuatro brazos, el par inferior visiblemente más corto, todos ellos con unas prolongaciones que utilizaban como dedos, pero cuyo aspecto recordaba el de un manojito de salchichas moviéndose continuamente. Cada cierto tiempo el “ghuro” se ponía enfermo y se le desprendían los brazos inferiores. Éstos los enterraba el “ghuro” en la playa, en aguas claras y poco profundas, y de cada uno de ellos surgía un nuevo ser.

Los “ghuros” tenían la cabeza pequeña, lateralmente aplastada, sin orejas, ojos diminutos y brillantes como cuentas de azabache, boca desdentada y nariz en forma de pico, como una tortuga.

Caso extraordinario, pese a su raro aspecto, que debería parecer repelente, el “ghuro” no infundía miedo. Uno lo contemplaba con curiosidad y asombro, y de alguna forma sentía que se encontraba ante un ser bondadoso, inteligente y profundamente humano. No era intuición de parte del terrícola. El “ghuro” que carecía de aparato fonor, se comunicaba telepáticamente con sus semejantes, y era capaz de influir también telepáticamente en el terrícola.

Los “tapos”, que también poseían la facultad de la telepatía, eran excelentes conversadores para los “ghuros”.

Marek y Honda no iban armados, y los asustados “ghuros” tampoco las tenían.

“Somos Ghuros, amigos”, transmitieron telepáticamente.

Inmediatamente los “ghuro” encendieron una fogata, lo cual permitió a los “tapos” apagar sus linternas. Los “ghuro” les invitaron a sentarse en unas piedras y les ofrecieron comida en grandes conchas. La comida de los “ghuro” era exquisita, se alimentaban exclusivamente de pequeños moluscos, de plancton y de finísimas algas que ellos mismos cultivaban.

Entablado el diálogo de mente a mente los “ghuros” relataron su odisea. Hacía unos meses habitaban en un pueblo de la costa, pero llegaron las aeronaves “thorbod” y destruyeron la ciudad. Unos pocos supervivientes huyeron a lo largo de la playa, se refugiaron en unas cuevas marinas y reorganizaron su vida a fuerza de trabajo y paciencia. Ya estaban acomodados en su nueva aldea, cuando de nuevo llegaron los “thorbod” y les atacaron con cohetes. Los

“ghuro” huyeron, siendo implacablemente perseguidos por los aparatos “thorbod” que se divertían cazándoles uno a uno a tiros de “luz sólida”. Quedaron siete, los que ahora se encontraban aquí. Durante días y días fueron andando por la costa, teniendo que esconderse cada vez que se aproximaba una aeronave. La actividad aérea de los “thorbod” había sido intensa en los últimos meses. Finalmente dieron por azar en el refugio que los logerinos habían construido en los acantilados. Ya se consideraban a salvo en este lugar apartado y solitario, cuando empezaron a llegar los barcos submarinos. Desde hacía muchos días los pobres “ghuro” iban de un refugio a otro sin atreverse a presentarse ante los logerinos.

“¿Qué teméis de nosotros?” preguntó Marek.

“Os burláis de nuestro grotesco aspecto”, fue la respuesta.

“Supongo que la belleza está en los ojos de quien la mira. Ved a mi compañera. Para mi gusto es una chica hermosa. ¿Pero os lo parece también a vosotros?”

“Ella es muy bonita”, respondieron los “ghuro”, caso insólito en el que una raza de aficiones y gustos distintos poseía un sentido de la belleza coincidente con los humanos.

Marek les convenció para que fueran con ellos, pues pronto supo que los pobres “ghuro” lo estaban pasando mal, teniendo que descender cada día por el abrupto acantilado para pescar su dieta diaria entre las peligrosas rocas batidas por las olas. Antes, no obstante, los “ghuro” les mostraron la salida por el cual se llegaba a la cima del acantilado.

Estaba lloviendo torrencialmente y las olas batían con furia el pie del acantilado. La lluvia y la bruma no dejaban ver mucho en torno. Bajaron todos hasta el puerto, donde los “ghuro” fueron recibidos con curiosidad y asombro. Marek presentó sus amigos al comandante Endon, quien les invitó a entrar en su barco y les agasajó con bebidas y comida que ellos rechazaron en su mayor parte. Realmente el régimen alimenticio de estas extrañas criaturas era tan especial, que difícilmente podía ayudárseles. Solamente aceptaron ostras frescas y una sopa de pescado.

Los “ghuro” se quedaron algunas horas con los “tapos” pero finalmente confesaron que se sentirían más a gusto volviendo a su cueva. Y se marcharon llevándose una gran provisión de ostras, agua potable y artes de pesca del equipo de supervivencia del

“Talión”. Marek y Honda tendrían muchas ocasiones de visitarles y llevarles presentes en lo sucesivo, pues iban a permanecer nada menos que tres meses en aquel lugar.

El caso de estos “ghuros” no era único y con toda seguridad podía aplicarse también a millares de familias “tapo” que andaban huidas de sus pueblos y aldeas destruidos.

Esta dispersión alcanzaba asimismo a las flotas oceánicas de Electra y Loger, y probablemente a otras muchas de las ciudades situadas más allá de Entremares. Las pérdidas eran cuantiosas, mucho más de lo que se supuso en un principio, pero no se conocería hasta pasados varios meses, al menos en lo que tocaba a la flota de Electra. Los logerinos pudieron echar cuentas antes.

CAPÍTULO VII

Grandes olas siempre por las ictionaves logerinas. Muros. Para coincidencia, ninguno de ellos había participado en la evacuación de la ciudad. Tres de ellos fueron atacados por torpedos “thorbod” en las proximidades de Electra.

La ruta del mar hacia Electra se había convertido en una trampa mortal para los barcos que regresaban a la base ignorando lo ocurrido. Los “tapos” no utilizaban la radio para sus comunicaciones, pues una llamada por radio era el modo más seguro de descubrir la situación de un barco en alta mar o el emplazamiento de una ciudad que se deseaba mantener secreto. Las prolongadas inmersiones de semanas y meses de los submarinos impidió que un gran número de éstos ignoraran las llamadas de socorro cuando Electra se decidió a utilizar la radio.

Los comandantes de los seis barcos se reunieron y tomaron la decisión de abandonar el complejo de Muros, donde estorbaban la arribada de otros barcos logerinos.

—Por muchas pérdidas que hayamos tenido, no nos habrán hundido toda la Flota —explicó el comandante Endon—. Nuestros barcos deben estar en alguna parte. Si no los encontráramos buscaríamos algún poblado de nuestra circunscripción al que agregarnos.

—¿Y abandonar la ictionave? —protesto Marek Aznar.

—Muchacho, debemos hacernos a la idea de que los días de nuestra Flota oceánica están contados. Con los Thorbod tan cerca no va a ser posible seguir operando. El océano está sembrado de trampas mortales. No es posible asomar la nariz fuera del agua sin recibir un bombazo, y ni siquiera tenemos un refugio donde ir a reparar averías. No, amigo. Presiento que los tiempos felices han terminado.

Después de tres meses de descanso, el comandante Endon no conseguía superar aquel estado de postración moral que se apoderó de él reciente la destrucción de Electra. Endon tenía sus hijos, padres y hermanos en la ciudad, pero en este caso se encontraba la mayoría de las tripulaciones.

—Se lo digo lealmente, Endon —dijo Marek—. Antes yo le admiraba a usted. Ahora pienso que es indigno de mandar este barco. Debería presentar su renuncia.

El problema de un “tapo” consistía en que no podía ignorar la opinión que los demás tenían formada de él. Endon se sentía acorralado, y este sentimiento de impotencia se reflejó en su pensamiento y llegó telepáticamente hasta todos los que se hallaban presentes en la sala de descanso de oficiales. Endon se puso rojo como la grana.

A punto de estallar en sollozos, Endon abandonó bruscamente la sala. Olea aprobó la intervención de Marek:

—Alguien tenía que decírselo, ya que él no quería darse por enterado.

Pero Olea estaba pensando en sustituir a Endon en el mando. Por el contrario, Aser y Buck increparon a Marek, recordándole que sólo era un agregado, y era por lo tanto el menos indicado para censurar al comandante.

La discusión fue interrumpida por el apagado ruido de un pistoletazo. Endon se había suicidado.

Parecía inexplicable que la idea de Endon de suicidarse no se hubiese reflejado en su pensamiento antes de salir. Sólo cabía una explicación; en aquel momento Endon no lo tenía pensado, fue una decisión tan repentina como absurda. Marek se sintió responsable y estuvo a punto de sufrir un ataque nervioso.

Honda le llevó al camarote y le echó una reprimenda:

—No es culpa tuya; un hombre como Endon no se habría pegado un tiro por lo que dijera un crío como tú. Ha sido víctima de todos nosotros, Endon no podía ignorar lo que pensábamos de él. Tuvo que soportar la presión de nuestro juicio implacable y finalmente estalló.

—Pero fui yo quien provocó su estallido. ¡Es culpa mía!

En un estado de profunda depresión Marek comparecía poco después a los oficiales del “Talión”. Constituidos en tribunal de

honor bajó la presidencia del capitán Olea.

—He tomado el mando de este barco —le dijo Olea—. Siendo así que realmente no perteneces a la dotación de este submarino, te ofrezco la alternativa de pasar a cualquiera de los otros barcos o quedarte en tierra.

Marek no tuvo que preguntar si consideraban justa esta medida. En el pensamiento de todos estaba la idea de que él había provocado la lamentable reacción de Endon. Era culpable.

Poco después Marek saltaba al muelle y acompañado de Honda cruzaba la plancha del “Volcán”, atracado junto al “Talión”. El suicidio de Endon había sido muy sonado y Marek contaba en este momento con la antipatía de todos los comandantes, incluido los de la flota logerina.

—Mi tripulación está al completo. No quiero huéspedes —le espetó el comandante del “Volcán”.

Marek y Honda regresaron al muelle. Él la miró y dijo:

—Ninguno va a querer tomarme a bordo, lo sé.

—Siento tener que darte la razón, ellos no te quieren —admitió la muchacha.

—No voy a mendigar que me acepten en sus barcos. Me quedaré en tierra. ¿Te quedas conmigo?

—¡No puedo hacer eso, incurriría en delito de deserción!

—Tal como están las cosas, no creo que nadie te eche en falta en parte alguna. Pero no intentaré influir sobre ti.

—Ni yo lo consentiría, Marek. Debo marcharme en mi barco.

—Lo comprendo.

El “Talión” hizo sonar su sirena, y simultáneamente atronaron en el espacio, bajo la alta bóveda, las sirenas de los otros barcos. En este momento Marek tuvo el presentimiento de que su vida iba a sufrir uno de aquellos vuelcos que de forma tan extraña como repetida marcaron hitos en la existencia de los hombres de su familia. También presintió que jamás volvería a ver a Honda Tuzzi. La chica captó este pensamiento y se estremeció. Pero se sobrepuso a su debilidad y se mostró firme en su resolución.

Bruscamente se alzó sobre las puntas de los pies, le besó fugazmente y se despidió:

—¡Adiós!

Marek no intentó detenerla. No existía un “tapo” que en el fondo

no fuera fatalista. Su hipersensibilidad a las misteriosas influencias de lo psíquico les hacía muy vulnerables a toda suerte de premoniciones. Se equivocaban unas veces, y solían acertar el resto. La vida hubiera sido insoportable para un individuo que tuviera la facultad de conocer de antemano su futuro.

Los barcos estaban cerrando escotillas y Marek se dirigió hacia la escalera que conducía hasta la cima del acantilado. Al sumergirse los barcos la gruta iba a quedar totalmente a oscuras. Desde allí dirigió una última mirada al “Talión”, que hacía saltar el agua pulverizada al soltar el aire de sus tanques. La ictionave se sumergió; primero desapareció la cubierta, a continuación la torrecilla, finalmente el periscopio y la antena de radar.

Marek subió a tientas la larga y tortuosa escalera que tantas veces en los tres últimos meses recorriera con Honda. Amaba a la muchacha, pero no ignoraba que éste era un amor más físico que espiritual. Honda había llenado a satisfacción sus necesidades fisiológicas, se llevaron bien, pero éste no era todavía el gran amor de su vida. Si el amor entre un hombre y una mujer hubiese sido sólo esto, Marek se habría sentido decepcionado.

Desde la cima del acantilado buscó en las verdes aguas siquiera la sombra escurridiza de los barcos. Pero nada pudo ver. El túnel se encontraba a mucha profundidad, precisamente para que desde el aire no pudiera descubrirse a las ictionaves cuando entraban y salían del refugio.

Marek, que ya se conocía de memoria el laberinto de túneles, escaleras y galerías de los contornos, fue andando hasta el silo más próximo ocupado por barcos de la Flota logerina.

Los logerinos no perdían el tiempo. Aunque carecían de la maquinaria adecuada, actualmente se dedicaban a ampliar sus refugios excavando nuevas galerías y abriendo aposentos que luego se dedicarían a habitaciones. Utilizaban todo lo que tenían a mano; taladradoras neumáticas, barrenos, martillos y picos. Quinientos hombres y mujeres, pertenecientes a las tripulaciones de cinco ictionaves, trabajaban en aquel lugar. Durante la primera semana Marek pudo pasar desapercibido. Luego ocurrió lo inevitable. Conoció gente, alguien le preguntó, y no pudo ocultar su identidad. Pero a nadie le importó.

Durante dos meses Marek estuvo picando piedra, encalleciendo

sus manos y endureciendo sus jóvenes músculos, hasta que un buen día decidió que aquello no era para él.

La moral que privaba entre los logerinos era la de los topos. Todo su empeño lo cifraban en ampliar sus cuevas lo suficiente para poder dar un incómodo refugio a los 500.000 evacuados de Loger que esperaban todavía ser restituidos. Se adoptaban toda suerte de medidas para evitar que el enemigo descubriera los refugios, y se trazaban planes de evacuación para cuando los “thorbod” atacaran.

En todo el tiempo Marek no oyó hablar más que de retirada y evacuaciones. De salidas de emergencia, de redes eléctricas de emergencia, de reservas de agua y alimentos de emergencia...

Había hecho Marek amistad con un muchacho logerino de su misma edad, Noel Raga, sargento especialista, y le dijo:

—¡Ya estoy harto de oír hablar de planes de emergencia, retiradas y evacuaciones! ¿Por qué nadie piensa en atacar?

Ni siquiera se le había ocurrido a Noel que se pudiera atacar al “thorbod”. Marek anunció su propósito de marcharse.

—¿Marcharte, a dónde? —le preguntó Noel.

Marek señaló en dirección al Este.

—Allí están los Thorbod.

—Sí, a cuarenta y ocho millones de kilómetros. Suponiendo que andas cien kilómetros cada día, ¿sabes cuánto tardarías en llegar donde ellos? ¡Mil trescientos quince años!

—Un caza interceptor Delta sólo invertiría tres horas en hacer esa distancia —replicó Marek.

Marek no pensaba en un ataque masivo de cazas “Delta” contra la Armada Sideral Thorbod. Ni un millón de “Deltas” lograrían traspasar las defensas del enemigo. En cambio pensaba en un grupo pequeño de hombres avanzando pacientemente a través de la selva y las montañas, acercándose al lugar donde el enemigo tenía su cabeza de desembarco y atacándole por sorpresa desde corta distancia. Hasta aquí los Hombres Grises habían causado cuantiosos daños a los “tapos”. ¿Pero cuándo tuvieron los “tapos” la oportunidad de infligir un serio castigo a los thorbod? ¿Iban a ser siempre los “tapo” víctimas? ¿Su papel tenía que reducirse al de bestias perseguidas en fuga desde un agujero a otro agujero? ¿Deberían cambiar de denominación en el futuro y llamarse topos en lugar de “tapos”?

—Tengo que ir al Centro de Operaciones y hablar con vuestros jefes —dijo Marek.

—Iré contigo.

—¿Crees que lo permitirán?

Noel se encogió de hombros. Tan alto como Marek, pelirrojo y con la cara llena de pecas, tenía su mejor virtud en la constancia de sus propósitos. Su coeficiente de inteligencia sólo le permitió llegar a sargento especialista. Era un de aquellas personas que no admitían el conocimiento de muchas y variadas materias, pero hacían bien y a conciencia una cosa de cada vez.

Los dos amigos salieron del refugio con las manos en los bolsillos y fueron andando hasta el silo próximo. En su marcha hacia el norte utilizaban siempre que podían las galerías que comunicaban unos con otros los refugios para submarinos. Trabajaban cuando no podían evitarlo, y al menor descuido de los jefes desertaban y se iban andando hasta el próximo refugio. Tardaron cinco semanas en recorrer los doscientos kilómetros hasta Roda, donde provisionalmente se había instalado el Centro de Operaciones logerino.

Roda ni era ciudad ni nada. Los logerinos habían construido un edificio de hormigón y ladrillo en el interior de un alto promontorio, y el resto eran galerías y grutas donde se amontonaba el material todavía no clasificado traído con anterioridad a la destrucción de Loger. Esto sí, se trabajaba a buen ritmo por acondicionar el lugar y hacía falta mucha mano de obra. Aunque por todas partes se veían enormes rollos de “vetatom”, cada uno de ellos conteniendo miles de personas, se retrasaba su materialización por no aumentar los problemas que ya existían en materia de alojamiento y energía eléctrica.

El problema era siempre el mismo. Los logerinos tenían en cantidad reactores nucleares, incluso los de sus barcos, que habrían podido aportar una solución rápida a la falta de energía. Pero todavía no se había inventado la forma de impedir que un reactor nuclear liberara neutrinos al fisionar la materia. Y los malditos neutrinos, pasando a través de la roca, incluso a través del grosor de todo el planeta, llegaban a todas partes y también a los detectores del enemigo. Poner un reactor nuclear en marcha era proclamar a los cuatro vientos dónde se escondía.

No habían hecho más que llegar a Roda, cuando Marek y Noel fueron pescados por la Policía Militar y puestos a trabajar de barreneros. Noel era un experto en explosivos. Siempre llevaba cartuchos y detonadores en los bolsillos, los cuales manejaba negligentemente, a riesgo de volar por los aires el día menos pensado.

En Roda, las tentativas de Marek por ver al Almirante Tulet, Jefe del Mando de Operaciones, resultaron infructuosas. No obstante, repitiendo sus visitas y a fuerza de insistir, logró que le recibiera la coronela Cobleza, una guapa mujer de treinta años, adscrita al Servicio de Inteligencia. Marek solía tener buen partido entre las mujeres y despertó el interés de Cobleza, que escuchó atentamente el relato de sus peripecias.

—¿Dices que ibas en el “Talión”? —exclamó de pronto la coronela, y Marek comprendió que algo había sucedido al barco.

—Sí, Pero como iba diciendo...

—¿Tenías amigos en ese barco? —insistió Cobleza.

La mente de Marek contacto con la de la coronela anticipándose a sus palabras. Entonces supo que el “Talión” se había perdido.

—¿Cómo ocurrió?

—Hace ya de esto varias semanas. Recibimos un radio de un barco llamado “Talión” anunciando que estaba siendo atacado por torpedos, que estaba tocado e iba a evacuar la tripulación emitiendo por la Traslator. Estábamos preparados para recibir sus señales, pero su Traslator nunca llegó a funcionar. Algo debió de ocurrir; tal vez perdieron su antena o recibieron el golpe de gracia antes que nadie pudiera abandonar el barco. No hemos vuelto a saber de él.

Marek quedó tremendamente impresionado. Se acordó de Honda y de su premonición cuando se despedían en el muelle. Tanto le deprimió la noticia, que al hablar después de sus planes lo hizo de una manera torpe, en una exposición confusa falta de interés y de auténtica convicción.

La coronela sonrió paternalmente.

—No sé por qué los jóvenes siempre creemos que estamos descubriendo el mundo a las personas mayores. Tu idea no es nada nuevo. Desde hace siglo y medio estamos esperando tener la oportunidad de golpear a los Thorbod. Actualmente tratamos de obtener toda la información posible acerca de sus movimientos en

el altiplano. Pero todavía es pronto. Los Thorbod acaban de llegar y prácticamente no han tenido tiempo más que de plantar su bandera. Están recelosos y habrán de pasar años antes de que bajen su guardia y empiecen a sentirse confiados. También nosotros necesitamos tiempo. Tiempo para acondicionar nuestro nuevo refugio, para que regrese la gente y estemos organizados. Vuelve cuando tengas treinta años, Marek. Tus ideas estarán más maduras y yo dispondré de más tiempo para escucharte. No te enfades ni te sientas vejado. Las cosas son así.

Marek salió echando chispas. ¿Pues no acababan de decirle que volviera cuando tuviera treinta años?

—Cuando tenga treinta años no tendré que humillarme para que esa tonta Coronela me escuche —le dijo a Noel.

Noel asentía a todo.

En Roda cumplió Marek diecinueve años. Poco después le hicieron capataz. No era un especialista en construcción, pero a fuerza de experiencia aprendió todo lo que necesitaba saber sobre la dureza de la roca y la mejor forma de atacarla. Había seguido creciendo hasta alcanzar un metro y noventa y dos centímetros de estatura y sus espaldas y sus músculos se habían desarrollado y endurecido en el rudo trabajo de picapedrero. Tenía dotes naturales para el mando y le pusieron al frente de un grupo de jóvenes descarados y bullangueros, recién salidos del milagro de la desmaterialización de las complicadas fórmulas de los rollos de “vetatom”.

En un año más, Marek vio prolongarse y ensancharse las galerías, vio como las grandes excavaciones se llenaban con los muros y pisos de nuevos edificios, y asistió a la llegada de nuevos inquilinos. Una habitación terminada era inmediatamente ocupada por cuatro o cinco individuos. Al aumentar la población crecía el ritmo de las obras. Se construían casas más aprisa, éstas se llenaban y había más mano de obra para participar.

Marek contemplaba todo con escepticismo. Se preguntaba para qué demonios se construía sin descanso y se hacía regresar a la gente. La gente no venía a divertirse, sino a trabajar y sufrir privaciones. ¿Por qué no les dejaban a todos en los vetatom, donde estaban más seguros? La gente desmaterializada no estaba ni viva ni muerta; residía en el Limbo. No pensaba, no sentía, no envejecía, no

pedía comida ni creaba problemas de abastecimientos.

El último año en Roda pasó muy aprisa. Marek y Noel tenían un apartamento para ellos y otras dos chicas que vivían con ellos. Por este tiempo Marek evitaba hacer amigos y enamorarse de ninguna muchacha. Con la perspectiva de que el enemigo descubriera en cualquier momento el nuevo refugio y se repitiera la aventura de Electra y Loger, el tiempo no estaba para efusividades. La idea de Marek era no permanecer mucho más tiempo en Roda.

También por este tiempo empezaron a circular noticias sobre los “tapos” del otro lado del océano. Los restos de la Flota, con los supervivientes de Electra, se habían esparcido por las estribaciones de la cordillera Fuca, tierra adentro, y allí estaban dedicados a excavar nuevas toperas como los logerinos hacían en este lado del mar.

La actividad de las flotas oceánicas había cesado casi por completo, después del fracaso parcial en la evacuación de Electra y Loger. Ahora las ictionaves sólo se utilizaban para mantener vivo el contacto sobre las naciones de una a otra orilla del gran océano. Pero ninguna ictionave de Electra llegó a Muros, por la sencilla razón de que no conocían la existencia de este refugio. Eran los barcos logerinos quienes en sus viajes traían noticias de otros lugares remotos.

Al cumplir los veinte años Marek quedó libre del Servicio Obligatorio de Trabajo. Bien era cierto que existían leyes que podían movilizar parcial o totalmente a la nación y prolongar el servicio, cualquiera que fuera la edad de los individuos. Pero estas leyes no alcanzaban a Marek. No era logerino, no estaba inscrito en ningún registro de Loger, ni siquiera de las ciudades y aldeas de su área de influencia.

De nuevo volvió Marek a buscar a la coronela Cobleza, que apenas le reconoció.

—¡Muchacho, que cambiado estás! ¿Qué te trae por aquí?

—Quiero que interceda para conseguirme cuatro cazas Delta y un aerobote.

La coronela le miró contrayendo sus ojos pequeños y vivos, tratando evidentemente de penetrar en el pensamiento de Marek. El propio Marek le describió su plan en pocas palabras:

—Quiero ir al norte, a Entremares. Ustedes no tienen montado

un verdadero servicio de vigilancia en aquella zona. No se sabe que es lo que los Thorbod están haciendo allí, ni al parecer le importa a nadie.

—¿Por qué piensas eso? Nos estamos ocupando del asunto. Creemos que los Hombres Grises van a establecerse en la meseta excavando una gran ciudad subterránea, más o menos cerca de las Grandes Cascadas. Una ciudad para cien millones de habitantes necesita un caudal permanente de agua, y los Thorbod lo tienen en el río Zudo, que tiene una cuenca tan extensa y lleva tanta agua como el Amazonas. Por supuesto, sería interesante conocer sus métodos constructivos, cuál es la profundidad de su techo y el espesor del plomo y el cemento armado que echarán a modo de coraza antinuclear, así como la probable ubicación de sus accesos y galerías de ventilación... Sí, nos gustaría conocer todo eso, aunque de poco pueda servirnos. De todos modos nunca podremos atacarles en su ciudad.

—¿Por qué han de expresarse siempre en términos derrotistas? —protestó Marek—. La información que nosotros no podamos utilizar ahora será de gran utilidad el día que regrese nuestro autoplaneta Valera y pasemos a la contraofensiva.

La coronela entornó los ojos, suspiró y exclamó:

—¿Cuando regrese Valera! ¿pero sabemos siquiera si regresará?

—¡Sí, regresará! —afirmó Marek con energía—. Valera no nos abandonará. Los Tapos que fueron a buscarle volverán con él y ese día ajustaremos cuentas a la Bestia Gris.

—Muchacho, considera esto. Puede que el Hermes no encuentre a Valera al llegar a la Tierra. Valera podría haber seguido viaje a los planetas de Redención, a Nahum... ¿quién sabe? Podría haber emprendido otro de sus viajes al otro lado del Universo, en cuyo caso tardaría otro millón de años en regresar, sí es que alguna vez los valeranos deciden volver por el circumplaneta.

—Aún si fuera así no dejaríamos de recibir ayuda. Los terrícolas no se inhibirán de un problema que a la larga ha de alcanzarles también. La presencia del Thorbod en Atolón representa una amenaza para el resto del orbe. Sea de Valera, sea de la Tierra, recibiremos ayuda segura. Y ahí es donde entramos los Tapos, los que decidimos quedarnos en Atolón para oponernos a la penetración de la Bestia en nuestro suelo. Sinceramente pienso que

no estamos cumpliendo los objetivos que nos marcamos en un principio.

—Bien, quieres ir a Entremares a espiar a los Thorbod. Olvidas que alrededor del altiplano quedó la mayor concentración de grupos guerrilleros. ¿Por qué has de creer que eres tú solo en pensar las cosas? Alguien estará ocupándose de anotar cada movimiento de los Thorbod, puedes estar seguro.

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó Marek.

Vio dudas en la mente de la coronela. La mujer se agitó incómoda.

—¡Demonio de chico! De sobra sabes que no puedo estar segura de nada, hace años que no tenemos contacto con los grupos de Entremares.

—En cuyo caso no está de sobra que alguno de nosotros llegue hasta allí e intente establecer contacto con aquellos grupos.

—No digo que no fuera conveniente.

—Pues si es así yo iré. Sólo deme esos aparatos y algún equipo.

—¿Cuatro Deltas y un aerobote, eh? ¡Ahí es nada! ¿Qué te propones, vas a ir tú solo a atacar a toda la Armada Imperial? ¿Para qué demonios los necesitas? —preguntó la coronela.

Marek le explicó su plan, el cual consistía en perder cuatro “Delta” en otros tantos saltos sucesivos para llegar a una distancia de aproximadamente ocho millones de kilómetros del lugar donde los Hombres Grises habían desembarcado. La respuesta fue un “no” rotundo.

—¿Te figuras que los cazas Delta crecen como las setas? ¡Cuatro aviones y un aerobote para que tú vayas a divertirte viendo lo que hacen los Thorbod! ¡Ni lo sueñes! —contestó.

Como la vez anterior, salió echando chispas del edificio.

En el apartamento que compartía con Noel encontró a este último haciendo el amor a una muchacha nueva. Marek le transmitió un mensaje telepático para que despachara a la chica, lo cual Noel hizo. Pero la chica interceptó el mensaje de Marek y se marchó arrojando insultos sobre éste.

—Esta estúpida Coronela me ha negado los cazas —dijo Marek.

—¡Vaya, me alegro! Lo que pensabas hacer era una tontería, un disparate. Sobre todo no contando conmigo —respondió Noel.

—No puedo llevarte conmigo. En primer lugar incurrirías en el

delito de desertión. En segundo lugar la cabina de un Delta es demasiado estrecha para dos tripulantes. Tú eres muy alto y tengo que llevar conmigo las cajas de las miniaturas con sus sirenas ultrasónicas y sus pilas correspondientes. Tal como he concebido el plan hay que actuar con mucha rapidez y confiar en la suerte. El más pequeño fallo puede significar la muerte.

—Dime, Marek. ¿Es tan importante para ti? —preguntó.

—Sí lo es. Nunca hemos llevado una acción contra el enemigo, y esta puede ser la ocasión. Tal vez haya hasta dos millones de Hombres Grises trabajando en la construcción de esa ciudad. Si yo pudiera llegar cerca y dispararles un proyectil nuclear a quemarropa, mataría a todos y retrasaría considerablemente sus planes. Todo quedaría contaminado de radioactividad; terreno, máquinas y materiales. Sencillamente, tendrían que dejar todo allí y buscar otro lugar y traer nuevos materiales para su ciudad.

—Bueno, pues si es tan importante, ¿por qué no vamos y tomamos lo que necesitas?

—¿Quieres decir, robarlo? —protestó Marek escandalizado.

—Tómalo sólo prestado. ¡Sí, es muy fácil! Hoy mismo hemos estado trabajando en la ampliación del arsenal. Las cajas de material miniaturizado están por todas partes, sin ni siquiera clasificar. Y no hay puertas ni vigilantes. ¿Para qué darle más vueltas al asunto yendo a que te firmen una autorización? Al final te dirán, “vaya y tómelo usted mismo del almacén”. No veo la diferencia —dijo Noel encogiéndose de hombros.

—Tu pérfida moral no es la de un Tapo, muchacho. Se nota que hay poco de nuestra sangre en ti —rezongó Marek. Se puso en pie, empezó a pasear de nuevo y al cabo de unos minutos se detuvo y miró a Noel—. ¿Es que no te importa que todos lean en tu mente que eres un ladrón?

Noel levantó los hombros y siguió comiendo.

—Bueno, pues si a ti no te importa, a mí tampoco me va a importar —refunfuñó Marek.

Nada era más fácil que sustraer cualquier clase de equipo del arsenal. Repuestos de Karendón, armaduras, “backs”, cajas de fusiles lumínicos y municiones para armas convencionales estaban amontonadas desde que los logerinos empezaron a traer al complejo de Muros sus reservas de material para una posible evacuación de

Loger. Posteriormente las ictionaves desembarcaron máquinas y artefactos bélicos miniaturizados para unas defensas que probablemente no se construirían jamás.

Las armas miniaturizadas tenían el inconveniente de que necesitaban estar sometidas continuamente a ciertos ultrasonidos para mantenerse en su estado. Esto se conseguía en los arsenales mediante sirenas ultrasónicas alimentadas por energía procedente de la luz solar. Otras armas estaban guardadas en pequeñas cajas que llevaban incorporada una sirena movida por una pila eléctrica, por ejemplo los “Delta” a bordo de los submarinos para ser lanzados al aire uno a uno.

Aunque en Atolón siempre era de día, los logerinos observaban la acostumbrada jornada de 24 horas. Se trabajaba en dos turnos de ocho horas, y se respetaba una tregua de ocho horas para que todo el mundo pudiera dormir sin tener que escuchar el estruendo de los taladros y el trueno de los barrenos.

Aprovechando estas horas de descanso, cuando la mayor parte de la ciudad dormía, Marek y Noel se dirigieron al arsenal. No tuvieron que buscar mucho para hacerse con cuatro interceptores “Delta” miniaturizados, cada uno encerrado por separado, junto a una sirena ultrasónica y sus pilas, en un estuche de “diamantina” del tamaño de una caja de zapatos pequeña. Más tiempo les llevó dar con un aerobote miniaturizado, de los que había escasez, y especialmente de las características que Marek quería; de casco de fibra de vidrio.

Las armaduras de vacío estaban en un enorme montón, cada pieza por un lado, lo que les obligó a revolver mucho hasta encontrar cada parte con las medidas apropiadas. Noel tenía en las manos un brazo de armadura y Marek vio que era de su número, y se lo pidió.

—Búscate otro, éste es mío —se negó Noel.

—Tú no vas a usar una armadura.

—Te equivocas, la voy a usar. Iré contigo.

—¡No!

—Sí. ¿No has visto lo que abultan todas esas cajas? Y encima tendrás que llevar un fusil y un paquete de comida. No podrás manejarte solo, me necesitas. Además, piensa lo que será de mí luego que te hayas marchado. ¡Me castigarán por haberte ayudado a

robar el arsenal!

—Amigo mío, hay alguna zona misteriosa en tu cerebro que no logro penetrar. Como si dejaras caer una cortina. Eso no es natural, no en un Tapo —dijo Marek entre dientes.

Noel siguió removiendo el montón de piezas sin hacerle caso. Marek estalló:

—¡Cínico! ¡Eres un cínico!

Pero mentalmente ya había dado luz verde a Noel, y este pillo redomado lo sabía.

Enfundados en sus armaduras buscaron sendos “backs” y se los cargaron a la espalda. Fueron a buscar un par de fusiles lumínicos y vaciaron dos bolsas de cartuchos para meter en ellas las cajas de miniaturas. Abandonaron el arsenal y tomando una larga escalera subieron hasta la cima del acantilado, saliendo a plena luz del sol. Escondieron todo tras una roca, abandonaron las armaduras y regresaron al apartamento en busca de provisiones.

Una hora más tarde estaban de nuevo en la cima del acantilado, a mil y pico de metros sobre el nivel del mar. Se introdujeron en las armaduras de “diamantina”. Tenían dos bolsas de provisiones y agua, otras dos bolsas con los estuches y dos fusiles. Marek colgó de su cuello una de las bolsas de miniaturas y un fusil, y Noel se quedó con el otro fusil y las tres bolsas restantes. Marek enrolló en su brazo media docena de pedazos de cordel y a continuación separó uno de los estuches.

—Los thorbod se encuentran a cuarenta y ocho millones de kilómetros de aquí y su radar tardará cinco minutos y veinte segundos aproximadamente en descubriarnos —dijo Marek señalando a lo lejos—. Suponiendo que reaccionen con rapidez enviando contra nosotros sus torpedos, no lo harán por lo menos antes de dos minutos. Esos minutos son importantes, pues es el tiempo que disponemos para introducirnos en la carlinga y arrancar el aparato. He dividido la distancia por tres asignando dos tercios a la distancia que recorrerán sus torpedos, y un tercio a la distancia que nosotros recorreremos en el mismo tiempo. Nosotros sólo haremos la mitad del camino de ellos porque volaremos la mitad acelerando, y la segunda mitad desacelerando para poder abandonar el aparato sin descalabrnarnos. ¿Está claro?

—Sí —asintió Noel.

—Pongamos en hora nuestros relojes.

Las armaduras de vacío llevaban incorporados en el antebrazo un reloj y un batímetro para medir profundidades, pero que podía servir también como altímetro. La esfera del reloj tenía además un dispositivo para medir la radioactividad.

—Enciende la radio y comprueba que está libre la válvula del oxígeno —dijo Marek.

Hechas todas las comprobaciones Marek tomó su escafandra y la ajustó al escote de la armadura. Noel se puso la suya.

Marek tomó el estuche que antes había separado. A través de la “diamantina” de la caja se veía el “Delta” miniaturizado y el cilindro con la sirena ultrasónica y la pila eléctrica formando una sola unidad compacta. Al depositar la caja en el suelo tuvo buen cuidado en orientar la proa de la miniatura en la dirección que luego deberían volar. No era importante, pero no quería perder tiempo después orientando al caza en la dirección debida. El estuche tenía cerca de una esquina un pequeño interruptor. Marek accionó el resorte y se retiró unos pasos, mientras del estuche empezaba a brotar un vivo resplandor que fue aumentando en volumen.

En menos de un minuto la miniatura se había metamorfoseado en un interceptor “Delta” que flotaba en el aire a cincuenta centímetros de altura sobre el suelo. Pintado de amarillo, el caza-interceptor era un bello aparato de líneas bajas y estilizadas, con una prominente proa en forma de punta de lanza, y cortas y retraídas alas en forma de delta. Al cesar la metamorfosis ya estaba funcionando el reactor nuclear del aparato. Éste estaba construido enteramente de “dedona”, un metal superpesado que tenía la propiedad de crear un campo de fuerza antigravitacional.

Marek Aznar corrió hacia el caza, introdujo el índice enguantado en una ranura y accionó el gatillo que hizo levantarse la cubierta de “diamantina” de la carlinga.

El avión era muy bajo y la carlinga resultaba muy estrecha, estando ocupada por el asiento del piloto y un espacio angosto detrás, que servía para un equipaje no muy voluminoso y, eventualmente, para un pasajero que no fuera muy exigente en cuestión de comodidades.

A cuarenta y ocho millones de kilómetros de distancia Marek no

creía que el enemigo detectara fácilmente un pequeño avión que acababa de aparecer sobre la cima de un remoto acantilado, pero se movió con rapidez saltando al interior de la carlinga y ocupando el asiento del piloto. Noel Raga se encaramó al ala por el lado contrario y de ésta saltó a la carlinga golpeando la escafandra de Marek con la culata de un fusil.

—¡Si ya lo dije, aquí no hay espacio más que para uno! Me vas a echar abajo todo el plan —refunfuño Marek.

Noel resopló mientras se incrustaba a presión en el angosto espacio tras el piloto. Si el lugar ya era estrecho, mucho más resultaba con la estatura de Noel, que además llevaba una voluminosa armadura, una enorme escafandra, un fusil y tres engorrosas bolsas colgando del cuello, además del pesado “back” adosado como una mochila a la espalda.

Marek accionó el mecanismo hidráulico de cierre. Al bajar la cubierta de la carlinga pilló fuera un brazo de Noel.

—¡Espera, me vas a arrancar el brazo!

—¡Idiota, no cabes aquí! ¡Apéate! —gritó Marek.

—¡No me da la gana! ¡Arranca ya! —contestó Noel retirando el brazo.

Marek soltó un resoplido dentro de su escafandra. Todos los instrumentos funcionaban correctamente en el tablero: reactor nuclear... acelerador de fotones... onda “aG”... computadora... giroscopio... radar... Rápidamente movió sus dedos sobre el teclado de la computadora: “Rumbo 0, altitud mil kilómetros, acelerando a mil durante cuatro mil segundos, desacelerando a mil durante cuatro mil segundos”...

—¿Estás preparado? —preguntó a través de la radio.

—¡Sí! —anunció Noel desde atrás.

Marek empujó a fondo la palanca del acelerador y simultáneamente puso a cero el parcial del reloj eléctrico del cuadro.

Proyectando un grueso chorro de “luz sólida” por la tobera de popa, el “Delta” arrancó como una centella levantando su afilada proa al cielo. Una aceleración tan violenta, de un kilómetro/segundo, no habrían podido resistirla sus tripulantes, y el mismo aparato habría quedado desbaratado, de no mediar las poderosas fuerzas antigravitacionales. Realmente los hombres no

experimentaron la más pequeña molestia.

En 44,72 segundos el “Delta” se encontraba a mil kilómetros de altura, bajando la proa y volando como un bello rayo amarillo bajo la brillante luz del sol. En un minuto su velocidad era de sesenta kilómetros por segundo, y seguía acelerando...

CAPÍTULO VIII

Después “Delta” descendía hacia tierra como un velo, que aza fallado la diana y va a clavarse en el suelo. Aunque bajaba en pronunciado ángulo, lejos de aumentar su velocidad la iba reduciendo con rapidez, exactamente en un kilómetro por segundo.

Marek hizo retroceder la cubierta y empezó a atar un pedazo de cordel a la palanca del acelerador mientras apremiaba a Noel Raga para que abandonara el aparato. Sólo disponían de cinco minutos. En la pantalla de “radar” los torpedos “thorbod” se acercaban amenazadoramente.

Aunque le había resultado difícil entrar. Noel halló una solución de emergencia para salir de su agujero. Simplemente hizo funcionar su “back” (aparato de vuelo individual) y salió de su asiento como el corcho de una botella de “champaña”. Al abandonar la carlinga, aunque llevaba la inercia del “Delta”, el aire golpeó rudamente a Noel y le frenó haciéndole quedarse muy rezagado.

En los pocos segundos que quedaban el “Delta” realizó todo el programa del computador, frenando mientras descendía hasta quedar bruscamente parado en el aire, a unos trescientos metros de altura sobre tierra. Marek empuñó la palanca de control y lo hizo girar poniendo la proa en dirección contraria. A continuación cogió el extremo del cordel, se puso de pie sobre el asiento y abrió con la otra mano el regulador de su “back”. La mochila voladora le impulsó hacia arriba, poniéndose tenso el cordel que a su vez accionó a tope la palanca del acelerador.

El “Delta” salió disparado como un rayo, desapareciendo de la vista de Marek como escamoteado por un prestidigitador. En un minuto estaba a mil ochocientos kilómetros de distancia, elevándose en el espacio sobre un brillante rayo de luz.

Marek Aznar se ocupó ahora de descender a tierra, buscando un

lugar apropiado en la tupida selva que se extendía bajo sus pies. Vio un grupo de árboles que destacaban de los demás por su mayor altura, y se dirigió hacia allí. En sus auriculares escuchó la voz de Noel:

—Marek, ¿te encuentras bien?

—Me dirijo hacia un grupo de grandes árboles sobre un pequeño otero. ¿Dónde estás tú?

—Vuelo hacia ti.

—Escóndete bajo los árboles, los torpedos Thorbod van a estallar.

En efecto, apenas acababa de llegar Marek al suelo, bajando verticalmente entre las ramas, cuando estallaron a gran altura cinco inmensos globos de fuego. Los torpedos habían alcanzado al “Delta”.

Poco después de extinguido el fuego atómico venía Noel a reunirse con Marek.

—Bueno, tu plan ha dado resultado —dijo Noel quitándose la escafandra—. Hemos dado un salto de dieciséis millones de kilómetros. ¿Cuánto habríamos tardado en llegar hasta aquí volando en un aerobote a ochocientos kilómetros por hora?

—Algo así como dos años y tres meses. Esto suponiendo que hubiésemos volado todo el tiempo, sin paramos un momento. El próximo salto será más corto, sólo de algo más de diez millones de kilómetros, y sucesivamente más cortos el tercero y el cuarto. Pero antes de saltar de nuevo vamos a comer y a descansar un par de horas.

Dos horas más tarde, habiendo repuesto fuerzas y estirado las piernas, volvieron a poner en marcha el plan metamorfoseando el segundo “Delta”. Estuvieron en el aire una hora, cuarenta y ocho minutos y treinta y seis segundos, volando diez millones, seiscientos sesenta y seis mil, seiscientos sesenta kilómetros. La maniobra se realizó exactamente igual que la primera vez, pero los torpedos enviados contra el “Delta” alcanzaron a éste a menor distancia de donde Marek y Noel aterrizaron.

—La próxima vez nos estallarán sobre nuestras cabezas —rezongó Noel.

La tercera vez Marek programó el computador de forma que les sobrara algo más de tiempo. Todo salió bien.

—Debemos tener muy intrigados a los Thorbod —apuntó Noel.

—Me figuro que sí.

—¿Vendrán a ver qué está pasando aquí?

Estaban en una región muy montañosa, cruzada por líneas sucesivas de elevadas cordilleras hasta donde alcanzaba la vista. Marek consideraba más que probable que los Hombres Grises se acercaran por aquí y decidió dejar pasar unos días antes de efectuar el cuarto y último salto. Habían recorrido ya treinta y tres millones setecientos mil kilómetros y se encontraban a sólo catorce millones de kilómetros del altiplano.

Un crucero sideral llegó horas más tarde para explorar la zona, pero pasó a gran distancia de la cueva donde se ocultaban los viajeros.

Tres semanas más tarde, estando todo tranquilo, los dos “tapos” escalaron una cima y otearon el espacio en rededor.

—Vamos a dar el último salto —dijo Marek.

En esta ocasión recorrieron cuatro millones setecientos mil kilómetros hasta que el “Delta” se detuvo completamente. Abandonaron el aparato y volaron en sus “backs” hasta tierra, aterrizando en un cañón de altas paredes roqueñas por el que corría un tumultuoso torrente de montaña. Precisamente en este momento se desencadenaba una tormenta con gran aparato eléctrico.

Refugiados bajo un saledizo de la roca esperaron hasta que brilló a través de las nubes un lívido resplandor, producto de la fisión nuclear de los torpedos que la Armada Sideral Thorbod había disparado desde nueve millones seiscientos mil kilómetros de distancia.

La tormenta duró treinta y dos horas, lloviendo todo el tiempo sin interrupción. Cuando el tiempo despejó llegaron dos aeronaves “thorbod” que volaron sobre la región y arrojaron varios ingenios nucleares en los contrafuertes de una lejana cordillera. Incluso con los prismáticos la distancia era demasiado grande para poder apreciar lo que ocurría. Marek sintió un gran malestar.

—Tal vez, mientras nos buscaban a nosotros, encontraron algún desdichado poblado “tapo” y lo aniquilaron —murmuró.

—No tendría ninguna gracia —protestó Noel.

—No la tendría, especialmente para esas inocentes víctimas.

Pasaron dos semanas vagando por las montañas, cazando

algunos animales salvajes con sus fusiles para sobrevivir, pues las provisiones se habían terminado. Finalmente decidieron metamorfosear el aerobote y aceptar el riesgo de viajar en él.

El aerobote era una máquina de uso generalizado en las ciudades “tapo” anteriores a la llegada de los Hombres Grises. Era un vehículo cómodo, de poco peso, rápido y seguro. De fácil entretenimiento solía construirse de aluminio o fibra de vidrio, que eran más livianos que el acero y la “diamantina”, y lograban su flotabilidad y se dirigían mediante ondas “aG” (antigravitacionales) tomando la energía de la luz solar a través de paneles de células fotoeléctricas. Su aspecto era el de una canoa automóvil, con cabina totalmente cerrada, cuatro puertas, seis asientos y un gran baúl para equipajes en la popa. Todos los aerobotes estaban equipados de radio y “radar”, lo cual les permitía volar en todo tiempo.

Aunque no era un tipo de aparato muy rápido, sus características eran ideales para el viaje que Marek se proponía realizar. No emitía neutrinos, ni dependía de ninguna fuente externa de energía distinta del sol, y resultaba difícil de detectar por radar a gran distancia.

Según el mapa de Marek estaban en el extremo occidental de una gran llanura ondulada recorrida por el río Fo. Al volar en el aerobote lo hicieron siguiendo el curso del río. Esto les permitía alcanzar la máxima velocidad a un mínimo de altura, a ras casi del agua, generalmente ceñidos a la sombra de los grandes árboles. El río Fo les llevó en un día de vuelo hasta el pie de una elevada cordillera, y el detector de radioactividad les guió hasta los restos de una aldea excavada en una ladera. Los proyectiles “thorbot” habían provocado un derrumbe que dejaba al descubierto parte de las galerías y cuevas cortadas en sección. Las “mantis” pululaban entre los escombros.

Evitando las ruinas del poblado los viajeros volaron todo un día a lo largo de la cordillera, elevándose continuamente hasta que a seis mil metros de altura hallaron un desfiladero.

En Atolón todo se daba en medidas gigantescas. El mismo circumplaneta era gigantesco, solamente los continentes y océanos bañados por la luz del sol equivalían a la superficie total de 23.560.047 veces la esfera terráquea. Sí se contaran las tierras cubiertas de hielos perpetuos, en los lados y la cara exterior del

anillo, donde jamás daba el sol, habría que multiplicar esta cifra por cuatro.

Mares, ríos, continentes y montañas eran en el circumplaneta de dimensiones aplastantes. Incluso las tormentas participaban de esta singular característica. Los huracanes alcanzaban violencia jamás conocida en la Tierra, y las lluvias ocasionaban a veces inundaciones apocalípticas. Cualquier cordillera de modestas proporciones elevaba sus cimas, cubiertas de nieves perpetuas, a doce y veinte mil metros de altura, mucho más allá del espesor de la atmósfera. De aquí que las montañas representaran barreras infranqueables, sólo superables con los modernos medios de transporte; aeronaves, aerobotes y mucho mejor todavía, máquinas Traslator.

Pero estos modernos medios de transporte escaseaban en las tierras del interior. Los “tapos”, al retirarse hacia las montañas, habían llevado consigo gran cantidad de material de todo tipo, especialmente armas, reactores nucleares y máquinas Karendón. Pero al cabo de siglo y medio, con el aumento constante de la población, los primitivos grupos de resistencia se vieron obligados a dispersarse. Esta dispersión se hizo tanto más necesaria cuanto aumentaba la frecuencia y violencia de las acciones de castigo de la Armada Sideral Thorbod. Se perdieron muchos refugios y arsenales. Los reactores no podían utilizarse y sin éstos tampoco funcionaban las Karendón.

Aun si no hubiese habido más razón que ésta, los “tapos” se habrían visto obligados a la dispersión para buscar la comida de cada día.

Desde las montañas, Marek y Noel bajaron a una extensa y fértil llanura que estaba dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, con el lago Toha en una depresión tan extensa como todo el mar Mediterráneo. La selva virgen cubría la llanura es todo cuanto alcanzaba la vista, sólo interrumpida por el curso del río Amigo, y extensas manchas de tierra calcinada donde las bombas “thorbod” habían aplastado algún que otro termitero de las “mantis”.

Aunque volaban muy aprisa, llegando a alcanzar los 1.000 kilómetros por hora cuando el viento era favorable, las distancias eran enormes. Marek solo no habría podido realizar nunca aquel viaje, e incluso para dos tripulantes era demasiado atender al

aparato y a la vigilancia. Se posaron en el lago Toha y durmieron por turnos, pues la región estaba infestada de “mantis”.

Después de un mes de viaje encontraron el primer lugar habitado, una pequeña aldea en el fondo de un abrupto “cañón”, en un territorio accidentado cruzado por líneas sucesivas de imponentes cordilleras. La súbita aparición del aerobote puso en fuga a los “tapos”, que se desmaterializaron y volvieron a materializar en ágiles “saltos” hasta desaparecer en una serie de cuevas abiertas en la pared del cañón.

Este poblado “tapo” era como una avanzadilla de la civilización. Pero si en lugar de proceder del oeste, los viajeros hubiesen venido del este, aquel habría sido el punto más remoto hasta donde habían llegado los “tapos” que huyeron del altiplano. Los aldeanos quedaron atónitos de saber que aquel par de muchachos procedían del extremo opuesto del continente.

Marek y Noel permanecieron unos días en la aldea y luego prosiguieron viaje hacia el este con el aerobote atiborrado de provisiones.

—Si pudiéramos volar ininterrumpidamente y en línea recta, tardaríamos un año y tres meses en alcanzar el pie del altiplano —dijo Marek.

Pero iba a tardar tres veces más tiempo en ver siquiera las montañas de la meseta a través de un telescopio.

Los “thorbod” habían golpeado larga y duramente a los “tapos” de Entremares. Desde una veintena de ciudades bien acondicionadas y fortificadas, las poblaciones tuvieron que evacuar a través de las Traslator hasta otros refugios más lejanos. La Armada Imperial Thorbod atacó estos refugios, y los “tapos” se vieron obligados a saltar a otras partes.

Los “tapos” que en Roda trabajaban afanosamente abriendo grietas y grutas deberían considerarse felices de la paz que disfrutaban. En Entremares, a tiro de las plataformas lanza-misiles “thorbod”, la vida era un continuo sobresalto, incluso para pequeñas aldeas escondidas en los lugares más inaccesibles de las montañas. Las unidades de la Flota Imperial volaban a baja altura, escudriñando cada arruga del terreno con sus detectores de radiaciones infrarrojas. Bastaba el simple calor del cuerpo de un “tapo”, a veces de una “manti” o una liebre, para desencadenar una

tempestad de rayos y truenos aniquiladores.

En Tiara, un pueblo de nueve mil habitantes hacinados en un espacio inverosímilmente reducido, los niños que vio Marek Aznar no jugaban; se pasaban el tiempo sentados en el suelo húmedo, acurrucados como ratones asustados, pendientes del menor ruido que indicara el comienzo de un desastroso bombardeo. Algunos de estos niños, pálidos y enflaquecidos por el hambre, habían vivido la experiencia anterior de tres, cuatro, y hasta cinco o seis bombardeos nucleares.

En cada salto de un refugio a otro, los “tapos” habían ido perdiendo los enseres que tenían en el lugar anterior. Las máquinas “Karendón” “dispenseras” estaban fuera de uso, bien fuera porque se habían estropeado, porque carecían de energía eléctrica, o porque el comandante local rehusaba poner en marcha un reactor que atraería de inmediato a las naves enemigas con su demoledora lluvia de ingenios nucleares.

La falta de alimentos, la humedad de las grutas, la carestía de fármacos y el estado de tensión constante producían enfermedades en número desconocido entre la nación “tapo”. Hablar de moral en este lugar era mentar algo desconocido. La gente había perdido todo poder de reacción, y del fondo de la miseria y los sufrimientos, en la postración y el temor, surgía el ancestral fatalismo del alma “tapo”.

No tardaría Marek en darse a conocer. En Tiara, convirtiendo en foro la gruta central del poblado, a la luz de las antorchas, este joven Aznar se dirigió a la multitud hablándole en un lenguaje nuevo y desconocido. Marek procedía del oeste, estaba lleno de vigor y de ideas, y consiguió sacudir la apatía de su público al recordarles cuál era la misión que voluntariamente tomaron sobre sí.

En verdad había mucho de fantasía en Marek, la mayoría de las cosas de que hablaba eran irrealizables, pero levantó la moral del auditorio y consiguió llamar sobre sí la atención del comandante de la plaza, coronel Igor Grama, un hombre de treinta años en su cuarta reencarnación.

El apellido Aznar conservaba intacto su lustre y Grama se interesó por las ideas de aquel muchacho impetuoso y agresivo. Marek adquiriría pronto experiencia y ésta le haría modificar

alguna que otra actitud, pero nunca el sufrimiento ni la adversidad doblegarían su temperamento. Grama le confió algunas misiones, empezando por cosas pequeñas para comprometerle gradualmente en empresas de más responsabilidad.

Tiara había conseguido pasar desapercibida al enemigo, estaba bien situada. Marek impulsó la ampliación de la ciudad e “inventó” el cultivo de champiñones en las largas y oscuras galerías de un gigantesco termitero “manti” abandonado largo tiempo. Las “mantis” cultivaban este tipo de hongos, con los cuales alimentaban a sus larvas, resultando un excelente alimento para los humanos.

No permaneció Marek mucho tiempo en Tiara. Una misteriosa fuerza parecía atraerle hacia el este, hacia las tierras próximas al altiplano, donde los “thorbod” seguían construyendo su ciudad. El coronel Grama le dio una recomendación para un amigo suyo, el coronel Laos, comandante de un pueblo llamado Galata.

En Galata, y en las demás aldeas que Marek y Noel fueron encontrando más al este, las condiciones de vida eran todavía peores que en Tiara, pero la gente era distinta. Cuanto más se acercaba al altiplano, en las zonas de mayor peligro, la gente se mostraba menos resignada y más combativa. Predominaba la juventud, ya que las personas mayores, especialmente mujeres y niños, habían sido evacuados al interior, hasta lugares considerados seguros.

Marek y Noel pasaron un año andando de un campamento a otro, haciendo muchos amigos. Al cambiar de lugar, algunos de estos amigos se fueron con ellos, el grupo fue engrosando en torno a Marek, llegando a rebasar el centenar.

Las guerrillas carecían de mando unificado y los grados jerárquicos solían adjudicárselos los jefes de grupo en razón del número de adeptos. Cuando un jefe reunía alrededor de un centenar de correligionarios se le elevaba a la categoría de capitán. Si el grupo seguía engrosando en torno a un capitán prestigioso, éste se veía en la necesidad de nombrar lugartenientes y se autoascendía al grado de comandante. De hecho las unidades estaban tan atomizadas, que raramente un jefe llegaba a reunir a su alrededor más de quinientos guerrilleros. Si lo conseguía se le llamaba coronel. Nadie todavía había reunido méritos para autotitularse general.

Tenía Marek veintidós años, y había reunido en torno a sí un aguerrido grupo de jóvenes guerrilleros, cuando después de una agotadora marcha llegó a Vandula.

Vandula era considerada por entonces como el último punto fronterizo, especie de avanzadilla situada a nueve millones de kilómetros del altiplano, en el mismo borde de un territorio abandonado al enemigo. El comandante de Vandula era el coronel Milova, hombre que recordaba a Marek su propio padre, un guerrillero de gran estatura, cerrada y abundante barba, sosegado en la conversación y descuidado en el vestir, que llevaba siempre un largo machete en el cinturón y granadas de mano colgando por todas partes.

Se daba la circunstancia en Milova de ser un coronel “de verdad”; es decir, de los jefes del Ejército que quedaron los últimos realizando voladuras y luego se integraron en las guerrillas. Tenía entonces alrededor de cincuenta años: “he perdido la cuenta” —decía el propio coronel— y había renunciado a toda esperanza de transmigrar a una edad más joven, por haber perdido su “vetatom” en alguna de sus frecuentes y precipitadas retiradas.

—Soy especialista en retiradas —decía a sí mismo—. Durante más de un siglo sólo recuerdo haber andado hacia atrás, como los cangrejos.

En cualquier ciudad evacuada Milova era siempre el último.

—La gente suele ser muy olvidadiza. En cuanto dicen que a abandonar echan a correr y olvidan de todo; de “vetatoms”, de documentos, ¡y oiga, hasta bebés!

Detrás del gracejo de Milova había un gran coraje y la rabia oculta de tener que andar constantemente hacia atrás. A pesar de todo, su misión última no consistía en recoger las cosas que la gente olvidaba, sino en tratar de salvar todo aquello que un día pudiera ser utilizado; armas, reactores, máquinas Karendón. Su memoria era un completo archivo de los lugares donde se guardaban las cosas más extrañas... y las más valiosas.

Desalojados de sus refugios por las bombas nucleares, los “tapos” habían ido abandonando en su retirada enormes arsenales secretos donde se amontonaban armas y equipo suficientes para dotar un ejército mil veces más numeroso de lo que era actualmente. Cuando los “tapos” abandonaban una región, por lo

general llegaban los “thorbod” a llenar el vacío, levantando formidables fortificaciones que luego utilizaban como punto de partida para posteriores avances. La mayor preocupación de los invasores consistía en no dejar a sus espaldas ningún núcleo de resistencia que pudiera crearles problemas más tarde.

Milova era uno de los pocos hombres que habían visto anticipadamente la estrategia de los Hombres Grises en Maquetania.

—Incluso mucho antes de que iniciaran las operaciones de limpieza previas al desembarco, sus ataques indicaban una tendencia a fijar en el altiplano un punto de partida para sus bombardeos. Si uno contemplaba un mapa e iba señalando los lugares, se veía que el altiplano estaba siempre en el centro de una serie de círculos concéntricos que se iban ensanchando a partir de ese punto hacia el exterior. Era lógico, de todos modos, ya que el altiplano es el punto más elevado y de mejor clima en todo el planeta. Los “thorbod” son criaturas de clima más bien frío, apenas soportan el calor tórrido de la jungla.

—Si se preveía que los Thorbod iban a desembarcar en el altiplano, ¿por qué no se crearon los núcleos de resistencia adecuados para amenazar su retaguardia? —preguntó Marek.

—Se intentó, pero había poca gente dispuesta a quedarse atrás, a sabiendas de que tendría que sacrificarse. Aparte claro, en aquel entonces todavía estaba en discusión si los Thorbod se atreverían a desembarcar en Maquetania. La opinión más generalizada era que lo harían en Bartpur, donde también habrían encontrado una meseta de características semejantes a las de nuestro altiplano. Luego se descolgaron por aquí y nos pillaron de sorpresa.

—No a mí. ¿Y qué más da? Nuestro peor defecto ha sido la falta de unidad. Cuando el autoplaneta Hermes se preparaba para escapar a la Tierra y se realizaba la evacuación en masa de la nación, el Gobierno no se atrevió a plantear el tema de la resistencia en términos de obligatoriedad. Teóricamente la resistencia era imposible, intentarla habría significado sacrificar al Ejército y la Armada. Se quedaron los que buenamente quisieron en su mayoría gente joven, entusiastas y orgullosos, celosos de su independencia, pero indisciplinados y sin adiestrar, o al menos no lo suficientemente adiestrados. Bien es cierto que el tiempo los ha convertido en excelentes luchadores, ¿pero a qué precio?

—Dígame. Coronel. En el supuesto de que hoy mismo intentáramos llevar un pequeño cuerpo de ejército detrás de las líneas enemigas, ¿cómo podría hacerse? —preguntó Marek.

—Sería difícil. Tenemos máquinas Traslator muy atrás de sus avanzadas, incluso en las montañas alrededor del altiplano. Pero para que esas máquinas funcionaran alguien tendría que ir allá y ponerlas en marcha.

—Yo podría ir. Soy experto en máquinas Karendón y reactores nucleares.

—¿Ir usted? ¿A través de un territorio de nueve millones de kilómetros en profundidad, con toda la Armada Imperial encima de su cabeza?

Marek relató a Milova cómo había llegado hasta esta región recorriendo treinta y ocho millones de kilómetros. Milova asintió sonriendo. Conocía la hazaña del joven Aznar, transmitida de boca en boca por todos los campamentos.

—¿Qué haría usted con un cuerpo de ejército detrás de las líneas enemigas? —preguntó—. Los Thorbod le destrozarían en horas. Un grupo de guerrillas, cuanto más numeroso, más difícil de ocultar.

—Tal vez bastara con un pequeño grupo. Unos cuantos hombres bastarían para disparar una docena de proyectiles miniaturizados contra las obras que los Thorbod están llevando a cabo en el altiplano —propuso Marek.

La conversación fue interrumpida por la llegada de una muchacha que vestía un sucio uniforme de campaña y calzaba fuertes botas llenas de barro seco. Su esbelta cintura parecía casi a punto de quebrarse bajo el peso de un cinturón del que colgaban pistola, machete, granadas y cantimplora. Traía en bandolera la correa de unos prismáticos y la cinta de un macuto caqui, cubriéndose la cabeza con un sombrero de lona de ala ancha adornado con una pluma multicolor.

—Es mi hija Bora —dijo el coronel.

Bora se quitó el sombrero, dejando escapar en cascada una larga cabellera negra. Sus verdes ojos se clavaron chispeantes en Marek.

—Tú eres Aznar —dijo ella. Y le tendió la mano—. Escuché los tambores anunciando que estabas en el refugio cuando todavía nos encontrábamos a veinticuatro kilómetros de distancia.

—Bora manda una partida de Amazonas —aclaró Milova.

—¿Amazonas? —preguntó Marek sorprendido.

—Sin caballos, claro —dijo Milova, y estalló en una risotada. Luego dio una sonora palmada en el anca de Bora—. Es mi chica favorita. ¿Sabes cuántos Thorbod ha matado? ¡Más de cien!

Milova había pasado a tutear a Marek en señal de confianza y éste le habló en igual camaradería.

—Milova, ¿has pensado en el daño que podríamos causarles a los Thorbod en el altiplano?

Pero Milova no le hacía mucho caso. Explicó a Bora cual era el proyecto de Aznar. El eco que Marek no había encontrado en el coronel lo halló en la hija.

—Eso es muy interesante —dijo Bora—. Yo misma he pensado muchas veces llevar algunas bombas termonucleares al altiplano y hacer volar a los Thorbod y su ciudad.

—¿Por qué no lo han hecho todavía?

—No hay prisa. Los Hombres Grises sólo llevan tres años trabajando en su ciudad. Cuanto más tiempo transcurra más habrán adelantado su obra, y más confiados los encontraremos.

—Si partiéramos hoy mismo, no llegaríamos a pie del altiplano en un año. Eso con mucha suerte —observó Marek.

Por aquel día no se volvió a hablar más del asunto. Bora fue a bañarse y regresó a tiempo para preparar la comida. Vestida con un largo kimono, el pelo suelto y las mejillas limpias de barro, a Marek le pareció una chica distinta. Era muy bonita. Durante la comida hablaron de temas generales, narrando Marek la dramática evacuación de Electra, en la cual había participado. Pero los Milova conocían historias mucho más terribles, relativas a cien evacuaciones precipitadas y angustiosas, a todo un éxodo forzado de ciudad en ciudad, de refugio en refugio, llevados a cabo las más de las veces con las bombas golpeando la puerta, y los gases venenosos filtrándose por las grietas y los conductos de aireación.

Alejando la conversación de temas penosos, Bora se interesó por la familia de Marek, preguntándole si era hijo o nieto del Almirante Aznar. Marek tuvo que precisar que el Almirante había sido tío abuelo suyo, en realidad hermano de su bisabuelo. Las ramas se unían una generación más allá en la persona del “superalmirante” Aznar, el fundador de Nueva Hispania, la primera colonia terrícola en Atolón, cuando el circumplaneta era todavía una ciudad

completa en forma de anillo. El “superalmirante” era el padre común del que luego sería Almirante Aznar y de Fidel Aznar.

—Fidel Aznar, el último bartpurano fue mi bisabuelo. Espero que todavía viva cuando regrese el autoplaneta.

El resto de la velada se pasó hablando de “Valera”, hasta que a punto de agotarse el tema Milova empezó a bostezar y anunció que se iba a dormir.

Ocurrió entonces algo que era frecuente entre un muchacho y una chica, sobre todo si era una pareja de “tapos”. A Marek le estaba gustando mucho Bora, y ella no ocultó que también le gustaba. De forma natural y espontánea decidieron irse juntos a la cama.

Milova, que fue a despertarles cuando todavía dormían, encontró el hecho totalmente normal, incluso lo celebró.

—Bora, ya tienes veinticinco años y ni siquiera tienes tu “vetatom”, ni esperanza de tenerlo. En cuatro años más serás una vieja o te habrán matado los Thorbod. Ya es hora de que me des un nieto. Al menos, que lo vea antes de irme al otro mundo. Si vas a seguir con este muchacho, por favor, no evites el quedarte embarazada.

—¿Tener un hijo en estas circunstancias? ¡Estás loco! He visto morir a cientos de niños ¡y no podría soportar ver morir a uno que fuera mío!

Milova no aceptó las dramáticas circunstancias que atravesaba la nación “tapo”, ¿quién lucharía contra los “thorbod” en el futuro? La raza se extinguiría. Además, aunque no fuera una razón decisiva; uno tenía que mirar por la continuación de su estirpe y preferir lo mejor para que la propia raza mejorara. Y a Milova le gustaba el joven Aznar, era una buena sangre para mezclarla con la suya.

CAPÍTULO IX

La región de Vandula era un frente de combate de primera por la belleza de su paisaje. Se trataba de un territorio de clima tropical, caracterizado por la frecuencia de cordilleras de pequeña elevación que alternaban con verdes y fértiles valles cubiertos de bosques. El verde era el color dominante, que alcanzaba hasta las cumbres de las montañas, y donde no crecían árboles se extendía el monte bajo, la pradera o el césped. Los ríos y los lagos eran numerosos.

La razón de la presencia de los “thorbod” en esta zona estribaba en que sabían de la existencia de un refugio de importancia, pero hasta el momento no habían sido capaces de descubrirlo.

Realmente Vandula era una ciudad muy bien escondida, en un lugar poco común. Mientras para excavar sus refugios los “tapos” solían buscar lugares pétreos, Vandula se alejaba de las normas corrientes para situarse en el fondo de un valle. En Vandula, al contrario que en otros refugios, las excavadoras tuvieron poco trabajo. El lugar había sido descubierto por casualidad, consistiendo en varios kilómetros de galerías a lo largo de un río subterráneo.

La acción milenaria de las aguas había ido ensanchando el paso primitivo, horadando gran número de espaciosas cavernas con fantásticas colgaduras de estalactitas. Todo lo que tuvieron que hacer los ingenieros fue ensanchar las cavernas en algunos casos, practicar túneles y tender puentes facilitando el paso a lo largo del río.

Contra el calor reinante en el exterior, el interior del refugio se mantenía a una temperatura constante muy agradable. El total del río no se había explorado, pero se sabía que no emergía a la superficie, lo cual constituía una garantía de seguridad. El mismo río era en sí de un valor inestimable, pues siendo de corriente rápida movía a lo largo de su curso centenares de pequeñas ruedas

de aspas que accionaban dínamos y multitud de útiles máquinas. La luz eléctrica era necesaria no sólo para el alumbrado, sino para activar el metabolismo de las plantas verdes, que se cultivaban en cualquier parte donde hubiera lugar para una maceta, y constituían la base de la alimentación de casi dos millares de personas, al propio tiempo que servían para purificar la atmósfera de gas carbónico.

Los accesos a Vandula eran pocos y estaban muy bien disimulados. Había siempre centinelas en las alturas que circundaban el valle, y jamás se entraba ni se salía del refugio cuando andaba cerca el enemigo. No necesitaban los “tapos” radio ni teléfono, bastándoles para comunicarse sus facultades telepáticas, generalmente ejercitadas, entre miembros de una misma familia para mayor eficacia.

Ninguna medida de precaución estaba de sobra, pues las aeronaves “thorbot” venían con frecuencia. A veces las aeronaves lanzaban enjambres de soldados equipados con negras armaduras y equipo volador (la llamada Infantería Aérea) los cuales descendían a tierra y exploraban cada palmo de terreno, detrás de cada roca y cada árbol en aquellos lugares que parecían sospechosos.

Las guerrillas agudizaban su ingenio, descubriendo cada día nuevas tretas para atraer al enemigo y combatirle con ventaja. Incluso habían desarrollado nuevas técnicas, entre éstas la mina terrestre de plástico, que no podía detectarse con los medios habituales y cuya violenta explosión hacía irremisiblemente pedazos a quien la pisaba, incluso si iba protegido por una armadura de “diamantina”. Otras veces se ocultaban fusiles de “luz sólida” que se disparaban cuando el imprudente Hombre Gris apartaba una rama o pisaba un invisible cordel.

Las armas de “luz sólida” poseían un poder de penetración enorme. Un cañón de “luz sólida” desarrollado por las guerrillas proyectaba un chorro de luz de 60 centímetros de diámetro, capaz de atravesar las corazas de “dedona” de casi tres metros de espesor de las aeronaves “thorbot”. Aunque rara vez implicaba la destrucción total de la aeronave de un solo disparo, los “thorbot” temían a esta arma como al demonio. Las guerrillas tenían además otras armas temibles en sus arsenales, una de éstas el “trompo”, especie de peonza de “dedona” que volaba girando sobre sí misma y

cuyo objetivo consistía en estrellarse contra los buques enemigos haciendo explosión. Era como un torpedo, sólo que resistía cierto tiempo los disparos de luz sólida que mientras volaba hacían contra él las armas de las aeronaves.

A veces las guerrillas se tomaban enormes trabajos para armar una trampa cuyo solo fin, en el más favorable de los casos, sería aniquilar una patrulla “thorbod” o causar averías en una aeronave.

En la primera acción que participó Marek Aznar, los guerrilleros habían montado una trampa consistente en un triángulo formado por tres emisores de ondas gravitacionales, distantes treinta kilómetros uno de otro. Cada emisor, en uno de los ángulos, tuvo que ser traído desde gran distancia para ser emplazado en una gruta bajo tierra, casi siempre en puntos más o menos elevados. Para hacer funcionar cada emisor se trajeron de lejos y se metamorfosearon reactores nucleares de campaña; es decir, de los utilizados por el Ejército para mover la Infantería Robot. El cebo consistió en un emisor de radio situado en el centro del triángulo.

La emisora de los guerrilleros, funcionando automáticamente lanzó un encendido discurso llamando a los “tapos” a continuar en su tenaz resistencia contra la Bestia Gris. Estas emisiones se hacían a veces para elevar la moral de los combatientes o para anunciar que determinado grupo se hallaba a salvo en tal o cual refugio. Aunque se procuraba que no quedara nadie a menos de cien kilómetros a la redonda, los “thorbod” acudían siempre a silenciar la emisora, cuya exacta situación era fácil determinar por triangulación utilizando dos aeronaves.

Esta vez también acudieron los “thorbod”. Cuando estaban en el interior del triángulo funcionaron los reactores activando la emisión de ondas gravitacionales. Los tres emisores juntos tenían una potencia de atracción superior a la fuerza del campo antigravitacional de cada una de las aeronaves. Éstas se hallaban inmovilizadas en el centro del triángulo y fueron irresistiblemente atraídas a la tierra, donde hicieron explosión. El peso de la “dedona” (40.000 kilos por decímetro cúbico) aplastó a las propias aeronaves provocando el estallido de su reactor nuclear.

Durante dos días el cielo sobre la región quedó oscurecido por dos enormes hongos radiactivos. Luego el viento barrió las nubes y llegaron los “thorbod” a vengarse por los aparatos perdidos.

Desembarcaron tropas para registrar cada palmo de terreno, y por espacio de diez días se libraron continuos y violentos combates en el espesor de las selvas. Los “thorbod” perdieron alrededor de quinientos hombres, y las guerrillas un centenar. Pese a la desproporción de las bajas, Marek no estimó la operación como una victoria.

—No podemos permitirnos el tener tantas bajas —fue su opinión—. Los Hombres Grises son muchos y nosotros muy pocos.

—Dime si sabes de alguna otra forma de luchar —dijo Milova enfadado.

No existía otra forma. Para causar bajas al enemigo, los “tapos” tenían que aceptar el pagar un alto tributo en vidas.

Marek y su grupo permanecieron siete meses en Vandula, librando media docena de combates con el enemigo. En la misma región Bora capitaneaba otro grupo formado exclusivamente por muchachas. Ambos permanecían más tiempo fuera que dentro del refugio. Cuando se encontraban en Vandula después de varias semanas pasaban juntos el mayor tiempo posible. Sus caracteres eran similares y chocaban con frecuencia, produciéndose peleas que daban mayor encanto a la posterior reconciliación.

Marek volvía a insistir en su proyecto de llegar hasta el altiplano, pero este plan no acababa de recibir la aprobación de Milova, que lo consideraba complicado e imposible de llevar a cabo.

Poco después los centinelas encontraban un “thorbod” herido casi a las mismas puertas de Vandula. Nadie se explicaba cómo pudo llegar hasta allí pasando a través de los sucesivos cinturones de seguridad sin ser visto, pero era evidente que el condenado “thorbod” había descubierto el refugio.

En lugar de matarle lo llevaron vivo a Vandula para someterle a interrogatorio.

El “thorbod” no traía armadura, conservando únicamente el fusil descargado. Un disparo de luz sólida le había atravesado la pierna y destrozado la rodilla, y su herida estaba infectada. Era un tipo gigantesco, de más de dos metros de estatura. Su enorme cabeza, en forma de huevo, se prolongaba por detrás y se abultaba en la frente sobre los grandes ojos redondos. Su nariz era una ridícula trompetilla.

Raramente tomaban prisioneros los guerrilleros, porque eran un

estorbo y siempre al final tenían que ejecutarlos. La mente de Marek contactó telepáticamente con la del “thorbod”. Esta propiedad de leer el pensamiento no era siempre una ventaja. Marek sintió en su mente el choque de una mente abrumada por el terror y la desesperación. El “thorbod” temía ser ejecutado, estaba solo rodeado de enemigos, le preocupaba su propia suerte, y estaba enfermo, debilitado por el hambre y la fatiga.

No tardó Marek en saber que se trataba de un superviviente de un combate habido tres semanas atrás a más de cien kilómetros de Vandula. Huyó herido y se extravió en la selva. Fue perseguido por las “mantis”, luchó hasta la extenuación, y para colmo de su mala suerte vino a meterse sin saberlo entre las líneas de vigilancia de los accesos a Vandula.

—Dadle de comer —ordenó Marek.

Pero el Hombre Gris rechazó la comida. No quería deber gratitud a quienes iban a ejecutarle. Marek le preguntó por el estado de las obras que los suyos llevaban a cabo en la altiplanicie. Esto sorprendió al “thorbod” y le puso en guardia.

El problema para el “thorbod” era que no podía dejar de pensar. El recuerdo era en sustancia una evocación de imágenes vividas por uno mismo o imaginadas a través del relato de terceras personas. A la pregunta ¿llovió ayer? el interrogado se retrotraía al día anterior, volvía a ver caer la lluvia y se contestaba a sí mismo. Si por ejemplo contestaba “no, ayer no llovió”, Marek vería en la mente del “thorbod” la escena en la cual caía la lluvia.

Aunque el “thorbod” se negaba a dar información sobre el estado de las obras, cada pregunta de Marek suscitaba en él la retroacción a escenas almacenadas en su memoria. De esta forma supo Marek que las obras en el altiplano avanzaban a un ritmo muy rápido. Los “thorbod” estaban en la fase primera, consistente en excavar a cielo abierto enormes pozos de hasta cinco mil metros de profundidad, destinados a ser rellenados con el cemento y el acero de los edificios. La ciudad albergaría hasta cincuenta millones de habitantes, y sería la mayor construida hasta entonces en el circumplaneta. Quinientos mil hombres trabajaban en la monstruosa excavación, auxiliados por máquinas poderosas que removían diariamente millones de toneladas de roca y tierra.

Después de interrogar al prisionero durante una hora, Marek lo

entregó al piquete que habría de ejecutarle.

Con la información obtenida fue Marek a ver a Milova y le demostró que era llegado el momento de poner en acción su plan. En un año más los Hombres Grises no habrían terminado de excavar, pero todo lo que fuera demorar el ataque carecería de objeto. La situación de los “tapos” podía empeorar, hasta hacerse imposible toda reacción.

—Muchacho, estás loco. Pero ve y sea lo que Dios quiera. Si consigues llegar y necesitas ayuda, llámanos por las Traslator y acudiremos. No podré darte los planos de la situación de nuestros depósitos secretos, tendrás que llevar toda la información en tu cabeza. Pero si te captura el enemigo, ni siquiera bajo tortura revelarás lo que sabes.

—No me cogerán. No vivo —prometió Marek.

Horas más tarde Marek y Noel partían tripulando un aerobote con pintura de camuflaje. Viajaron a lo largo de los valles, buscando siempre la espesura de las grandes selvas, lo que les obligaba a ir sorteando los árboles en continuo zig-zag. Aunque viajando de esta forma no podía desarrollar grandes velocidades, Marek estaba dispuesto a sacrificar la rapidez en beneficio de la seguridad. Su equipo consistía en armaduras y escafandra de vacío, “backs” y armas de “luz sólida”. Además llevaban consigo otros siete aerobotes miniaturizados, previendo cualquier eventualidad de cualquier avería y el abandono forzoso de algún que otro aparato.

El primer relevo de aparato tuvieron que hacerlo a solamente ocho kilómetros de Vandula, cuando Noel Raga estrelló el aparato contra un árbol gigantesco, en un accidente que pudo haber tenido más graves consecuencias de no estar protegidos por las sólidas armaduras de “diamantina”, que iban acolchadas interiormente. Con el tiempo llegarían a adquirir habilidad poco común en manejar el aerobote en un recorrido en zig-zag.

Después del primer cambio de aerobote entraron en un área azotada por una violenta tormenta de agua y vientos huracanados. El viento venía por la popa y las nubes de tormenta avanzando en su misma dirección, les proporcionaron durante casi dos semanas un techo protector que les ocultaba de la vista de cualquier aeronave que se encontrara por encima de las nubes. Fue una tormenta providencial, que les llevó en poco tiempo más allá de las

líneas donde el enemigo desplegaba una mayor actividad.

Un aerobote de casco de fibra era difícil de detectar a gran distancia, porque aunque emitía ondas antigravitacionales, éstas eran de baja intensidad. Mientras uno de ellos manejaba el aparato, el otro oteaba el espacio alrededor con los prismáticos electrónicos. Vivían en tensión constante, siempre temiendo ser atacados desde el aire, o en tierra por las “mantis” al detenerse a descansar. Luego, con el transcurso de las semanas, acabarían habituándose, aceptando el riesgo como una cosa natural, y permitiéndose audacias que pudieron haberles costado caras. A más de un millón de kilómetros del punto de partida perdieron el segundo aerobote al quedar fulminado por un rayo en el curso de una tormenta. De nuevo sus armaduras les salvaron la vida.

Un mes más tarde encontraron en tierra un viejo aerobote “thorbod” que había sufrido un accidente. Marek perdió dos días en extraer de entre los restos del aparato el dispositivo de señales electrónicas de identificación, que montó en su propio aerobote. Aunque a corta distancia no habrían podido engañar al enemigo, por ser de características distintas unos y otros aparatos, a la altura que solían volar las aeronaves “thorbod” resultó muy útil para hacerse pasar por un aerobote de los que solían utilizar los Hombres Grises para sus misiones de patrullas.

Las “mantis” les crearon más problemas que los “thorbod”. Aunque habían sido duramente castigados por las razias aéreas de los Hombres Grises, estos insectos gigantescos, de hasta tres metros de estatura, poseían una vitalidad extraordinaria y una portentosa capacidad de reproducirse aun en las condiciones más adversas. La jungla era su medio natural, en medio del calor y los infectos pantanos, donde ningún ser humano habría podido sobrevivir.

Frecuentemente en sus descansos, los solitarios viajeros se vieron rodeados de tribus salvajes de “mantis” dispuestas a devorarles. Las montañas habrían sido más seguras, pero la selva ofrecía mayores recursos para esconderse si eran descubiertos por los “thorbod”.

Cada día primero de mes, a las doce del mediodía y por segunda vez a la medianoche, Marek enviaba un mensaje telepático a Bora. Como el arte de desmaterializarse y pasar a través de muros y obstáculos, la telepatía había prestado un enorme servicio a la

nación “tapo”, contribuyendo a poner a salvo ciudades enteras e incontable número de vidas. Era la radio particular de este pueblo extraordinario. Gracias a esta facultad los vigías podían anunciar con anticipación la llegada del enemigo. Los miembros de las guerrillas se avisaban unos a otros en el espesor de la jungla. Familiares y amigos seguían en contacto desde pueblos y refugios lejanos. Se comunicaban las alegrías y las penas.

Los “tapos” hacían todo un rito de la comunicación telepática, especialmente cuando se realizaba a gran distancia. Buscaba un lugar tranquilo, a ser posible una altura, se arrodillaban de cara al lejano punto del horizonte donde se suponía al destinatario, hacían una reverencia y se inclinaban hasta tocar el suelo con la frente mientras musitaban su mensaje.

No había ninguna razón para suponer que no pudiera hacerse de otro modo, pero era así como lo hacían los viejos “tapos” que los valeranos encontraron en estado semisalvaje al regresar a Atolón. Para un hombre culto como Marek el ritual no tenía importancia, bastaba la condición de que uno pudiera concentrarse al máximo. Pero como haciéndolo de este modo era como uno mejor se concentraba, Marek seguía la costumbre ancestral de la raza.

Después de decir lo que uno quería, el “tapo” se sentaba sobre los talones y quedaba en actitud hierática, como en trance, escuchando las misteriosas voces que le llegaban desde la distancia, y que naturalmente, sólo él era capaz de escuchar, porque a él sólo iban dirigidas.

“Te amo” —le decía Bora a Marek desde Vandula. Y un día inesperadamente—: “Tengo un hijo tuyo”.

Marek se sintió a la vez consternado y feliz, casi admirado de sí mismo por haber sido capaz de engendrar un hijo. No deseaba tenerlo, porque los tiempos no estaban como para crearse problemas con hijos que uno tendría que cuidar. Pero le hizo ilusión saber que existía un pequeño ser que era continuación de él mismo.

Poco a poco, lenta y penosamente, Marek y Noel iban dejando atrás inmensas selvas, formidables cadenas de montañas, majestuosos ríos, lagos y pequeños mares. Hasta que un día, por fin, Marek pudo ver las montañas que circundaban el altiplano a través del telescopio. Habían atravesado una región prácticamente deshabitada, pero alrededor de la altiplanicie se registraba la mayor

actividad de los Hombres Grises en el planeta.

—Parece como si hubieran traído hasta aquí toda su Armada sideral —observó Noel después de echar un vistazo por el telescopio.

Los Hombres Grises tenían en Entremares una flota de transportes siderales y una escuadra de más de diez mil cruceros de combate, exclusivamente dedicados a perseguir los débiles focos de resistencia de los “tapos”, las ciudades “ghuro” y los termiteros de las “mantis” en toda Maquetania. La altiplanicie parecía una caldera en ebullición, con constantes idas y venidas de los transportes y las plataformas volantes, despegue y salida de las escuadras, y enormes nubes de polvo visibles a tres mil kilómetros de distancia. Estas nubes eran producto de la voladura que los “thorbod” efectuaban en la excavación de su futura ciudad.

Repentinamente Marek se tornó tan cauto que decidió abandonar el aerobote y hacer el resto del camino andando.

—¡Andando! —exclamó Noel aterrado—. ¿Por qué?

—Ya es un milagro que hayamos podido llegar hasta aquí. No vayamos a echarlo todo a perder cuando tenemos el fruto casi al alcance de la mano.

—¿Por qué no utilizamos los “backs”?

—Haremos el resto andando. Noel. Ya está dicho.

Echaron el aerobote al fondo de un lago y se desprendieron de todo el equipo que pudiera significar un estorbo, incluso armaduras, escafandras y miniaturas, que también fueron a parar al agua. Vestían uniformes mimetizados y sombreros de lona color caqui. Hacía dos años y tres meses que salieron de Vandula.

Escalando pacientemente las montañas por la cara oeste y penetrando por un desfiladero a más de cinco mil metros de altura, Marek y Noel pudieron un día asomarse a la meseta y clavar la pupila del telescopio en el aborrecido “thorbod”. Ante su vista se extendía el campamento de los Hombres Grises, más de mil kilómetros cuadrados de casas de madera con techos de planchas onduladas con enorme tráfico de aerobotes y automóviles eléctricos. A unos cien kilómetros del campamento estaba la enorme excavación a cielo abierto; una serie de unos cuatrocientos pozos de doscientos metros de lado y de una profundidad de dos mil metros, destinados a ser ocupados por los “rascasuelos” de acero y

hormigón. Las enormes nubes de polvo casi impedían ver las excavaciones.

Una auténtica multitud trabajaba en la ciudad, en turnos de diez horas. Los Hombres Grises eran una raza sometida a la más rígida disciplina, acostumbrados al trabajo y a la obediencia. No obstante su fama de trabajadores y disciplinados, estudios sociológicos más recientes demostraban que el Hombre Gris era individualista e insolidario, teniendo que ser domesticado por la fuerza, gobernado en un régimen autoritario caracterizado por su falta de humanidad.

Marek y Noel calcularon que eran con toda seguridad más de medio millón los “thorbod” ocupados en las obras.

—¡Vaya masacre si pudiéramos arrojar sobre ellos una docena de ingenios nucleares! —exclamó Noel.

Por encima de sus cabezas, a gran altura, la Armada Imperial formaba una sombrilla protectora sobre el campamento. Marek echó la cabeza atrás, mirando a lo alto entornando los párpados para proteger las pupilas del sol. Desde cualquier punto del circumplaneta que se intentara bombardear la meseta, la Armada Imperial lo impediría poniendo en juego sus barreras de torpedos y sus proyectores de “luz sólida”. Incluso ahora los “thorbod” no se confiaban, siempre temiendo que los “tapo” lanzaran contra el altiplano un ataque masivo de torpedos y misiles desde cualquier distancia.

Sólo a corta distancia era posible bombardear el campamento “thorbod”. Su Armada estaba demasiado lejos para interceptar media docena de misiles nucleares disparados a quemarropa desde las montañas cercanas al campamento.

—Nuestros misiles estallarían bajo su Flota sin que supieran siquiera de dónde habían llegado —murmuró Marek.

Muy animados abandonaron la atalaya y retrocedieron para buscar mil metros más abajo las marcas que debían llevarles a uno de los arsenales secretos de las guerrillas. La entrada al depósito de armas estaba tan bien oculta que tardaron cinco días en encontrarla detrás de unos arbustos. Era tan angosta que tuvieron que deslizarse a rastras hasta encontrar una cueva más ancha. En ésta, un lienzo de muro practicable giró sobré unos goznes enmohecidos descubriendo el arranque de una oscura escalera.

El arsenal era inmenso, y tenía que serlo porque en él las armas

no estaban miniaturizadas, sino que se conservaban a su escala normal. De haber encontrado misiles en estado de compresión Marek no habría tenido que llamar en su ayuda a Milova, él y Noel se hubiesen bastado para llevar una docena de misiles miniatura al otro lado de la montaña, metamorfosearlos y dispararlos.

Para traer a Milova y sus guerrilleros desde nueve millones de kilómetros tenían que funcionar las Karendón Traslator, pero éstas eran grandes consumidoras de energía, de modo que era necesario poner en marcha por lo menos un reactor nuclear. Los reactores nucleares liberaban neutrinos y éstos denunciaban su presencia en las pantallas detectoras. ¿Qué probabilidades tenían de ser descubiertos?

—Bueno, tenemos que correr el riesgo —dijo Marek—. Yo no creo que los Thorbod tengan sus pantallas apuntando a este lugar para tratar de descubrir un reactor cuya existencia ni remotamente sospechan. Incluso si fuera así, hay centenares de reactores funcionando a corta distancia, en el campamento, en las excavaciones y por todas partes donde se mueven y funcionan sus máquinas. Su misma escuadra está emitiendo neutrinos ¿quién va a reparar en nosotros?

Faltaban unos días para la fecha en que Marek solía comunicar con Roda y aprovecharon el tiempo para comprobar el estado de la Karendón Traslator, del reactor de servicio y el equipo de radio. Quitaron el polvo a las máquinas y repusieron la antena exterior, que había sufrido algunos desperfectos con el paso de los años. Noel fabricó una pila eléctrica con elementos del almacén y pasaban gran parte del tiempo escuchando las comunicaciones de los “thorbod”, cuyo idioma aprendían los “tapos” con la primera enseñanza.

Llegada la fecha salió Marek al exterior y se comunicó con Bora por el procedimiento habitual. Salvo error, la respuesta de Bora fue: “Emitiremos señal de radio a las doce”.

Seis horas más tarde Marek ponía en marcha el reactor de servicio y cargaba los acumuladores de la emisora de radio. Paró el reactor y quedaron a la espera. A las doce en punto escucharon el pitido de principio de emisión. Rápidamente, por medio de impulsos, recibieron un mensaje telegráfico: “MAREK. A LAS SEIS”.

Los dos solitarios guerrilleros dejaron escapar un suspiro de alivio.

Seis horas más tarde la máquina Traslator se ponía en marcha taladrando un “vetatom” con los datos recibidos a través de la radio. Brilló un deslumbrador relámpago, y veinticinco hombres se materializaron en la cámara de restitución. El primero en aparecer fue Milova, con su enmarañada barba y su descuidado aspecto. Marek le abrazó con lágrimas de emoción.

—Vaya, muchacho, lo has conseguido —dijo Milova mirando a su alrededor.

En cinco minutos más había cien hombres en aquel lugar. Eran en su mayoría el grupo de Marek. No estaban todos, algunos habían caído en la lucha durante aquellos dos años y medio. La guerra seguía cobrando víctimas.

—Vais a tener la oportunidad de vengar a muchos de nuestros hermanos —les dijo Marek—. Aquí cerca están los Thorbod, más de medio millón de ellos están acampados o trabajan en las excavaciones de su ciudad, seguros bajo la protección de su Armada. Tan cerca les tenemos, que toda su escuadra no podrá interceptar los proyectiles que nosotros disparemos. Sólo existe una dificultad, llegar hasta el punto de lanzamiento sin que nos descubran. El resto será fácil.

El arsenal tenía otras salidas que habían sido clausuradas. Milova y Marek efectuaron una salida para estudiar el terreno, buscando la ruta más fácil por donde pasarían llevando los grandes proyectiles. Estos proyectiles estaban contruidos de “dedona”, metal superpesado, pero que tenía la propiedad de rechazar la fuerza de gravedad al ser inducido eléctricamente. La energía eléctrica iban a proporcionarla gratuitamente los “thorbod”, prestando un gran servicio a los “tapos”.

Tenían los “thorbod” miles de máquinas y automóviles movidos eléctricamente a través de las ondas energéticas de tres grandes plantas nucleares instaladas en las montañas circundantes. Esta energía estaba en el aire y los “tapos” sólo tenían que captarla mediante aparatos receptores apropiados.

Estos aparatos existían en el arsenal.

Se envolvieron cuatro misiles en hormigón y se pintaron de verde y ocre para mimetizarlos de modo que se confundieran con el terreno. Los transformadores de ondas energéticas, controlados a distancia, hacían flotar los pesados misiles como globos y ponían

tirantes las cuerdas de amarre. Se practicó una salida y fueron sacados afuera.

Hasta ponerse en marcha la operación, los “thorbod” no habían dado muestras de recelo alguno. A todas horas se les podía escuchar por la radio intercambiando comunicaciones con acento tranquilo. Los “thorbod” tenían estaciones de televisión en la meseta, pero su sistema era distinto y no podían recibirse sus emisiones sin un convertidor de imágenes, aparato del que carecía el arsenal.

Entre violentas corrientes de aire los misiles fueron remolcados cuesta arriba. Todo se complicó en el desfiladero, donde el viento huracanado estuvo a punto de arrebatarles algún misil llevándose consigo a los hombres asidos a las cuerdas. Mientras los guerrilleros luchaban con las dificultades, por encima de sus cabezas permanecía el grueso de la Flota Imperial en permanente vigilancia. Durante el recorrido se cubrió el cielo de tupidas nubes que dejaban caer esporádicos chubascos.

Estaban saliendo del difícil paso cuando una enorme sombra, más densa que las nubes, se proyectó sobre el grupo. Al alzar los ojos vieron con espanto un enorme “disco volante” que se movía despacio a unos mil metros de altura y pasaba rozando las cumbres en dirección a la meseta, inmovilizándose un poco más allá entre el campamento y la gigantesca excavación. Marek, que había descuidado la escucha a través de la radio, sintonizó su transistor.

Escuchó entonces una conversación en “thorbod”:

—“Todo debe hacerse ordenadamente. Tenemos tiempo, así que se evitará que la gente se amontone y cree problemas en los accesos al transporte”.

—“¿Vamos a abandonarlo todo?” —preguntaba una voz.

—“Todo”.

El otro insistía y el primero se encolerizaba.

Marek quedó perplejo.

—Están hablando de abandonar —informó a Milova.

—¿Qué es lo que van a abandonar?

—¡Demonios, no lo sé!

Marek siguió escuchando la radio. El gallinero se alborotaba. Las órdenes y las contraórdenes se cruzaban creando la imagen de una enorme confusión. Esto era increíble en los Hombres Grises, tan ordenados y disciplinados como eran.

El “disco volante” estaba ya en tierra. Una gran polvareda se levantaba entre el campamento y la excavación y el gigantesco transporte de cinco kilómetros de diámetro. Milova gritaba a los hombres para que se apresuraran:

—Si ese puerco de transporte se queda un rato más ahí lo destruiremos. ¿Es posible hacerlo, Marek?

—Supongo que sí.

Marek se adelantó hasta la cornisa de la montaña de donde habían pensado lanzar los misiles. Montó el telescopio y echó una mirada a la llanura. Por todos los caminos, automóviles eléctricos, camiones y máquinas corrían en dirección al “disco volante” levantando grandes polvaredas. Se preguntó si los Hombres Grises sabían que iban a ser bombardeados, pero esto era imposible. Desde el borde de la meseta un segundo transporte maniobró para posarse en el suelo junto al primero.

—No cabe duda, están evacuando. ¡Y qué aprisa! —informó a Milova—. Parece como si se hubiera desatado la peste.

—Tal vez sea eso. ¿Qué otra cosa podría hacerles correr?

Marek no contestó. Los misiles ya estaban en su sitio y había que romper a martillazos la envoltura de hormigón, Marek envió a la mitad del grupo al arsenal para que buscaran sus armaduras de “diamantina”. Cuando estallaran los proyectiles el calor se elevaría de tal modo que todos podían morir achicharrados.

Mientras iban y movían llegó el tercer “disco volante” y se posó junto a los otros dos. Milova y Marek corrieron al arsenal en busca de sus armaduras. La evacuación “thorbod” estaba llevándose a tal velocidad, que existía el riesgo de que los transportes despegaran antes que estuvieran listos los misiles.

En el arsenal, mientras se enfundaban en las armaduras, Milova no dejaba de rezongar:

—Con tantos años que hemos tenido, y justamente van a evacuar cuando nosotros vamos a ajustarles cuentas. ¡Perra suerte!

Marek decidió correr un riesgo. Se equiparían con “backs” y harían el viaje más rápido. Los “backs” emitirían neutrinos, en efecto. ¿Pero no había funcionado el reactor de servicio de la Traslator sin que les descubrieran?

Marek, Milova y los hombres que habían venido con ellos regresaron volando por encima de la montaña hasta la cornisa

donde Noel ya tenía enfilados los misiles. Marek se hizo cargo del dispositivo de mando a distancia. Todos fueron a situarse a trescientos metros más arriba en una segunda cornisa. Los gigantescos transportes seguían en tierra. Una evacuación de más de medio millón de hombres no podía hacerse en una hora.

—Éste es el día más grande de mi vida —dijo Marek en voz alta. Y pulsó el botón de disparo.

Los cuatro misiles partieron como exhalaciones, tan rápidos que casi no podían seguirse con la vista. Dos se desviaron ligeramente hacia el campamento de madera, y los dos restantes se dirigieron sobre la gran excavación.

—¡Con saludos del viejo Milova! —gritó furibundo el veterano guerrillero.

Una enorme bola de fuego estalló sobre la meseta. Los cuatro misiles explotaron a la vez y una vivísima luz irradió esparciendo una tremenda ola de calor. La tremenda onda expansiva lanzó a los “discos volantes” contra el suelo, ya que aunque parecían posados en tierra, en realidad flotaban en el aire a unos metros de altura. En el espacio exterior, donde no había atmósfera, los transportes no hubieran sufrido daño. Aquí fue distinto. La simultánea deflagración de los misiles hundió su cubierta exterior, la interior y los costados se desbarataron, sus reactores nucleares se hundieron a través de las distintas cubiertas y dejaron de funcionar. El peso de la “dedona” era tan enorme que la estructura de las propias aeronaves no era capaz de soportarlo. Luego se vería que los tres transportes quedaron aplastados como obleas.

La aterradora explosión hizo temblar la montaña bajo los cuerpos de los guerrilleros. El calor fundió el plástico del telescopio, del aparato de radio y del mando de control a distancia que Marek tenía en las manos. De la parte alta de la montaña rodaron pedruscos que caían sobre sus espaldas. La cornisa empezaba a desmoronarse y finalmente se vino abajo arrastrando a todos entre una nube de polvo y rocas.

—¡Sus backs! ¡Hagan funcionar sus backs! —gritó Marek.

Pero él mismo no pudo alcanzar a tiempo los mandos de su “back” y se vio rodando ladera abajo como una roca más.

Cuando finalmente se detuvo, dolorido en todo el cuerpo a pesar

del acolchado interior de su armadura, la luz del día le pareció súbitamente pálida. Se había apagado el aterrador globo de fuego. Sobre una base de humo y polvo empezaba a elevarse el tallo de una descomunal seta radiactiva coronada por nubes doradas en movimiento. Estaba sentado en el suelo, mirando fascinado la fantástica evolución de la colosal seta, y se repetía para sí mismo:

—Lo he hecho. Yo, Marek Aznar. Lo he hecho.

Miró hacia arriba buscando a la escuadra “thorbod”, pero todo estaba lleno de polvo y no se veía nada. Tardaron más de tres horas en reunirse. Algunos hombres estaban heridos, pero ninguno de gravedad. El cielo se estaba cubriendo amenazadoramente de nubes y empezó a llover torrencialmente.

El “back” de Marek estaba estropeado. Lo tiró y empezó a ascender lentamente por la montaña. A su paso iba encontrando compañeros. En el desfiladero se reunieron todos. Allí estaban Milova y Noel. Se desprendieron de los “backs”.

—¡Vaya broma que les hemos gastado a esos cerdos! —exclamó Milova.

—Volvamos al arsenal —dijo Marek.

Temía que la Flota “thorbod” empezaría a indagar lo ocurrido. Las bajas nubes y la lluvia les protegían.

Una vez en el depósito de armas se dispusieron a abandonar rápidamente trasladándose a Vandula por la máquina Traslator. Mientras funcionaba el reactor y el primer grupo estaba en la cámara de la Traslator, Marek puso la radio para escuchar a los “thorbod”. Ante sí tenía un aparato de televisión. En este momento tuvo como un presentimiento. Encendió la televisión.

El primer grupo de veinticinco hombres ya había sido desmaterializado y los del segundo grupo ya estaban dentro de la cámara. En la pantalla de televisión surgió una imagen borrosa, como lejana, y simultáneamente brotó del altavoz una marcha militar. La imagen era una carta de ajuste de una estación emisora. Podía leerse perfectamente: “Armada Sideral de la República de Valera. Autoplaneta Valera”.

Marek saltó en pie y dio un grito:

—¡VALERA!

Milova, Noel, los hombres que se disponían a entrar en la cámara de restitución y los restantes que esperaban su turno, se

volvieron y le miraron asombrados.

—¡Es Valera! —siguió gritando Marek—. ¡El autoplaneta ha regresado!

Corrieron todos hacia el aparato de televisión, formando un corro silencioso, escuchando la vibrante marcha militar y sintiendo erizárseles los pelos.

—Es una broma —dijo una voz.

—¡Es Valera! —rebatió Marek, pálido y tembloroso—. Por eso los Thorbod iban a evacuar la meseta. Ellos supieron antes que nosotros que el autoplaneta estaba de regreso.

Un violento temblor en toda la gruta hizo trepidar el piso y precipitó algunas estalactitas y pequeñas piedras de la bóveda. Un ingenio nuclear acababa de hacer explosión contra la montaña.

La noción de peligro hizo serenarse a Marek. Le ocurrió entonces como el día que llegó a la vista del altiplano; repentinamente se hizo cauto. Después de haber llegado a esto no quería morir sin ver al formidable Valera ajustando cuentas a los “thorbod”.

—Han localizado nuestro reactor. Hay que abandonar rápidamente —dijo a los hombres.

Veinticinco hombres corrieron hacia la cámara de desmaterialización. Los restantes se reunieron junto a la máquina. Entonces advirtió Marek que Milova lloraba. El grupo que estaba en el interior fue desmaterializado. Marek puso la Traslator en régimen automático, para que funcionara una vez más, se parara y parara a su vez la máquina y el reactor.

Al entrar en la cámara Marek llevaba en la mano la escafandra de “diamantina”. Pensaba en Bora y en su hijo, al que por fin iba a conocer. ¿Un Aznar más en la familia? Bueno, más valía así. Su hijo tendría la dicha de haber nacido en tiempos en que habían terminado los sufrimientos de la gran nación “tapo”. Vería el fabuloso Valera y conocería a sus gloriosos abuelos; el Almirante Aznar, Fidel Aznar, ...

El relámpago de la desmaterialización sorprendió a Marek Aznar en mitad de sus reflexiones, pero no las interrumpió. Todavía estaba en sus retinas la luz de la desmaterialización cuando salió de la cámara y se encontró ante Bora. La joven tenía en sus brazos un niño.

—¿Es mi hijo? —preguntó Marek dejando caer la escafandra al

suelo y tomando al bebé en brazos. Lo levantó en toda la extensión de los brazos y gritó—: ¡Hijo, tú verás la victoria de tu pueblo! ¡Tú verás a Valera! ¡Viva Valera!

Contestaron a su alrededor los guerrilleros con un grito estentóreo. Marek, llorando de emoción, abarcó en sus brazos al mismo tiempo a Bora y al bebé.

FIN